

Hugo Correa

Donde acecha la serpiente



Lectulandia

Eduardo Guzmán es un hombre de mediana edad que se ha acostumbrado a no desear nada aparte de la estabilidad en su trabajo y la mediocridad de su hogar. Eduardo, como todo hombre pasivo, es un buen hijo que tolera las tediosas conversaciones de su madre en el camino desde y hacia la misa vespertina. En una de aquellas misas aparece una mujer con aire misterioso acompañado de un chivo negro y amenazador. Eduardo se siente atraído hacia ella, convencido de haberla conocido antes. La mujer se retira, dejando en Eduardo una profunda turbación. Durante una intensa cita a ciegas, ella se presentará como Jessie Levi de Messina, y resulta ser una mujer de costumbres muy liberales, que ha llegado a Chile acompañando a su marido por asuntos de negocios. Sin embargo, para Eduardo es el vivo retrato de Lila Nazir, la mujer que le introdujo en las artes amatorias, aunque con más de treinta años de diferencia. Eduardo, influenciado por sus ideas religiosas conservadoras, se va convenciendo que tanto Jessie como Lila son avatares del súcubo Lilith, que buscan provocar su inexorable caída según las viejas artimañas del Diablo.

Lectulandia

Hugo Correa

Donde acecha la Serpiente

ePub r1.0
mnesosine 23.04.18

Hugo Correa, 1988

Editor digital: mnemosine

Primer editor: Arácnido

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

5° aniversario edición conmemorativa

Más libros, más libres

PROYECTO
SCRIPTORIUM



epublibre.org



*Para todos
los que temen
al demonio.*

«Allí se darán cita chacales e hienas, y los sátiros se llamarán unos a otros; también allí Lilith descansará y hallará para sí lugar de reposo.»

Isaías, 34.14

I

Salieron del edificio precedidos por una joven que empujaba su coche de guagua^[1], y avanzaron sobre el disparejo embaldosado en medio del calor decreciente de la tarde. La torre de la iglesia penetraba en el cielo gris, envuelta en el sol aún vigoroso, y un tránsito escaso alteraba el relativo silencio de Providencia. En esos últimos días de febrero, la ciudad aún se vaciaba durante los fines de semana, impregnándose las calles y paseos de una acogedora soledad provinciana. Vestido con una polera de mangas cortas, y llevando a su madre del brazo, Eduardo escuchaba la suave voz de la anciana de pelo blanco, rostro pequeño, gracioso, cubierto de arruguillas, donde los ojos pardos irradiaban una perenne vitalidad, que comentaba las tribulaciones de una vecina de piso cuyo marido se había marchado con su secretaria. Evidentemente aquel suceso se revestía para Rosa María con ribetes de tragedia. La pobre mujer quedaba con cinco hijos, todos estudiando, en un hogar donde el dinero siempre había escaseado, porque el padre, tentado por el trago y la buena mesa, solo aportaba el dinero mínimo para subsistir de su sueldo bastante magro. Se debían los gastos comunes, y los servicios de luz y gas solían interrumpirse por falta de pago.

Al rebasar la esquina del edificio, enfrentaron el muro horadado por arcos con rejas de hierro del patio lateral de la vieja iglesia, el cual preservaba su ancestro colonial del siglo XIX que crecía en torno. Cuando cruzaban el acceso, Eduardo volvió instintivamente la vista, y descubrió tres tórtolas alineadas sobre el borde de la muralla, reposando de cara al templo en medio de una notable inmovilidad. Se sorprendió a la vista de los pájaros, porque generalmente solo las palomas revoloteaban en los alrededores de la iglesia. Aferró el delgado brazo de Rosa María que, a los 75 años, acusaba la debilidad de sus piernas, cuando descendieron los escalones de piedra. Allí comenzaba una vereda de adoquines, flanqueada por prados de césped, que conducía al corredor del templo. En ambos extremos del patio se erguían dos vetustas palmeras, y contra el claustro orientado a Providencia las campanas enmohecidas, pendían mudas de un armazón de madera. Porque vulnerables al modernismo, los curas las habían substituido por un carillón electrónico, cuyos parlantes desde la torre octogonal anunciaban las horas de las misas con un repique envasado. Solo este detalle y el vecino rascacielos, menoscaban un tanto la condición de enclave temporal de la parroquia.

—Y es un hombre que ya bordea los cincuenta años. No es la mejor edad para conseguirse un nuevo trabajo. —Interrumpiéndose, la anciana levantó su cara hacia Eduardo, con una sonrisa de culpabilidad.

—Yo tengo 52 años, mamá, y nunca he perdido la esperanza de encontrar algo mejor —exclamó, risueño.

—¡Por Dios, no me interpretes mal! Solo quiero decir que los hombres deben

tranquilizarse cuando llegan a cierta edad. No pueden hacer las mismas locuras de los veinte años... Alguna vez hay que sentar cabeza, y tú supiste hacerlo muy joven, cuando recién te casaste. ¡Siempre fuiste responsable!

Eduardo acarició la fina mano de su madre, reflexionando que con seguridad moriría como jefe de personal de Impex, cuyo accionista principal, su tío Nataniel, hermano de su difunto padre, había sido el único con «cabeza para los negocios» de la familia Guzmán. Supo aumentar la discreta herencia paterna, que debió repartirse entre seis hermanos, y así llegó con el tiempo a controlar Impex, una empresa que se agigantó con el auge de las exportaciones.

Aunque el carillón todavía no llamaba a la misa de siete y media, la vasta nave, sumergida en una penumbra fresca, albergaba ya varias decenas de fieles, especialmente junto al crucero, donde una vieja voz de mujer conducía el rosario. Al entrar Eduardo con su madre por la puerta lateral del templo, se proclamaba «la coronación de María Santísima como reina y soberana de todo lo creado». Instantáneamente captó la tensión de los feligreses más próximos, y también, descubrió su causa. Porque al mirar a su derecha creyó hallarse ante una visión onírica, trasladada hasta allí por algún artificio electrónico: un gran macho cabrío negro, con cuernos retorcidos y barbilla, yacía echado junto a una mujer de abundante cabellera rubia, arrodillada devotamente y el rostro apoyado sobre sus manos entrecruzadas. La cara de Rosa María reflejó un asombro temeroso, mientras los feligreses más cercanos intercambiaban miradas de reprobación. Y cuando conducía a su madre un asiento más adelante de la puerta, para resguardarse de las corrientes de aire, un balido se elevó por sobre el coro que rezaba el padre nuestro. Varias voces se alzaron airadas, aunque sin rebasar un tono exagerado. Y al mirar de nuevo, notó que el animal, con un collar metálico, clavaba desafiante sus ojos en él. Nervioso, la mente sacudida por confusas y remotas imágenes, hizo avanzar a Rosa María por el escaño. La dueña del cabro alargó una mano, donde relucía un gran brillante, y acarició la cabeza del animal. El chivo se tranquilizó, pero sus ojos encendidos seguían fijos en Eduardo. La mujer, cuyo vestido celeste carecía de mangas, no levantó la cara, mientras alguien refunfuñaba quedamente:

—¡Cómo se les ocurre traer animales a la iglesia...!

Entonces Rosa María miró atrás, y cuando se volvió a Eduardo, su expresión acusaba una incrédula sorpresa. Y al buscar la causa de su reacción, descubrió que la mujer rubia caminaba hacia la salida con un paso mesurado, muy erguida la cabeza, conformando su cabellera un ruedo dorado sobre los hombros. Frustrado, solo alcanzó a ver sus brazos bronceados y pudo apreciar su espigada silueta. Pero en sus oídos resonaron nítidas las pezuñas del macho cabrío al trotar sobre el piso de madera. La gente se daba vuelta a contemplar el inusitado espectáculo, especialmente a la dueña del animal. En ese momento el carillón dejó oír su tranquilizadora melodía. Faltaban veinticinco minutos para las ocho de la tarde.

—¿Qué le pasa, mamá? —preguntó en voz baja.

—Es que esa mujer, la del cabro... ¡Se parece tanto a una vecina que tuvimos hace años, cuando vivíamos en Ñuñoa! Tú eras un niño entonces. No puede ser la misma, porque tendría más de sesenta años ahora. Y esta es muy joven.

También el chivo le había recordado esa misma época, un hito dentro de la decadencia económica familiar. Su madre le preguntó a una señora cómo había llegado allí la mujer del cabro.

—Parece que estaba aquí desde hacía rato. Cuando entré la vi rezando, con la cabeza agachada, y no se movió. Y el animal estaba a su lado, muy tranquilo...

—¿Y nadie le dijo nada?

—Alguien fue a buscar al sacristán, pero no lo encontré.

La primera fila rompió a cantar *Juntos como hermanos*. El sacerdote y un monaguillo vestido de blanco, avanzaron desde la sacristía, emplazada junto al ábside, y cruzaron por el costado del altar, donde bajo una cúpula sostenida por pilares de mármol, la Virgen María, toda vestida de albo ropaje, enfrentaba la amplia nave.

Pero durante la liturgia, el balido y la imagen del gran chivo negro no le permitían concentrarse, porque se aferraban con la impertinencia de un sarcasmo en su imaginación. Lo poseyó una progresiva inquietud, mientras ese particular período de su infancia, que nadie, ni siquiera sus padres conocieran, desplegaba sus escabrosos detalles en sus recuerdos. El macho cabrío negro... ¡Imposible que fuese el mismo! ¡Cómo había tratado de olvidar todo eso! Y casi lo consiguió con los años, a pesar de la decisiva influencia que esos hechos habían ejercido sobre esa etapa de su vida. Pero paulatinamente logró que esas vivencias no le quitaran el sueño ni le procuraran secretos remordimientos como durante toda su juventud. Difuminados, sumergidos en un pasado que a veces le parecía primordial, parpadeaban no obstante en su memoria, aunque cada vez con menos fidelidad. Pero el cabro negro y la mujer rubia, de esplendorosos cabellos, cuyo rostro no alcanzara a ver, destruyeron de un golpe esas defensas tan trabajosamente construidas, y las antiguas imágenes inundaron su mente con un estrepitoso fragor. Intentaba concentrarse en la misa, pensando en la sorprendente facilidad con que nuestros miedos rompen sus ataduras. No: imposible que fuesen la misma mujer y el mismo chivo. Jugadas de la conciencia, solamente. De una conciencia atiborrada de precoces experiencias de toda índole, que muchos no conocen siquiera a lo largo de una vida. Y él las había gozado y sufrido apenas en un mes. Besó a su madre y estrechó las manos de sus vecinos cuando el sacerdote llamó a la paz.

Al salir del templo, con la mente aún desajustada, alzó distraídamente la vista hacia los balaustres de los balcones de las siete puertas interiores, coronadas por ojos de arco y más arriba por siete vitrales, que difundían una discreta luz en la iglesia. Los números apocalípticos se unieron en su mente a la mujer y el macho cabrío negro, inevitable símbolo del mal.

Su madre permanecía callada, con la resignación que nunca la abandonara desde

la muerte de su marido, treinta años antes, cuando, superada la crisis financiera, pudieron comprar una casa en el barrio Pedro de Valdivia. Fue su única heredad. Y cuando sus tres hijos partieron del hogar, Rosa María vendió la propiedad, que se la pagaron en dólares en el momento álgido de la bonanza económica, los puso a interés, y arrendó un apartamento pequeño en el edificio vecino a la iglesia. Sin ser elegante, y con un vecindario heterogéneo, todo quedaba a la mano, incluidos el correo y la iglesia. Llevaba allí seis años, y aunque le temía a los temblores, no tardó en habituarse. Y los grandes sismos que debió afrontar demostraban la óptima construcción del edificio. Además Eduardo vivía a dos cuadras de allí, y los sábados pasaba a buscarla para asistir a la misa de la tarde. Y ante cualquier impedimento de su hijo, se hacía acompañar por una vecina de buena voluntad.

Esa noche la hermana de su mujer los esperaba a comer, por cuyo motivo se despidió de su madre en la puerta del apartamento. Rosa María le acarició el rostro:

—Eres un buen hijo: siempre te irá bien en la vida.

Recién a las nueve de la noche comenzaba a oscurecer. Los faros del alumbrado público aún se revestían de un nimbo fantasmal en el crepúsculo, que iba desdibujando progresivamente los contornos de los edificios, las casas, los automóviles, y las personas que circulaban por las veredas, mientras el Fiat subía por Eliodoro Yáñez.

Esteban y Sofía habían comprado un sitio en Manquehue cuando recién comenzaba la urbanización del sector, y peso a peso reunieron el dinero para iniciar la construcción de una casa amplia, que tardaron años en terminar. Todo esto Bernarda solía citarlo como un ejemplo de planificación familiar, algo como un epítome de lo bien pensado y calculado. En cambio ellos, pudiendo haber hecho algo semejante, ni siquiera lo intentaron, debido a la pusilanimidad de Eduardo, a su falta de decisión, a su comodidad, a su rechazo de intentar algo nuevo, aunque la iniciativa no implicase riesgo alguno. Infinitas rencillas surgieron de tales discusiones en los últimos años, hasta que Bernarda se resignó a su destino de esposa de un hombre en extremo cuidadoso de sus gastos, enemigo declarado de endeudarse, y aparentemente terminó por comprender su prudencia. Y más al percatarse de los graves descalabros financieros de muchos amigos y parientes que habían obtenido préstamos en dólares.

—Yo no sirvo para los negocios. No sería capaz de vender agua en el desierto... —le dijo una noche Eduardo, al cabo de una riña—. Seguramente moriré como lo que ahora soy, jefe de un departamento. Nunca llegaré a gerente, ni siquiera a subgerente, porque se necesita otro tipo de personas para esos cargos. Me falta audacia, decisión, sangre fría. Pero me hicieron así. Conoces la historia de mi familia, los altibajos que sufrió mi padre por querer dárseles de hombre de negocios como el tío Nataniel. Sufrimos las de quico y caco. A veces en la casa apenas había para comprar pan... No pasamos hambre, pero estuvimos a punto. Muchas veces nos cortaron el teléfono, y

hasta el gas. Claro que solo por algunas horas, pero lo suficiente para sentirse miserable... Me juré conformarme con lo que me tocara, y no vivir más allá de mis posibilidades. No es una manera brillante de vivir, lo sé, porque implica renunciaciones y privaciones, como no poder arrendarse casa en Concón o en Viña, o hacer un viaje anual a Mendoza o a Buenos Aires. O dar comidas o fiestas para reunir a todos los amigos y parientes, como de repente lo han hecho Esteban y Sofía. Ni que tú debas usar el mismo traje dos o tres temporadas... Como yo, que llevo tres años sin mandarme hacer un terno. Pero hemos logrado educar a nuestros hijos, compramos el auto y la casa, que sin ser nada del otro mundo, está bien construida y en un barrio aceptable, no en San Damián o los Dominicos, como me habría gustado.

Desde esa noche Bernarda nunca volvió a echarle en cara las deficiencias que la falta de dinero solía ocasionar. ¿Terminaría alguna vez por comprender bien a Eduardo? Su carácter naturalmente reservado nunca dejaba de desconcertarla. Solo en excepcionales circunstancias le planteaba algún problema, porque prefería no preocuparla, le decía entonces. Siempre tuvo cabal conciencia de lo que significaba para Bernarda el trabajo del hogar. Cada uno a lo suyo. Se habían conocido cuando Eduardo acababa de cumplir dieciocho años, después de un largo, caluroso y aburrido veraneo en Algarrobo, durante la primera fiesta del año en casa de unos primos de Bernarda. Por entonces Eduardo enfrentaba con escaso entusiasmo su primer trabajo, porque con la muerte de su padre debió interrumpir su carrera de ingeniero comercial. Pero algo heredó, lo suficiente como para comprar un apartamento pequeño, donde recibieron a los tres primeros hijos. Siendo todos hombres podían compartir uno de los dos dormitorios y al anunciarse el cuarto heredero, Eduardo, que ganaba más, pudo arrendar un apartamento mayor y allí completaron los cinco varones. Y al vender su casa, Rosa María le pasó a su hijo una suma que, agregada a la obtenida por la venta de su apartamento, le permitió comprar su actual propiedad, amplia, cómoda, con grandes dormitorios y buenos baños. Ahora vivían desahogados, porque Eduardo, el hijo mayor, trabajaba con un corredor de propiedades en España y Gonzalo, el segundo, se casó no bien se hubo recibido de médico, y se fue con su mujer a Valparaíso. Nataniel y Marcos, abogado uno e ingeniero comercial el otro, ambos iniciándose en actividades rentadas, y Rafael, que ese año comenzaría arquitectura, aún los acompañaban.

Siendo los festejados, Edmundo y Elena, su mujer, habían sido los primeros en llegar. Porque Esteban y Sofía, la hermana de Bernarda, querían celebrar el ascenso de Edmundo a la gerencia de comercio exterior del Banco Francés. Solo faltaban Pedro Luis, abogado de la superintendencia de bancos, viudo desde hacía cinco años, e Isabel, la prima solterona de Sofía y Bernarda. Los hombres conversaban en la terraza, frente al despejado jardín, bajo un calor que la brisa empezaba a suavizar.

—Has hecho muy buena carrera —comentó Esteban—. Porque no hace ni tres años que te fuiste al banco.

—Sí: he tenido suerte. En la Importadora Tanner estaba topado, por obra y gracia

del gerente general. ¡Qué tipo más obtuso...! En el banco en cambio todo se me facilitó desde el principio. Y me fui bastante asustado, debo decirles...

—Yo que tú no habrías corrido el riesgo, considerando que llevabas veinte años en Tanner. —Eduardo contemplaba con una cierta envidia el cuidado jardín.

—¡No eres un ejemplo de audacia! —rio Esteban.

—Eso lo hemos discutido otras veces —replicó Eduardo, algo molesto—. ¿Qué quieres demostrar? Uno es como es, y no más.

—Además se trata del hecho que se presente la ocasión —apoyó Edmundo—. Y no llega con facilidad.

—¡Tú lo has dicho! A mí nunca me han ofrecido algo concreto, real, de tomarlo o dejarlo...

—¿Y crees que en un caso así habrías aceptado? —preguntó Esteban.

—Como no me han hecho un ofrecimiento, concédeme al menos el beneficio de la duda. ¿Cómo fue lo del ascenso?

Edmundo se interrumpió un instante para saludar a José Luis.

—Todo empezó cuando el señor Daniel Messina compró las acciones del banco que estaban en poder de Beltrán Salas.

—¡Ah, sí, a raíz de la quiebra del grupo Salas! —dijo José Luis. Las mujeres permanecían en el salón, y a veces Eduardo distinguía la risa de Bernarda—. Nosotros los obligamos a vender, para no arriesgar al banco y sus clientes.

—Fue una buena cosa, porque Beltrán Salas y su gente usaban el banco solamente para atender a sus empresas relacionadas. Con la llegada del señor Messina todo cambió.

—¿Y conoces a Messina? ¿Cómo es? —preguntó José Luis—. Me tocó conversar con él muy de pasada. A simple vista parece un audaz, de esos que no vacilan en jugarse todo en una sola carta. ¡Claro que puede ser un prejuicio mío!

—No lo conozco tanto como para sacarte de dudas. —El tono de Edmundo se puso cauteloso, aunque se sabía entre gente de confianza—. Es un tipo extraordinario. Llegó a Chile hace veinte años, desde Beirut, donde también tuvo bancos. Se asoció aquí con Leopoldo Muñiz, y se dedicaron a exportaciones de maderas, entre otras cosas. Ganaron millones. Hace como dos años, el señor Messina se fue a El Cairo, a restablecer sus contactos en el Medio Oriente, hizo buenos negocios asociado con un magnate de la región, y ahí conoció a su mujer actual, Jessie Levi. Y volvió a Chile.

—¿Terminó su asociación con Muñiz?

—No, lo dejó a cargo de los negocios en Chile. Pero entonces Muñiz sufrió un ataque cerebral, y quedó parapléjico. El señor Messina siguió solo.

—Me han dicho que la señora de Messina es estupenda —comentó Esteban, en voz baja.

Llegó Sofía.

—¡Ya formaron grupo aparte! ¿Estaban hablando de los famosos Messina? ¿Has estado con ellos, Edmundo?

—El miércoles pasado, en una comida que dio el señor Messina en su casa.

A instancias de Sofía, todos entraron al salón.

—Según comentó Elena, Messina había estado casado antes.

—Sí, la señora Jessie Levi es la tercera mujer del señor Messina. La conoció en El Cairo, en su último viaje... Ella llegó hace unos seis meses.

—Algo me hablaron una vez de una Jessie. Y vivía en El Cairo, precisamente. ¿Quién me lo dijo...? —Eduardo pareció hablar consigo mismo.

—Cuando te acuerdes nos cuentas —interrumpió Sofía, impaciente—. ¿Así que estuvo casado dos veces antes?

—Sí, en El Líbano, pero las dos veces se separó. Llegó a Chile con su segunda mujer, de la cual tuvo dos hijos que ahora viven en Europa. La señora no se acostumbró en Chile, y regresó al oriente.

—¿Tiene hijos con su actual mujer?

—No, hasta el momento.

—¿Y hablan bien el castellano?

—¡Pero si don Daniel es español, de una familia de origen sefardí, muy rica! Y ella parece que también vivió en España en su niñez, y después en Argentina. Habla el castellano sin acento.

Únicamente Sofía y José Luis permanecieron de pie, ella preocupada de atender a sus invitados, y él, con las manos cruzadas a la espalda, escuchando atento.

—¿Y te acordaste de tu Jessie, Eduardo?

—No es para que me desvele tratando de recordarla tampoco. ¡A lo mejor lo vi en una película! —rio Eduardo—. O sea Messina no tiene familiares en Chile. Claro que los tipos como él, tan ricos, ven de otra manera la familia. ¡No se complican la vida! Messina podría irse de aquí, y no volver más, porque le bastaría dejar a alguien encargado de sus bienes. O volver de tarde en tarde, a vigilar la marcha de sus asuntos, solamente.

—Es verdad —terció Edmundo—. Es gente que vive a otro nivel. ¡Vieran su casa de Lo Curro! Tiene la mejor colección de pinturas chilenas que debe haber en Santiago.

—¿Por qué le interesa tanto la pintura chilena? —indagó Eduardo—. ¿Cómo inversión...?

—Es algo que heredó de Muñiz, según nos contó él mismo la otra noche. Muñiz es sobrino del pintor Ignacio Urzúa. Siempre invitaba artistas a su casa. Y don Daniel Messina conoció a varios pintores en la casa de su socio. Así nació su interés por la pintura nacional. Y cómo tú dices, puede que también lo tome como una inversión.

—Pero dejémonos de hablar del señor Messina. Estamos celebrando el ascenso de Edmundo. ¿O ya lo han olvidado?

—Es que el artífice de ese ascenso fue, si no me equivoco, ese señor Messina, que se está convirtiendo en uno de los dueños de Chile, ¿no es así, Edmundo? —intervino José Luis, en un tono inocente.

—Sí, tengo que reconocer que mi ascenso se lo debo, indirectamente, al señor Messina.

—Y directamente, ¿a quién?

—Al gerente general del banco, que me propuso.

Eduardo, hundido en el sofá, con su whisky a medio consumir, pensaba en el chivo negro y en la mujer rubia que esa tarde parecían esperarlo en la iglesia.

Como siempre, dejó el metro en la estación Manuel Montt, la más próxima a su casa y también al apartamento de su madre, a quien visitaba tres o cuatro veces a la semana. Subió por Providencia cuando el crepúsculo comenzaba a invadir la ciudad, y los automóviles y buses encendían sus faros. En esos primeros días de marzo, una gran cantidad de transeúntes inundaba las veredas, muchos saludablemente tostados, y exhibiendo además un cierto optimismo y buen ánimo para enfrentar el nuevo año. A metros de Antonio Varas, la mujer miraba las portadas de las revistas en un quiosco de diarios, con un vestido oscuro, de cuello cerrado y sin mangas, ceñido al cuerpo espigado. La piel dorada de los hombros despedía un suave fulgor. En ese momento le mostraba su perfil bien delineado, con una nariz recta, graciosa. Pero su cabellera rubia, larga, frondosa y su figura la convertían en un punto clave. De pronto sus ojos se volvieron a Eduardo por un instante, y su boca grande sonrió, como si lo reconociera. Pero de inmediato reanudó su camino con un paso firme, armonioso, desentendiéndose de los que se detenían a mirarla. Cruzó la calle aprovechando la luz verde del semáforo, y Eduardo siguió tras ella, porque llevaban hasta ese momento el mismo camino: se dirigía al apartamento de su madre. Pronto cruzaría ante la iglesia. Y solo entonces asoció la cabellera rubia con la mujer que rezaba arrodillada ante el altar, con el cabro negro a su lado. La vio entrar al templo y Eduardo recordó que en marzo se reanudaban las misas de las siete y media de la tarde. Se adentró a su vez en el ambiente penumbroso, fresco, aislado del bullicio exterior. En la oscuridad acechaban los pasos rítmicos de la mujer, avanzando hacia el altar por el costado izquierdo de la nave. Algunos fieles rezagados aún permanecían orando, apenas visibles en la penumbra. Poseído de una creciente excitación, Eduardo descubrió a la mujer junto a la gran pilastra que antecedió al presbiterio y a una pequeña nave lateral con una imagen de Cristo crucificado y varias bancas vacías a esa hora. Se sintió envuelto en el enervante perfume de la mujer, y ahora ella le sonrió franca, decididamente. Y Eduardo recordó que había visto antes esa cara de belleza sutilmente animal, un tanto sombría, inquietante. Sí: como dijera su madre, la mujer se parecía extraordinariamente a Lila Nazir, su vecina de Ñuñoa. Y con una edad similar a la que tenía en esa época, casi 40 años atrás. Incluso más joven. Entonces ella atravesó pausadamente el crucero, subió las gradas del altar, y cerciorándose que Eduardo la seguía, rodeó el ábside hasta que desapareció tras el sagrario. ¿Iría hacia la sacristía? No. La mujer lo esperaba justamente detrás del altar, junto a una silla y

una escalera usada seguramente para las labores de ornamentación. Nadie podía verlos desde la nave. La puerta de la sacristía cerrada. Ahora la mujer lo enfrentó serenamente, con una sonrisa impregnada en una delicada ternura. Sin quitarle los ojos, se desabrochó con gran velocidad la hilera de botones que descendía desde el cuello hasta el ruedo de su vestido. Y al abrirse la tela como una bata, la carne empezó a fulgir en una franja que se alargó hasta bajar de la cintura. Y allí los ojos desorbitados del hombre descubrieron el triángulo oscuro de un breve calzón. Se desprendió de todo con sorprendente pericia, y se irguió en completa desnudez, allí, junto al altar. Aterrorizado Eduardo ya veía abrirse la puerta de la sacristía, y que el párroco o el sacristán aparecían. Pero ella avanzó, le envolvió el cuello y se apretó contra su cuerpo. El contacto con la carne tibia, sedosa, fragante, destruyó sus aprensiones, mientras la lengua de la mujer penetraba ansiosa entre sus dientes. Lo hizo sentarse en la silla, y se puso a horcajadas sobre él. En sus oídos resonó el jadeo progresivamente acelerado de la mujer, su gemir entrecortado, mientras todo a su alrededor perdía importancia. La mata de pelo rubio cubría su rostro en los breves momentos en que la hambrienta boca de ella se separaba de la suya.

Eduardo trémulo, vuelto a la realidad, se asomó sigilosamente a la nave. La sacristía continuaba hermética. Alguien cerraba la puerta principal, y luego los pasos de un hombre, posiblemente el sacristán, avanzaron por el costado derecho del templo. La mujer ya se había puesto el vestido y se lo abotonaba.

—Viene el sacristán —susurró él.

Ella le hizo un gesto instándolo a retirarse y Eduardo, tratando de conservar la calma, se dirigió hacia la puerta lateral de la iglesia, la que generalmente utilizaba con su madre. Al otro lado de la nave el sacristán procedía a cerrar la puerta opuesta. Afuera, sobre el muro donde se abrían las arcadas enrejadas y el acceso, divisó tres pájaros que, en la semioscuridad, tomó por palomas. La mujer lo alcanzó en la vereda de adoquines, y con un batir de alas las avecillas emprendieron vuelo y fueron a posarse en una de las palmeras. Solo entonces Eduardo descubrió que eran tórtolas. También la mujer les echó una rápida mirada mientras, sin intercambiar palabra, abandonaban el recinto parroquial cuando el crepúsculo empezaba a dar paso a la noche. Las tres tórtolas... ¿Dónde las había visto antes? Ahí mismo, por supuesto, el día de su visión de la mujer con el chivo. Ella se detuvo al lado del edificio en el que vivía la madre de Eduardo.

—No es bueno que nos vean juntos —susurró con voz cálida, baja—. Tengo el auto aquí cerca. Yo te llamo.

—Pero si no sabes mi nombre. Ni yo el tuyo.

—¿Y eso qué? Ya hicimos el primer contacto. —Sonrió—. Quizá yo sé más de ti que tú de mí. ¡Adiós!

Se alejó con pasos rápidos, corriendo casi. Dobló a la izquierda, hacia el lado del templo y desapareció. Sin hacer siquiera amago de seguirla, Eduardo miró su reloj: faltaba un cuarto para las nueve. Había comenzado a seguir a la mujer un poco antes

de las ocho y media. En unos veinte minutos había ocurrido todo. No sabía dónde ir, si visitar a su madre, o dirigirse a su casa, mientras un oscuro sentimiento de culpa comenzaba a roerle el espíritu. Había hecho algo reprobable dentro de la iglesia, detrás del altar, a menos de dos metros del cuerpo de Cristo. Podía considerarlo un sacrilegio. Pero no fueron esas sus intenciones al seguir a la mujer, cuyo nombre aún desconocía.

¿Y si nunca volvía a encontrarla? Quizá fuese una simple aventura corrida al amparo de la oportunidad. Sabía de casos así. Pero se robustecía su certidumbre que esa mujer y la del enorme chivo eran una misma persona. Nada alcanzó a preguntarle. Y al asociar al cabro con su antigua aventura de Macul, sintió una gran repugnancia. No. Entre esa mujer y la anterior no podía haber ninguna relación.

Aún el perfume impregnaba su cuerpo. Empezó el camino hacia su casa en medio de remordimientos y sombrías premoniciones. Bernarda aún no volvía del cine, circunstancia que aprovechó para darse una prolongada ducha. De este modo se desprendió en parte de la presencia de la mujer, cuyo cuerpo aún sentía adherido al suyo.

A la tarde siguiente hizo el camino del día anterior, pero esta vez el encuentro no se reeditó. Entró incluso a la iglesia, y la buscó entre el centenar de feligreses que a esa hora escuchaba la misa de la tarde.

Se estremeció al mirar hacia el altar, donde el sacerdote iniciaba el rito de la consagración. Desazonado se dirigió al apartamento de su madre, y su siempre tierna recepción lo alivió un tanto de su pesimismo. Mientras tomaba el té en la pequeña mesa de comedor junto al ventanal, Rosa María lo miraba.

—¡Pasó algo terrible en la iglesia! —dijo de pronto.

—¿Sí? ¿Cuándo? —Presintió lo que seguía.

—Ayer en la tarde. Fíjate que alguien se orinó detrás del altar, y colgado de la escalera apareció uno de esos calzones tipo bikini que usan algunas mujeres, con restos de hombre... Rosalía, mi vecina, me contó. El párroco está horrorizado. Dicen que vieron a un hombre y una mujer que se metían detrás del altar. Pero estaba muy oscuro, así que no los reconocieron. —Aliviado, bebió un sorbo de té—. ¿Te das cuenta? Esa pareja endemoniada fue a pecar dentro de la casa de Dios, junto al altar. ¡Hay tantas partes para hacer esas cosas! Y elegir la iglesia... ¡Esos tenían el diablo en el cuerpo!

—¿Y qué piensan hacer?

—Van a hacer una misa de desagravio. Y el párroco les recomendó a todos los fieles que estuviesen con los ojos bien abiertos cuando vieses a alguien metiéndose donde no corresponde. La mujer era rubia, con mucho pelo, alta, de buena figura. Es todo lo que se sabe.

—¿Y el hombre?

—Nadie se fijó mucho en él.

Su madre fue a lavar la taza a la cocina, y Eduardo la esperó, alterado con el

relato.

—¡Pasan cosas tan raras! —comentó Rosa María, de regreso—. Como esa mujer que llegó con el chivo a misa, ¿te acuerdas? También era rubia. ¿Sería la misma? Porque también tenía un anillo de brillantes, me acuerdo bien, y la de anoche llevaba joyas vistosas, según los que la vieron...

—Está prejuizando, mamá. ¡Eso sí que es malo!

—Sí, es verdad —dijo ella, sentándose a la mesa—. ¡Que Dios me perdone! Pero es que se parecía tanto a esa vecina de Ñuñoa. Esa también era una gente endemoniada.

—¿Cómo lo supo?

—Porque la señora Berta, la cajera de la panadería, me lo contaba todo. Ella lo sabía por la empleada, que vivía aterrorizada con lo que pasaba en esa casa. Pero le pagaban muy bien, y por eso no se fue. Además le daba pena el dueño de casa, que vivía enfermo, y nadie lo cuidaba.

—¿Qué fue de ellos? —Porque hasta la fecha, nada había vuelto a saber de las Nazir.

—Se fueron cuatro o cinco meses después que nosotros. La señora Berta me venía a ver siempre, pero no sé qué será de ella ahora. Mientras vivíamos en Pedro de Valdivia no pasaba un mes sin que llegara a verme. Y me contaba todas las novedades del barrio. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, era una pelirroja gordita, chica, muy alegre. Pero buena para la copucha, por lo que usted dice.

—Es que todo el barrio estaba pendiente de esa gentuza. Parecían gitanos. Nadie sabe de dónde venían. La casa la dejaron inmunda. ¡No imaginas las porquerías que encontró el dueño cuando se fueron! ¡Cosas terribles!

—¿Sí? Nunca me habías contado nada. —Porque ignoraba los temas que su madre abordaba con la cajera de la panadería. Nunca imaginó que las Nazir fuesen el centro de sus comentarios.

—No pensé que te interesaría saberlo. Además, no me gusta acordarme de lo malo, sino de lo bueno. Ya me había olvidado de eso. Si no me acuerdas tú...

—Pero ¿qué encontraron?

Su madre fue a sentarse al sofá, y Eduardo la acompañó. Sobre ellos, unos viejos botes de Pacheco Altamirano permanecían escorados sobre una playa oscura.

—El dueño llamó a un gásfiter^[2], porque el baño principal estaba tapado. Y encontraron los restos de un feto. ¿Te das cuenta? —Eduardo abrió los ojos incrédulo—. Dicen que era de la chiquilla...

—Pero eso es pura maledicencia, mamá —exclamó, repentinamente agitado—. ¿Cómo pudieron saberlo?

—Porque una tarde llamaron al caballero, cuando no estaba la mamá ni la hija, y le contaron que la chica iba dos y tres veces por semana a una casa de citas famosa, que estaba a la entrada de Vicuña Mackenna. En la noche hubo una pelea espantosa,

porque el caballero le echó en cara a su hijastra lo que había sabido. Y ella cínicamente le confesó que era verdad. Que no tenía por qué meterse en sus cosas. Y muérete: la mamá la defendió. Al caballero le dio un ataque, y casi se murió. Pero Dios castiga, porque la chiquilla se quedó embarazada, y la madre, que era una bruja, llevó a una matrona para que le hicieran un raspaje. Y echaron los restos al baño... ¡Qué horror! ¿Cómo podrá haber gente así, tan mala, tan sin entrañas? Porque la mamá también estaba esperando, y no de su marido, que según la empleada había perdido todo en un accidente...

—¿Está segura de todo eso? —Lo poseyó un inexplicable nerviosismo.

—Así me lo contó la señora Berta. Esa mujer tenía líos con otros hombres, hasta con el cura, según decían. La chiquilla anduvo como muerta durante un mes. Y lo del feto lo supo todo el barrio. Parece que por eso se fueron. La policía buscó a la familia Nazir para interrogarla. Pero se habían ido de Chile. Tampoco el dueño de la casa los conocía, porque llegaron a través de un corredor de propiedades.

Lila embarazada... ¿De quién? Le constaba que había mantenido relaciones con el párroco. Aunque también un hombre a los quince años puede engendrar un hijo. Su nerviosismo cundía mientras regresaba a su casa. Se desveló, con Bernarda durmiendo apaciblemente junto a él. Sin duda que María de los Ángeles, la empleada de las Nazir, había sabido ser discreta respecto a él, aunque tal vez por el miedo que le inspiraba su patrona. De alguna manera esos sórdidos y remotos hechos, le recordaban su experiencia con la mujer de la iglesia. Ella se había hecho seguir por Eduardo premeditadamente. Y su presencia en el templo, el sábado anterior, con el chivo negro, como tanteando el camino... Sí: ella había ido esa tarde para verlo a él. La ocurrencia lo golpeó en medio de la oscuridad del dormitorio, apenas iluminado por la luz de la calle que se filtraba a través de las celosías. Cuando entró con su madre, la mujer fingía rezar devotamente, pero apenas empezó la misa se había retirado. El balido del chivo... ¿Fue quizá una señal? Como si el animal lo hubiese reconocido. No: se estaba dejando dominar por su imaginación. En cuanto al encuentro en Providencia, parecía que la mujer lo esperaba allí, junto al puesto de diarios. El sueño empezaba a dominarlo. Nada ganaría dándole vueltas al enigma toda la noche. Lila Nazir... ¿Habría tenido un hijo suyo? De ser así, en la actualidad debía bordear los cuarenta años. No. Tenía que desterrar esos morbosos pensamientos. Porque la mujer había tenido paralelamente otros amantes. Y hombres mayores todos.

El viernes se le hizo eterno atendiendo al personal de Impex. Todos problemas imposibles de resolver, excepto con dinero. Los anticipos se habían suprimido, porque la gente empezó a terminar el mes sin recibir nada de sueldo. Años antes existían unos préstamos a descontar en cuotas, pero con la inestabilidad laboral de los últimos años, el sistema caducó, porque mucha gente se endeudaba para obtener algo así como una póliza de inamovilidad. Luego también se suprimió la quincena, y ahora los empleados debían acudir a los bancos y financieras, y pagar los subidísimos

intereses. A la larga terminaban con todos sus escasos bienes embargados. Hombres frustrados y mujeres desesperadas, dispuestas a cualquier cosa para resolver sus cuitas, algunas bastante atractivas, que procedían con mucho cálculo. Supo de líos entre los empleados. Y un subgerente, que tomó la oficina como una especie de harén, fue despedido con escándalo. Perdió hasta su mujer, que no lo perdonó. Porque es fácil enredarse, cuando la tentación está al alcance de la mano.

Y así transcurrió el día. Cuando sonaba el teléfono, esperaba escuchar la voz de la mujer de la iglesia. Parecía mentira que no supiese ni su nombre. Y cuando la siguiente semana transcurrió sin novedades, pensó que no volvería a verla. Los dos últimos sábados se había excusado de ir con su madre a misa, temeroso que pudiesen reconocerlo como uno de los protagonistas del sacrilegio. En esos casos Rosa María iba con su vecina, pero Eduardo sabía que sus deserciones la afectaban. En compensación, el domingo acudía a visitarla con Bernarda.

—¿Y no ha vuelto a ver a la mujer del chivo? —le preguntó el último domingo, en que Bernarda no pudo acompañarlo.

—No creo que se atreva a volver más por esos lados... —contestó su madre—. Y menos con lo que pasó después. Nadie duda que eso fue obra del demonio en persona, que se presentó en forma de una pareja para despistar. ¡Cuando me acuerdo se me pone la carne de gallina!

II

Había sido Temo, el hijo de la diarera de la esquina, el primero que le habló de sus rubias vecinas, porque ni siquiera las conocía de vista. Temo cooperaba en la distribución de los diarios, pero su madre siempre recibía reclamos de los clientes porque el muchacho se atrasaba, o simplemente no iba. O cuando se descuidaban les daba vuelto de menos.

Los Guzmán vivían en Macul, entre Irrarrázaval y Grecia, en una calle tranquila, de escaso tránsito y vecindario discreto. Los primeros meses en la nueva casa fueron tristes. Rosa María no se conformaba porque se hubiesen visto obligados a mudarse a ese barrio en decadencia. Eduardo, su marido, le aseguró que su estadía allí no sería larga, porque en cuanto arreglara sus asuntos volverían hacia el lado de Providencia. Pero la mamá pensaba que deberían permanecer allí por lo menos uno o dos años. Para los niños en cambio había un enorme patio con árboles frutales. Eduardo y sus hermanos disponían de un amplio espacio para jugar a los bandidos, el pillarse o a las escondidas. Con la falta de plata, se habían acabado los paseos a la playa o a los fundos de los parientes o amigos, porque hasta del auto tuvo que desprenderse el papá. De no haber sido por la inconsolable actitud de Rosa María, Eduardo se habría sentido feliz en el nuevo hogar. Solo les prohibían juntarse con los chicos del vecindario.

—No se te ocurra ponerte a pololear con alguna de estas siúticas de aquí. Porque esta gente cuando ve un buen partido, no lo afloja. Claro que todavía eres demasiado niño, pero si continuamos aquí dos años más, puedes caer.

Haciendo un esfuerzo el papá logró mantenerlos en el San Ignacio^[3], y Eduardo debía atravesar a diario medio Santiago para asistir a clases, llevando una lonchera para ahorrarse el almuerzo. Sus viajes se le hacían interminables, porque solo a los dos menores se les había tomado movilización particular. Y las molestias aumentaron con las lluvias y los fríos del invierno. Pero llegó la primavera y pronto concluía el año escolar. Las vacaciones no ofrecían grandes expectativas de salir en familia fuera de Santiago, porque ya el papá les había notificado que por ese año no podría arrendar casa en la playa. Pero su tío Nataniel lo había invitado a Zapallar para febrero. Su hermano Alfredo partió a la costa cuando empezó enero, invitado por un primo, y los dos menores acompañarían a su madre al fundo de una hermana durante el mes siguiente. Su padre debería permanecer en la capital, atendiendo sus litigios y enredos económicos. Además había comenzado a trabajar en corretajes de frutos del país.

Su primer encuentro con Temo ocurrió el primer lunes del nuevo año, cuando el muchacho llegó a dejar el diario. Casualmente, Eduardo le abrió la puerta. Su padre ya había partido al centro, y Rosa María seguía en cama, porque nunca se levantaba

antes de las diez. La vieja empleada de la familia, que los seguía donde fuesen, preparaba el desayuno. Eduardo salió al antejardín. Más allá de la reja de madera, la calle se desperezaba bajo el sol que pronto comenzaría a picar. A los diecisiete años, Temo apenas representaba doce, dada su baja estatura y enclenque constitución. Pero su cara avisada y sus ojillos en perpetuo movimiento, le otorgaban mucha vitalidad. Su pálido semblante se transfiguraba al conversar. Enhebraba las frases una tras otra, como si no fuese a tener tiempo para terminar sus historias.

—Siempre me meto al sitio que hay en la calle de atrás. Ahí viven unos viejitos, que nunca salen de su casa. Tienen duraznos ricos, jugosos, y yo les saco algunos en las tardes, cuando duermen la siesta.

Se hallaba una vez enfrascado en esta tarea, cuando oyó que alguien pataleaba en el agua en la propiedad vecina. Y también unos gritos de mujer atravesaron la tarde calurosa. Utilizando un viejo manzano que crecía junto al muro divisorio de ladrillos, más alto que el de la quinta de los viejos, pudo asomarse desde las ramas superiores. El sitio del lado, amplio y bien tenido, poseía una pileta rodeada de grandes árboles y un pasto verde muy suave, como una alfombra. Dos mujeres desnudas, madre e hija, seguramente, muy rubias ambas, conversaban junto a la piscina, la chica sentada con las piernas dentro del agua, y la grande de pie, con los brazos en jarra, mirando a un gran chivo negro que permanecía echado sobre el césped.

—¡Viera los cuerpos de las dos! Como los que se ven en las revistas cochinas. La chica también se paró, y las dos comenzaron a jugar al pillarse alrededor del agua. La chica es casi del porte de la mamá, con un cuerpo de mujer grande, pero más delgada. También el chivato comenzó a seguirlas. Y de repente la chica se puso en cuatro patas, y el cabrón comenzó a lamerla.

—¿Y qué hizo la mamá?

—Se reía, no más. Le hacía cariños al chivato, mientras la chica se retorció de gusto y a veces gritaba. Y cuando el cabrón quería montarla, la señora le decía: «¡Eso no, Azazel! Después. Yo voy a decirte cuando puedas...»

—¡Eres un mentiroso! —una extraña excitación, mezclada con pavor, contraía la cara de Eduardo—. ¡Es lo más asqueroso que he oído!

—¡Le juro por mi mamita que es verdad! Que me caiga muerto aquí mismo si miento. —Temo abrió desmesuradamente los ojos, como para darle énfasis a su aseveración—. También el cabro se monta a la mamá. Parece que lo tienen enseñado para eso. El maestro Licanqueo, que es gásfiter, vio al chivato encima de la señora, en su dormitorio. Estaba arreglando uno de los baños de la casa, cuando escuchó unos quejidos de mujer y unos balidos. Se asomó al dormitorio, porque la puerta estaba entreabierta, y los vio. Me contó que el caballero dormía en su cama, como si tal cosa...

—¡Esa no te la creo! ¿Cómo va a ser tan degenerada una mujer para hacer eso? Tu amigo Licanqueo es un mentiroso...

—¡En esa casa pasan muchas cosas raras! La gente que vive ahí es muy mala.

—¿Y la señora no sabía que el maestro estaba cerca?

—A lo mejor sabía, pero no le importó. Además Licanqueo fue esa mañana temprano, porque no había podido ir el día anterior. Y la empleada, la Ana Luisa, lo hizo pasar, pidiéndole que no hiciera mucho ruido para no despertar a los patrones. También la Ana Luisa había visto a la señora con el cabrón encima. Así le contó a Licanqueo. Lo viera usted. ¡Es un manso animal!

—¿Y el marido no despertó?

—El viejo está enfermo. Dicen que no tiene pichula^[4], porque la perdió en un accidente...

La historia de Temo corroía su mente, la sumergió en un nimbo malsano.

—¿Dónde queda la casa de esa gente?

—Venga conmigo, yo se la mostraré.

En la esquina torcieron por la calle que limitaba la manzana hacia el norte. Al llegar a la siguiente bocacalle, Temo le mostró la casa de los viejos. Un muro de adobes bajo, agrietado, protegía la propiedad.

—No cuesta nada pasar la muralla. —Señaló donde el muro remataba en la casa—. Después de almuerzo no pasa nadie por aquí. Claro que tengo que mirar bien antes de subirme.

La fachada de la casa de los viejos daba a la otra calle, paralela a la de Eduardo. Una reja de hierro resguardaba el antejardín de la propiedad vecina, donde vivían las rubias. Muros pintados de rojo, bien conservados, pero las plantas y flores se veían mustias por falta de riego. Las ventanas con sus cortinas corridas impedían ver hacia el interior. Eduardo comprobó que altos muros de panderete separaban la propiedad de sus vecinas, tal como decía Temo. Pensó que esa quinta debía deslindar con los fondos de su casa. En cuanto volviera lo verificaría. En ese momento Temo se despidió, porque tenía que seguir trabajando. Eduardo se quedó parado en la esquina siguiente, viéndolo alejarse hacia Macul, situada una cuadra más allá. Antes de doblar echó una mirada atrás. Una joven rubia salía de la casa roja y avanzaba con un paso medurado, cadencioso, hacia el muchacho. Llevaba un elegante vestido blanco, vaporoso, zapatos y cartera del mismo color. Una particular apariencia angelical fluía de sus facciones juveniles. Al llegar junto a él lo envolvió con su suave perfume, que parecía impregnarla enteramente. Con sus tacones medianos, se veía tan alta como Eduardo. Lo miró riendo con una cierta curiosidad brillando en sus ojos verdosos. Su voz timbrada, en contraste con su cara de niña, correspondía a su cuerpo desarrollado.

—Tú pasaste recién delante de mi casa, ¿no? —Pronunciaba con un acento extranjero, probablemente argentino—. Yo estaba en el salón, y de repente se me ocurrió apartar un poco la cortina, porque oí un ruido de voces, y te vi acompañado de ese canillita^[5] intruso, que se mete en todo. ¡No serás amigo de él, supongo!

—¡No, por supuesto que no! Pero lo conozco, porque nos lleva el diario.

—Tú eres vecino, ¿no? Te conocíamos de vista con mi mamá. Ella te encuentra muy guapo. «Deberías tratar de hacerte amiga de ese niño. Se ve un chico de buena

familia, bien criado, no como los de este barrio...»

—Pero ¿dónde me habías visto? —Las palabras de la muchacha lo desconcertaron, mientras la historia de Temo se retiraba a lo más hondo de su conciencia.

—Porque para llegar a nuestra casa tenemos que entrar por la calle donde tú vives. Una vez te vimos saliendo de tu casa, y otra en la esquina de Macul, mirando las revistas del puesto de diarios... Nosotros pasamos en auto, muy lentamente, porque estábamos virando. Tú parece que venías del colegio, porque traías un bolsón.

—Sí. Los exámenes terminaron hace menos de quince días. En cambio yo nunca te había visto. ¡Eres muy bonita! —Sonrió ante el halago—. ¿Cómo te llamas?

—Melissa Nazir. ¿Y tú?

—Eduardo Guzmán. ¡Qué raro es tu nombre...!

—Mi padre era judío. Y yo nací en Esmirna. Pero llegamos a Argentina cuando aún no cumplía los dos años. Mi padre murió en Buenos Aires.

—Pero... —Casi aludió al señor que Temo creía el padre de Melissa. Alcanzó a contenerse—. Este..., ¿vives sola con tu madre, entonces?

—¡No, no! Mi mamá se casó de nuevo, así que vivimos con mi padrastro, que está muy enfermo. Tuvo un accidente automovilístico hace años. Lo han operado varias veces, pero no está bien. —¡Imposible no recordar las palabras de Temo!—. Se levanta muy poco, apenas para ir a hacer gestiones a los bancos...

—¿Dónde ibas ahora?

—A buscar una blusa que mandé a arreglar aquí cerca, en Irarrázaval. ¿Puedes acompañarme?

—Este..., tengo que volver a mi casa. No avisé que había salido y pueden preocuparse. ¡Nos controlan mucho! —Rio, nervioso. Tampoco era bueno que lo viesen con la muchacha, porque podía enterarse su madre, y no quería hacerla pasar un mal rato. Le alargó la mano, aunque habría deseado seguir conversando con ella.

—Pero nos veremos de nuevo, ¿eh? Anda para mi casa en la tarde. Siempre estamos ahí, porque tenemos una piscina. A mi mamá le va a encantar que vayas. ¡Quería mucho conocerte! Más que yo, creo... —Rio—. No me tomes en serio. Siempre salgo con niñerías, como me dice mi mamá. ¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—Es lo que te habíamos echado. ¿Cuántos años crees que tengo yo? A ver si eres buen adivinador.

—Quince también. O tal vez dieciséis.

—¿Tanto represento? Con razón mi mamá dice que soy muy crecida para mi edad.

—¡No, no, tienes cara de niña! Pero eres muy alta. Por tu cara te echaría mucho menos...

—Tengo doce años, solamente. ¡No lo olvides...! —Riendo le estrechó la mano, y cruzó la calle para seguir hacia Macul. Pero se dio vuelta para hacerle un último

saludo.

Después de haber conversado con Melissa, y de contemplar su cara inocente, la historia de Temo se le antojó el desvarío de una mente morbosa, mitómana. Además eso de meterse en la casa de la esquina saltando el muro desde una calle pública, donde cualquiera podía verlo, tampoco parecía verosímil. Cierto que ese sector era poco transitado. Por otra parte Temo solo entraba de noche al sitio de los ancianos, excepto esa vez en que lo hizo de día, el domingo de su increíble visión.

De inmediato se dirigió al fondo del patio, y comprobó como el muro de panderete, más alto que el de los Guzmán, penetraba unos tres metros en su propiedad por la esquina izquierda. Disponiendo de una escala habría podido echar un vistazo a la casa de Melissa. Pero no tenía ninguna escala.

Había dicho que si por simple formulismo a la invitación de Melissa. Pero pensándolo bien, después de almuerzo Rosa María dormía la siesta, y el papá partía a la oficina, mientras sus hermanos jugaban. Nadie notaría su ausencia. Al recordar a Melissa su deseo de visitarla crecía, porque además necesitaba destruir las fábulas de Temo.

Solo le dijo a la empleada que salía a dar una vuelta hasta la hora del té. La atmósfera caliente pesaba sobre las calles, aplastándolas, arrancando de pronto bocanadas de aroma a asfalto. Eligió el camino por donde regresara esa mañana. A medida que se aproximaba a su destino, el ritmo de su corazón se aceleraba. Miraba hacia atrás seguido, temiendo que alguien lo viese en esa calle. ¡Pero lo conocían tan poco en el barrio! Al llegar frente a la casa roja los latidos se hicieron tan rápidos que se sintió sofocado. Pero pulsó el timbre al notar que venía un automóvil. Permaneció vuelto hacia la fachada. La puerta de calle se abrió, y una empleada de cierta edad, de rostro pálido y con un delantal gris cruzó el antejardín y abrió la cancela.

—¿Viene a ver a la señorita Melissa? —preguntó, también con un acento argentino. Al parecer, lo esperaban. Solo entonces pensó que las empleadas podrían constituir un peligro, porque siempre comentaban la vida de sus patrones en los negocios del barrio. La ocurrencia le hizo vacilar, pero siguió a la mujer.

El pasaje de ingreso conectaba con una galería embaldosada, detrás de la cual se extendía un patio con una camelia y dos naranjos. Los corredores rodeaban el recinto por sus cuatro costados, y de la piscina nada. Tenía que estar más adentro. Melissa emergió de una puerta, y no disimuló su alegría al verlo.

—¡Hola! ¡Qué bueno que viniste...! Ven. Vamos al lado de la piscina, porque está más fresco. —Y siguió por la galería con Eduardo, aún nervioso, tras ella. Melissa llevaba una bata atada por un grueso cinturón.

Un macizo portón aseguraba la privacidad del amplio sitio de atrás, porque era la única comunicación con el resto de la casa. La piscina, de buen tamaño, se abría en el centro de una zona de césped flanqueada por farolas. Muy cerca se erguía un

corpulento nogal, cuya sombra no la alcanzaba debido a la posición norte del sol. Sauces, cipreses y ailantos se repartían espaciadamente por la quinta, y plantas menores conformaban espesuras y macizos cerca de la muralla divisoria. Eduardo descubrió una construcción más chica, también pintada de rojo, junto al panderete posterior. Y entonces un enorme chivo salió de unos matorrales y avanzó trotando, por un costado de la pileta, haciendo repiquetear sus pezuñas sobre las piedras. No despegaba sus feroces ojos del muchacho.

—¡No tengas miedo! ¡Quieto, Azazel! Quédate ahí.

El gran cabro se detuvo, y luego se echó en el borde empedrado de la alberca, cuyas aguas oscuras semejaban un grueso vidrio verdoso. Pero continuó unos instantes con la cabeza levantada y sus cuernos retorcidos, mirando a Eduardo.

—¡Qué bonita y grande es tu casa! —comentó el muchacho, superada la sorpresa que le provocara el chivo.

—Mi mamá tiene mucha suerte para buscar casa.

—¿Cómo se llama tu mamá?

—Lila. Pero su verdadero nombre es Dalila. Como mi papá le decía Lila, se quedó con ese nombre, que es más corto.

—¡Y esta piscina debe ser rica...!

—Sí, es muy buena. Vivimos metidas en el agua con mi mamá.

De nuevo el relato de Temo. Buscó por encima del panderete el manzano de los viejos, y cerca del portón que conducía a la casa divisó la robusta copa del árbol. Desde las ramas superiores cualquiera habría podido verlos. Como fuese, las mentiras del canillita no parecían tantas: había una pileta y también un macho cabrío negro de gran tamaño y con barbas. Eduardo nunca había visto un animal tan enorme y de aspecto más fiero. Debía ser bastante viejo, pensó. Entretanto Melissa acomodaba una silla de playa a la sombra del nogal, y se la ofrecía a Eduardo. Había dos sillas más, y una hamaca-balancín, provista de una especie de dosel. El lugar parecía sumergido en una gran paz, pero también en un calor pesado, enervante. El canto de una chicharra atravesó la tarde calurosa, y al mismo tiempo al olfato de Eduardo llegó un olor penetrante.

—¡Es olor a chivo! —rio Melissa—. ¿No lo conocías? Por favor, siéntate.

El fuerte aroma se esfumó. Al instalarse en su silla de lona la bata de Melissa se abrió un tanto, y descubrió un muslo dorado.

—¿Ves tú? Aquí se puede veranear sin salir de Santiago.

—¿Piensan quedarse todo el verano?

—Mi mamá quería ir a Buenos Aires. Pero mi padrastro no se ha sentido muy bien.

—Pero ¿se levanta?

—En silla de ruedas, solamente. A veces sale al patio interior, sobre todo en las mañanas, o se queda leyendo en el corredor. ¿Te gusta bañarte?

—Mucho, siempre voy a la piscina de unos primos, aunque me queda muy lejos.

—Puedes bañarte aquí cuando quieras. ¡Ahora mismo!

—No tengo traje de baño.

—¿Y qué? Te bañas sin traje de baño. Nosotras con la mamá nunca usamos traje de baño. Es una lata. —Y al ver la cara de Eduardo—. Supongo que no te escandalizarás. Sé que aquí no es común que las mujeres se bañen desnudas. ¿No se practica el nudismo aquí?

—En realidad, no...

—Claro que nosotras no lo haríamos en un lugar público, excepto en un campamento nudista. Pero en la propia casa no le encuentro nada de malo. Es más sano que andar con esos trapos mojados llenos de microbios, pegados al cuerpo.

—Seguramente, todo es cuestión de acostumbrarse.

—Imagino que podemos confiar en ti, porque tuvimos una empleada tan hablantina que la echamos hace como una semana. Era una mujer insoportable, que en todo andaba viendo cosas malas.

—¿Y la que tienen ahora?

—¡Vaya! La Mercedes está con nosotros desde que yo era chica. Es muy discreta. Además es argentina, y no conoce a nadie aquí. Pero esta casa es muy grande para una sola empleada, y mi padrastro necesita de cuidados especiales. Así que mi mamá anda buscando una de otro barrio, sin amistades aquí.

—Pero cuando van a comprar se hacen amigas de medio mundo.

—Es que las compras puede hacerlas la Meche. ¡Ahí viene mi mamá!

Una mujer alta, con una abundante y esponjosa cabellera rubia, de ojos claros y vestida con una bata de seda, se dirigió rápido hacia ellos, con su boca grande, de gruesos labios, contraída por una amplia sonrisa.

—¡Esta sí que es una sorpresa agradable! —Lila le puso las manos sobre los hombros, lo miró un instante, y luego le dio un sonoro beso en la mejilla—. ¿Te había dicho Melissa que quería conocerte? Me gustan las caras de hombres, como la tuya, y no esas que parecen de mujer. Eres mi tipo. ¿Te bañarás con nosotras?

El cabro trotó hacia Lila, y restregó la cabeza contra su regazo. Luego de una rápida caricia, la mujer lo conminó a alejarse. Obediente, el chivo se retiró unos pasos, y se echó sobre el césped.

—Dice que no le gusta desnudarse, ni siquiera en confianza. Necesita un traje de baño.

—Desgraciadamente aquí no tenemos ninguno. Pero tienes que acostumbrarte a ver mujeres desnudas. ¡Lo mejor de la vida se hace sin ropa! Hay que zafarse de todos esos prejuicios. Pero siéntate. ¿Eres católico?

—Sí.

Se arrodilló sobre el césped, y se sentó sobre sus pantorrillas, un poco de lado, entre Eduardo y Melissa, pero vuelta hacia el muchacho. Irradiaba una fuerza especial, una gran vitalidad y efervescencia, y decía las cosas con mucha naturalidad.

—Pero si te hablo así, de olvidarse de los prejuicios sin más ni más, estoy usando

el lenguaje de una demagoga de cocina. Y no quiero que pienses eso de mí. —Le tomó una mano, y la frialdad de su piel lo sorprendió—. Vamos a ser muy buenos amigos. Estás en tu casa, y espero verte seguido por aquí. Eres el amigo que Melissa necesitaba. Un muchacho educado, fino, decente. Ella vive muy sola, porque conoce poca gente en Santiago. Llegamos solamente hace tres meses, y necesito buscarle un buen colegio para este año.

—¿Le gustaría un colegio de monjas?

Lila lanzó una carcajada espontánea, que le surgió del fondo del alma.

—¡Esa estuvo buena! ¿Melissa en un colegio de monjas? ¡Jamás! ¿Para qué le deformen la vida y la mente con todas esas estupideces del pecado, de la salvación del alma, que el cuerpo es un templo y bobadas así? —Calló un instante, y luego prosiguió—. Estás viviendo una de las etapas más gloriosas de la vida: la de la iniciación, la de los primeros pasos a solas en el mundo, la del comienzo de la independencia de los lazos maternos... Es un período maravilloso, que también Melissa, que es desarrollada para su edad, está comenzando a enfrentar. Verás que es una mujer hecha y derecha.

Enarcó las cejas bien trazadas, y miró a su hija, que la escuchaba expectante.

—Es la etapa de la vida en la que los mitos cristianos son más nocivos. Y voy a explicarte por qué.

Lila cambio de posición, haciendo girar las piernas hacia adelante, y cruzó los brazos sobre sus rodillas, ahora sentada en el césped. Pero se cuidó para que la bata la cubriera convenientemente.

—Solo el hombre tiene un espíritu, pero el animal no, ¿verdad? Porque nuestro cuerpo, nuestro organismo, es igual al de los animales. Igual que ellos salimos del vientre materno, necesitamos comer para subsistir, crecemos, nos reproducimos, envejecemos y morimos. En eso somos tan animales como Azazel. —Y señaló al chivo—. ¡Aunque Azazel es mejor que muchos humanos! —añadió riendo. Eduardo se estremeció, recordando las palabras de Temo—. No es la inteligencia la que nos hace distintos de los animales, porque ellos la tienen en forma rudimentaria, sin desarrollar. Pero nosotros tenemos alma o espíritu, y los animales no. Aunque tú sí, Azazel —añadió mirando risueña al cabro, que volvió a levantar la cabeza, como si entendiese las palabras de la mujer—. ¿Has comprendido?

—Hasta ahora, sí —replicó Eduardo, presa de una íntima conmoción.

—También creo, como los cristianos, que el alma es inmortal. Porque no tendría ningún sentido que muriese junto con el cuerpo. O sea el cuerpo es un albergue del alma, que se instala en nosotros, quizá cuando recién nacemos.

—¿Y de dónde viene, entonces?

—De nuestro alrededor. Este mundo está poblado de espíritus, de todas clases, serios, juguetones, alegres, tristes, etc.

—¿Buenos y malos también?

—No nos metamos en ese terreno, porque es muy difícil establecer donde comienza el bien y donde termina el mal. ¡Ni los curas pueden explicar eso! Muchas faltas que hace siglos eran pecados mortales, ahora no lo son. Acuérdate como mataban brujas en la Edad Media, o perseguían a los que no creían en la iglesia, o en los dogmas de fe. Ahora los curas están muy amplios de criterio. Vieras como piensa el párroco de Santa Elena, una iglesia que queda cerca de aquí. ¿Vas a misa?

—Sí, pero no a las misas del barrio.

—No conoces entonces al padre Tomás. Es harto norteamericano y simpático, ¿no es cierto, Melissa?

—Sí, pero no me gusta como nos mira.

—Es que es muy tentado. Se hace el leso, no más.

—¿Usted es amiga de él?

—Lo conozco bastante. No porque vaya a misa, pues soy libre pensadora. Pero una mañana esperaba micro^[6] en la esquina de Irarrázaval, y me hizo señas para que lo llevara. De ahí nació nuestra amistad.

—¿Ha venido para acá?

—Dos o tres veces, aunque no lo hemos invitado. No me gustan los curas, debo decirte. Ni las monjas. Es gente reprimida, que vive atormentándose con la idea del pecado, y lo mismo los comete. Te voy a contar algo bien para callado. ¡No se te vaya a salir! Pero me inspiras mucha confianza. —Lo miró con seriedad.

Y solo ahora Eduardo creyó percibir que de los hermosos rasgos de Lila fluía algo animal, salvaje, como si esa bella fachada sirviese para ocultar a otra persona. Fue una idea pasajera, que no tardó en desvanecerse, aunque le dejó una secreta inquietud.

—En noviembre del año pasado, como a las diez de la noche, tocaron el timbre. Era el padre Tomás. Necesitaba pedirme un gran favor. Mi marido estaba durmiendo, porque es muy delicado de salud.

—Así me contaba Melissa —dijo Eduardo.

—El cura quería que le recibiera por una noche solamente a un fugitivo político. Era un comunista, que andaba arrancando de la policía política, por esa ley de defensa de la democracia. ¡Espero que no te escandalices, porque me tinca que eres de derechas!

—Mi papá es conservador —sonrió Eduardo—. Pero no somos fanáticos, ni mucho menos. ¡Claro que no nos gustan los comunistas para nada!

—Te cuento todo esto porque confío en ti. Tomás vivió muchos años en una población marginal, en una villa miseria, como las llaman en Argentina, y allí conoció a mucha gente de izquierda. Habla siempre de la insensibilidad social de los ricos, de la vida miserable de las poblaciones, de la gente que vive en una promiscuidad atroz, de los padres que se acuestan con sus hijas antes que caigan en manos de otros, y de muchas lindezas así. El fugitivo era uno de esos amigos de la

población, y al cura no se le ocurrió nada mejor que traérmelo a mí. ¿Te das cuenta?

—¿Y qué hizo usted?

—Me dijo que la policía andaba pisándole los talones a su amigo. Que antes de una hora llegarían por la parroquia, porque sabían a dónde se dirigía... Me puso entre la espada y la pared. Me rogó de rodillas que me apiadara de su amigo, que Dios me recompensaría con creces en el cielo, y todas esas tonteras que los curas tienen siempre en la punta de la lengua. La verdad es que a mí no me costaba nada alojar al tipo ese por una noche. —Señaló la construcción del fondo, que Eduardo viese al llegar—. Ahí tengo dos habitaciones, que sirven de bodega, para guardar herramientas y leña. ¡No le iba a ofrecer mi dormitorio! Ni el de Melissa. Así que acepté. Le hice instalar una cama, y el tipo pasó allí la noche.

—¿Cómo era? —preguntó Eduardo.

—Un agitador bastante joven, llamado Vladimir Ojeda. Hedía a transpiración y a suciedad. No se había afeitado ni bañado durante un año, por lo menos, a juzgar por su apariencia. Pero no era tonto. Se expresaba bastante bien, y cuando se fue al día siguiente me dio las gracias con mucha cortesía. ¡Para que veas como son los curas! Claro que hizo una buena obra... Pero creo que me aparté del tema. ¿En qué íbamos?

—En que el alma es inmortal, y el cuerpo no.

—¡Eso es! Ahí está la clave de todo. El alma no muere, pero el cuerpo es desechable. Esta carne se corromperá a la larga. —Se tocó una pantorrilla—. Terminará fatalmente dentro de un ataúd. ¿Para qué preocuparnos tanto de ella, entonces? No le veo objeto. Es bueno cuidarse, por supuesto, no exponerse a perder un miembro, o a enfermedades graves. Los curas dicen que no debemos manchar el cuerpo con el pecado. Pero el cuerpo es para aprovecharlo, para sacarle partido, para que nos de placer, y no para dejarlo envejecer sin que recibamos ningún agrado. ¡Nada tiene que ver lo que haga nuestro cuerpo con la salvación del alma! Eso me parece claro. Y es lo que siempre le he enseñado a Melissa. Cuando nos muramos el alma seguirá viva, buscando a lo mejor otro cuerpo donde anidarse, o yéndose a vivir al reino de los espíritus, por los siglos de los siglos...

—Amén —concluyó Melissa, riendo.

—¡Harías un buen monaguillo, niña! —comentó Lila.

—¿Usted cree que las almas de los muertos pueden meterse en otros cuerpos? —preguntó Eduardo.

—¿Por qué no?

—Pero tendría que echar el alma que tiene el cuerpo de una persona, porque no podría haber alguien con dos almas.

—Lo que pasa es que el alma, como es inmortal, no tiene por qué estar sujeta al cuerpo, ¿entiendes? Yo creo que el alma puede marcharse en cualquier momento de nuestro cuerpo, sin que nosotros nos demos cuenta. Y ese cuerpo se queda viviendo sin su alma. Entonces puede ocuparla un espíritu cualquiera, de esos que andan vagando a nuestro alrededor. Así lo dice Dante en la primera parte de *La Divina*

Comedia, en el canto XXXIII.

Eduardo sintió un escalofrío.

—¿Podría ser un espíritu de otro mundo, de otro planeta, quiero decir?

—Tienes mucha imaginación, como todos los niños de tu edad. No creo en los espíritus de otros mundos, porque todos los espíritus son iguales. Viven en el espacio, y cuando necesitan hacerse presentes en el mundo, se meten en un cuerpo. Si es más fuerte que el otro espíritu lo echan y se quedan ahí. O se meten en el cuerpo de un animal. —Miró el chivo—. ¿Cómo sabes si en Azazel no mora un espíritu humano, o quizá sobrenatural?

—¿Lo cree de veras? —Eduardo miró incrédulo al gran cabro.

—¡Por supuesto! No te hablo de la metempsicosis oriental, que es la trasmigración del alma de un muerto a un vivo, y queda atada al nuevo cuerpo, sea hombre o animal, para cumplir ciertas etapas de perfeccionamiento. Mi planteamiento es distinto, porque yo creo que ciertos espíritus, no todos, pueden cambiarse a voluntad de cuerpo, o simplemente dejarlo.

—¿Qué espíritu son esos?

—Los que nacieron al principio de los tiempos, y nunca han tenido un cuerpo. Pero hay otros espíritus que se forman con los cuerpos. Es el caso más corriente. Y también están los espíritus de los muertos comunes, que se mueven junto a nosotros, sin poder hacerse presentes, excepto durante los sueños.

—¡Es muy complicado todo eso! Porque si un espíritu se metiese a la fuerza en alguien, se notaría algún cambio en esa persona —comentó Eduardo, pensativo.

—¿Por qué? No confundas el espíritu o alma con la inteligencia. Son dos cosas muy diferentes, aunque se necesitan entre sí. ¿Cómo explicártelo? El espíritu es como la energía de la inteligencia, el que la alimenta y la estimula. Por eso una inteligencia no puede existir sin un alma que la controle. Cuando esto ocurre la persona se vuelve loca, pierde la razón, o se convierte en un ente. Con un cambio de alma una persona seguiría con su mismo aspecto, y actuaría de una manera parecida. Nadie notaría nada. Porque todos cambiamos con el tiempo. Somos diferentes en la niñez, en la madurez y en la vejez. Cualquier cambio que produjese un nuevo espíritu se atribuiría a un proceso natural. Piénsalo un poco y verás que es fácil de comprender. Lo importante es esto: aunque viven juntos, nada de lo que hace el cuerpo afecta al alma. Ese es un mito creado por el cristianismo, solamente. Ya ves que al mismo Cristo lo mataron en la cruz, pero su espíritu sigue vivo imperando sobre el mundo, según los cristianos.

—¿Y el bien y el mal? ¿Tampoco existen?

Lila se puso de pie con agilidad, y con una mano se echó atrás un mechón rebelde.

—Claro que existen, pero son intercambiables: lo que hoy es bueno, mañana es malo, y al revés. Lo importante es tener conciencia de lo que hacemos. Así no podemos equivocarnos. ¿Estás muy escandalizado con lo que he dicho? ¿Me

encuentras razón o no?

—En algunas cosas, sí. ¿Dónde aprendió todo eso?

—Siempre he pensado igual —replicó Lila, y avanzó hasta el borde de la piletta. El chivo reaccionó, porque hasta ese momento parecía dormitar.

—Pero ¿hizo algún estudio especial?

Se volvió hacia los muchachos.

—No, ninguno. He leído algo, he vivido bastante, y he oído mucho. He visto más cosas de lo que podrías imaginar, porque he viajado por todas partes. Conozco el mundo, y las costumbres y creencias de cada país. ¡No me cuentan cuentos! —Su rostro adquirió un cierto hermetismo, como si de pronto se hubiese alejado de allí.

—Pero usted es muy joven —balbuceó Eduardo.

—¡Gracias! —rio ella—. Pero a lo mejor soy muy vieja. Acuérdate de lo que te dije de los espíritus. Algunos son transeúntes, tienen el poder de cambiar de cuerpo, y pueden haberlo estado haciendo a lo largo de toda la historia humana. Antes que el cuerpo envejezca, se buscan otro joven y así van haciendo relevos a través de los siglos. Ya te dije, el alma es inmortal, pero no el cuerpo. A lo mejor yo conozco ese secreto.

Y viendo el azoramiento en la cara de Eduardo, lanzó una alegre carcajada. Volvió a sentarse sobre el césped, junto al muchacho, y puso su mano sobre la rodilla de Eduardo.

—No me hagas mucho caso. A veces digo cosas por decirlas, no más.

Retiró su mano y se alisó el copioso pelo, mientras sus ojos iban a fijarse en Azazel. De inmediato el chivo levantó la cabeza, como si se hubiese percatado del gesto de Lila. Temo reapareció en su mente inquieta. La mujer sonrió con su boca grande, bien dibujada.

—Usted hace creíble lo que dice —suspiró Eduardo.

—Puede que sea una gran mentirosa, ¿no crees? Mentirosa como Schahrasad, que le contaba todas las noches una historia distinta a su marido.

—¿Cómo se le ocurrió venirse a Chile?

—Yo había estado aquí hace años. Sabía que era un país donde se podía vivir tranquilo. Después del accidente, mi marido quedó muy nervioso, y débil. Le aconsejé que nos viniésemos para acá. Vivió muchos años en Argentina, y conocía gente aquí, como el corredor de propiedades que nos buscó esta casa, por ejemplo. Me habría gustado algo más viejo, porque me encantan las casas antiguas, donde se note el paso de los años. ¡Por mí, viviría entre ruinas! —Lo dijo con una extraña convicción—. Pero las ruinas no son cómodas para un enfermo...

—Para nadie, creo.

—No para la gente común. Pero yo soy diferente. Te habrás dado cuenta, ¿verdad? Y a medida que me conozcas, lo comprenderás mejor. Nada más sugerente que las ruinas, porque todo te lo cuentan en silencio. Pero te hablo de las ruinas viejas, de esas que se han producido por el paso de los años, y no por algún terremoto

o cualquiera catástrofe reciente. Te juro que yo escucho las voces de los que han vivido en una casa ruïnosa, soy capaz de interpretar cualquiera grieta, cualquiera descascaradura, una rotura en un muro o en un techo, o los agujeros en el suelo...

La voz de Lila pareció alejarse en el tiempo, conformando en su entorno un brumoso pasado.

—Solo en Europa pueden encontrarse casas y castillos realmente viejos, de varios siglos. O en Asia. Pero no en estos païses tan nuevos.

—¿De dñnde es usted?

Se puso de pie, y miró al muchacho calculadoramente.

—Soy huérfana —empezó, lentamente—. No conocí a mis padres. Me crie en la casa de un señor muy poderoso y solitario, en un lugar de Mesopotamia. Vivía en una parque enorme, muy hermoso, de dñnde no me permitía salir, porque además me hizo su esposa. Pero un día me aburrí, y aprovechando un descuido de mi marido, me arranqué. Los agentes enviados por mi esposo me persiguieron durante años, pero siempre conseguí eludirlos. ¡Hasta ahora me persiguen! —Miró riendo hacia la copa de un ciprés, en el costado opuesto del patio. Eduardo vio tres tórtolas que llegaban a posarse en las ramas más altas. Pero no comprendió la alusión—. Luego me casé de nuevo... Después te cuento el resto. ¡Tendremos tiempo para conversar!

Se quitó la bata, la tiró sobre el césped, y miró sonriendo con naturalidad a Eduardo, que se sobrecogió ante su completa desnudez. Como Azazel avanzara hacia ella, Lila lo conminó con voz suave:

—¡Quieto, Azazel! No estoy para juegos ahora. ¡Échate y duerme!

El cabro se detuvo resoplando, excitado. Entonces Lila se lanzó al agua, y algunas gotas provocadas por su chapuzón alcanzaron la cara de Eduardo. Melissa se puso a reír con su azoramiento, pero no se movió de su silla.

Lila cruzó la piscina hasta la orilla opuesta, se afirmó un segundo en el borde con su pelo chorreando agua adherido al rostro, y regresó. Con un ágil impulso, se sentó en el canto de la alberca, dando la espalda a los jóvenes. Su cuerpo brillaba con el agua, que escurría sobre su piel levemente dorada. De pronto apuntó con el dedo a Melissa, y riendo avanzó hacia ella. Pero la chica saltó ágilmente de su silla, dio una vuelta en torno a la pileta corriendo, mientras se desataba el lazo y la bata resbalaba de sus hombros hasta el suelo. Antes que su madre la alcanzase, Melissa saltó a la pileta. Azazel llegó junto a Lila, y parándose sobre sus patas traseras, la abrazó y le pasó la lengua por sus hombros. Ella lo apartó con cierta violencia, y volvió a hundirse en la alberca. Las dos se perseguían mutuamente, se hacían chinasc[7], o se sumergían bajo las oscuras aguas alborotadas. Por último se asomaron en el reborde de la piscina, y miraron a Eduardo, que permanecía en su silla con los ojos muy abiertos, la incredulidad impresa en su cara.

—¡Ya, pues! Sácate la ropa, y arrójate al agua. No te quedes ahí con este calor —

le conminó Melissa—. ¿O quieres que te desvistamos entre las dos?

E intercambiaron cuchicheos, siempre riendo.

—Es que no tengo muchas ganas de bañarme —tartamudeó Eduardo—. Prefiero dejarlo para otro día...

—¡Eso sí que no! Vas a bañarte ahora con nosotras —exclamó Lila, con resolución—. Azazel te ayudará.

Y automáticamente el chivo trotó hacia Eduardo, resoplando e inclinando amenazador sus sinuosos y afilados cuernos. Asustado, el muchacho se incorporó. El cabro se detuvo, con sus bravíos ojos clavados en el joven. Las mujeres reían a más y mejor desde el agua.

—A medida que te saques la ropa, Azazel se calmará —le gritó Melissa—. Y cuando te vea desnudo, volverá a echarse...

Trémulo, Eduardo esbozó una pálida sonrisa en su rostro cubierto por una fina transpiración. ¡En nada había mentido Temo hasta ahora!

—¡Apúrate! No vamos a esperar toda la tarde —le gritó Lila.

Azazel arañó el suelo con sus pezuñas, como preparándose para el ataque. Rápidamente se quitó la polera, se desabrochó el cinturón, y se bajó los pantalones. Solo entonces el animal se calmó. Quedó en calzoncillos, en medio de la risas de las mujeres.

—¡Sácate los zapatos! —le gritó Melissa.

Se arrodilló para desatarse los cordones.

—¡Abajo los calzoncillos! No te vas a bañar con ellos, ¿no? Después tendrías que llevártelos en la mano —rio Lila.

Como el cabro lanzara un furioso balido ante sus vacilaciones, el muchacho, dándole un costado a las mujeres, se quitó su última prenda. Y cubriéndose púdicamente con una mano, se zambulló en la pileta en medio de los aplausos de Lila y Melissa. Las heladas aguas lo envolvieron, y cuando sacó la cabeza, Lila lo empujó hacia abajo. Su piel rozó el cuerpo de la mujer con un turbador cosquilleo. Al alargar la mano oprimió un seno de Lila, sin proponérselo, porque el agua en los ojos le impedía ver bien. Rápido soltó la carne firme, voluminosa, en tanto la mujer lanzaba un «¡oh!».

—¡Disculpe! —alcanzó a decir, porque unos brazos lo tomaron por la cintura, y lo tiraron hacia el fondo.

Manoteó frenético, y se aferró al cuerpo de Melissa. Emergió abrazado a la muchacha, y aspiró una gran bocanada de aire junto con un poco de agua cloratada. Ambas mujeres insistían en empujarlo y tironearlo, impidiéndole salir de la pileta. Terminó por seguirles el juego. Poco a poco se familiarizó con sus cuerpos, pero esas maniobras comenzaron a excitarlo. Por último él mismo las perseguía y las sumergía, en medio de un gran alborozo. Sus labios rozaban a veces los cuerpos húmedos, y la próxima vez que sintió en su boca la presión de la carne, simplemente la mordió con suavidad. Había sido un hombro de Melissa. Con un grito la muchacha trepó sobre

los hombros de Eduardo y se hundió con él.

Cuando pudo salir a la superficie, ambas mujeres trepaban rápidamente a la orilla. Desde allí lo miraron retorciéndose de risa, mientras Azazel restregaba su cabeza en un muslo de Lila. La mujer lo empujó con suavidad, e inclinándose sobre la pileta, alargó una mano a Eduardo y con notable vigor lo sacó del agua. Eduardo quedó frente a la mujer, olvidando cubrirse. Al ver que ambas irrumpían en carcajadas, también se largó a reír.

—¡Por fin entras en confianza! —exclamó Lila—. Espero que no estés molesto porque Azazel te obligó a desvestirte...

Sin contestar Eduardo fue a sentarse en el césped, cerca de su ropa. Tanto Lila como Melissa extendieron sendas toallas, y se echaron de bruces sobre ellas, exponiendo sus mórbidos cuerpos al sol de la tarde.

—Espero que vuelvas seguido por aquí. ¿Te controlan mucho en tu casa?

—Un poco. Si me ven salir todos los días, podrían sospechar algo. Eso no sería bueno.

Lila se sentó en la toalla.

—Tu casa deslinda con la nuestra, ¿no? —Miró hacia el fondo del sitio.

—Sí, por allí. —Y señaló el rincón de la derecha.

Lila se puso en marcha, luego de calzar sus chalas^[8] con tacos, e hizo un gesto a Eduardo para que la siguiera. Melissa seguía recostada, como dormitando. También el chivo partió a la zaga, aunque a prudente distancia. Tomándolo de una mano, Lila lo condujo hasta la casita colorada. En la penumbra cálida se veía una horqueta, un azadón y una pala apoyados en el muro desconchado. Y además un cajón con herramientas junto a la puerta. Por un vano desquiciado se divisaba un camastro cubierto con un jergón y una vieja frazada.

—Aquí se alojó Vladimir, el amigo del cura —explicó Lila. Y abrazándolo por los hombros, lo guio hacia la habitación. Se volvió al cabro y le ordenó—: ¡Espera fuera, Azazel!

Acometido por una creciente excitación, Eduardo rodeó la cintura de Lila y ella lo estrechó contra sus grandes y firmes pechos. Con suavidad Lila lo empujó sobre el jergón, y enhorquetándose sobre Eduardo, unió su boca a los labios del muchacho. En la estrecha, oscura y maloliente habitación, solo resonaban los rítmicos crujidos del camastro y el resollar sobreexcitado de la mujer, mezclado con sus gemidos animales, mientras afuera Azazel balaba lastimero.

Cuando salieron al sol, el chivo se engrifó a la vista de Eduardo. Pero un rumor de alas lo distrajo. Las tres tórtolas acababan de abandonar un viejo manzano junto a la cabaña, e iban a posarse a un cercano ailanto.

—¡Váyanse pajarracos intrusos! —gritó Lila, pero las avecillas no se movieron.

El amenazador balido de Azazel le hizo olvidar la sorpresa que la reacción de la mujer ante las tórtolas le ocasionara. Temió que el chivo lo embistiera. Pero ante una orden de Lila, el animal volvió trotando a la piscina. Melissa aún dormitaba sobre el

césped.

—Está celoso —sonrió Lila.

Caminó hacia la esquina del muro divisorio, entre altas hierbas, malezas y macizos de plantas mustias algunas, y con sus hojas muy verdes y tiesas otras. Una infinita sensación de plenitud poseía a Eduardo, mientras la espigada mujer caminaba desnuda delante, pero tan cerca que le bastó alargar la mano para tocarla.

—Ahí detrás está tu casa, ¿no?

—Sí —replicó él.

Lila señaló la parte inferior del muro, que las brozas cubrían.

—¿Qué te parece si hago sacar algunos de esos ladrillos, y te abro un hueco para que puedas pasar cuando quieras, sin necesidad de salir a la calle? ¿Crees que podrían darse cuenta en tu casa?

—¡Esa sí que es una buena idea! Nadie va al fondo del patio, excepto mis hermanos. Pero ahí hay unas zarzas, así que el hueco no se notaría por el otro lado. Yo puedo arreglármelas para mantenerlo siempre tapado.

—Yo misma podría romper los ladrillos con un combo. Pero prefiero encargarle el trabajo a un maestro de confianza. Lo hará mejor.

Eran invisibles desde la pileta, oculta tras unas frondosas aralias. Lila se arrodilló en el suelo, cubierto de pasto mustio, donde surgían finas espigas amarillas, frágiles e inofensivas. Se agachó para despejar los ladrillos, y sus perfectas nalgas se proyectaron hacia Eduardo. Su viril energía volvió a despertar, y arremetió como un joven fauno. Había allí un espacio despejado suficiente para los dos. Lila, con sin igual maestría, variaba las posturas al más leve requerimiento, mientras la transpiración tornaba resbalosas sus pieles, en medio de un suave olor acre a sudor. Por último, en medio de un grito agónico, la mujer y su juvenil amante se quedaron como muertos en la tarde tórrida. Empapados, como si viniesen emergiendo del agua, Eduardo se incorporó lentamente, con sus espaldas ardiendo, y bajo él Lila, las piernas recogidas, con briznas y hojas secas adheridas a su cuerpo, cerrados los ojos, respiraba en medio de un decreciente jadeo. Solo entonces le sonrió desde su rostro húmedo y enrojecido. Otra vez el aletear de las tórtolas. Las avecillas revolotearon unos segundos sobre la pareja, y partieron hacia la cima del ciprés. Lila les sacó la lengua.

—¿Por qué hiciste eso?

—¡Cosas mías, no más! —dijo con voz ronca, incorporándose ayudada por el muchacho, y quedando de cara a él—. Para ser esta tu primera experiencia lo has hecho muy bien. Me siento orgullosa de haberte iniciado en el amor. Lo aprenderás todo conmigo. El arte del amor no tiene secretos para mí. ¿Qué edad tienes?

—Quince años. Los cumplí en septiembre.

—Es la edad de la máxima potencia, pero no la mejor. Aún estás lejos del disfrute pleno. A tu edad todo se hace de manera muy animal. —Apoyándose en sus hombros se puso de pie—. Ven, vamos a la piscina, y nos daremos una zambullida para

refrescarnos. Pero antes ayúdame a sacarme estas basuras que se me pegaron.

La tarea le demandó escasos segundos, y sintió que el deseo volvía.

—Es suficiente por ahora —dijo Lila, separándolo con suavidad—. Melissa puede despertar y salir a buscarnos. Además que Azazel anda de malas. No sé cómo no ha vuelto a husmear por aquí.

—¿Por qué dijiste que estaba celoso? —Temo reapareció bajo el sol violento.

Las moscas zumbaban en torno a su cabeza. Salieron del rincón breñoso. Echado junto a la pileta, el chivo los miraba desde la distancia. Melissa, sentada en el césped, les hizo un saludo con la mano.

—Porque los chivos son como los seres humanos. Aman, odian y tienen celos. ¿Sabías tú que el amor entre hombres y animales ha sido común a lo largo de la historia? Leda se enamoró de un cisne, que la pisaba, como se dice, y Pasífae, la mujer de Minos, rey de Creta, tenía amores con un hermoso toro blanco. Ella se metía dentro de una vaca de madera para que su amante pudiese poseerla. Conocí a un homosexual que se metió con un burro. ¡Como comprenderás, murió de amor! —Largó una carcajada, que hizo estremecerse a Eduardo.

Azazel corrió hacia ellos, agitando su cornamenta.

—¿Qué quieres decirme con todo eso? ¿Tendrías relaciones con ese chivo, por ejemplo?

—¿Por qué no? —Lo miró con naturalidad—. Es un hermosísimo animal, muy tierno y cariñoso... —Y al ver la mueca de repugnancia que asomó al rostro del adolescente, añadió presurosa—. Son bromas mías. ¿Para qué iba a hacer algo así cuando hay hombres tan exquisitos como tú? —Y bajando la voz—. ¿Y sabes qué más? Quiero que inicies a Melissa en el amor. Ya tiene doce años, y está completamente desarrollada, como has visto. No quiero que vaya a entregarle su virginidad a cualquier pelafustán. Me gustaría mucho que lo hiciera con un caballero como tú. Primero eso sí tienes que aprender conmigo. Debes llegar a Melissa con una completa experiencia, para que su primer encuentro con un hombre le resulte lo más placentero posible. Porque si esas cosas no se hacen bien, pueden provocar traumas irreversibles.

Mientras le hablaba en cuchicheos, los ojos de Lila le parecieron los de una vieja centenaria, en medio del rostro juvenil, rozagante y lozano.

—¿Qué edad tienes? Sé que no es una pregunta que deba hacersele a las mujeres...

—¡A mí puedes preguntarme lo que quieras! —Apartó a Azazel, que se restregaba contra ella con evidente voluptuosidad—. ¿Qué edad represento?

—Te ves demasiado joven. No te echaría ni siquiera treinta años. Pero Melissa tiene doce. —Las aguas de la alberca se abrieron en un blanco estallido bajo la zambullida de la muchacha.

—Esa no es ninguna indicación valedera. Hay mujeres que pueden dar a luz a los diez años. Una peruana tuvo un hijo a los nueve. ¡Imagínate! Lo leí en una revista. Yo

podría tener un poco más de veinte años. O centenares o miles si fuese uno de esos espíritus que pueden emigrar de un cuerpo a otro, como te decía. ¡No pongas esa cara! —Le acarició una mejilla, mientras ponía un brazo sobre sus hombros. Y al enlazarle la cintura, su deseo despertó. Pero al ver a Melissa saliendo del agua, se cubrió púdicamente con la mano—. Para tu tranquilidad, todavía no cumplo los treinta años. ¿Estás conforme?

Y soltándolo, corrió hacia la pileta. Lo mismo hizo Eduardo, y de nuevo los tres se quedaron jugando en el agua, hasta que el frío les hizo salir a la tarde aún cálida.

III

El lunes a las once de la mañana, cuando aún no lograba sacudir el desgano que le producían los comienzos de semana, su tío Nataniel lo llamó para invitarlo a almorzar. Cada cierto tiempo, por razones familiares o para celebrar algún importante negocio de Impex, Nataniel tenía estos gestos con su sobrino. El convite le hizo sacudir la melancolía, exacerbada con el recuerdo de la mujer de la iglesia, que seguía desaparecida. Luego de un rápido aperitivo en el bar del club, subieron al comedor del segundo piso, donde el maître los esperaba con una mesa puesta. Nataniel le pareció más gordo y colorado que de costumbre. Pero su lucidez y vitalidad resultaban sorprendentes para sus setenta y seis años. Completamente calvo, su rostro redondo, desprovisto de arrugas gracias al sobrepeso, que mantenía inflados y relucientes sus carrillos, y la ausencia de barba y bigote, le conferían una curiosa apariencia juvenil. Su voz baja, bien timbrada, se tiñó de una cierta gravedad.

—No son buenas noticias las que tengo —empezó, mientras desdoblaba la servilleta—. He vendido mis acciones de Impex, porque estoy metiéndome en un nuevo negocio de frutas que me parece mejor y más rentable. Además no me quitará tanto tiempo, porque quiero dedicarme a descansar un poco. ¡No puedo mantener este tren de vida, con tantas reuniones y problemas! Me ha subido mucho la presión, y necesito cuidarme un poco...

—No son buenas noticias, en realidad —comentó Eduardo, con una voz desabrida, viendo como las risueñas expectativas que tejiera para su encuentro con Nataniel, se deshacían silenciosa y definitivamente—. Eso quiere decir que mi trabajo puede correr peligro.

—Desgraciadamente es así —suspiró el anciano.

Cuando su tío ordenaba el almuerzo, tarea en la que Eduardo nunca se metía, porque confiaba en la condición de gourmet de Nataniel, paseó la vista por el amplio comedor, cuyas mesas comenzaban a llenarse, generalmente de hombres, o por escasas parejas mayores, excepto una de un coronel con una mujer delgada, de rostro distinguido y buena figura, que se sentó cerca de una ventana. Nataniel volvió a su tono confidencial:

—No es para que te pongas nervioso tan pronto. Has tenido un buen desempeño, y trataré de dejarte recomendado, aunque esas cosas no funcionan, llegado el momento. Además Impex tiene mucho personal. Puede suprimirse por lo menos un veinte por ciento de la gente que hay. Lo hemos comentado otras veces, y tú estuviste de acuerdo. —Eduardo asintió. Alguien de una mesa cercana estalló en una alegre carcajada, que contribuyó momentáneamente a despejar su pesimismo—. Es probable que los nuevos propietarios piensen lo mismo, y hagan ese raleo que yo siempre evité, para no echar gente a la calle.

Aunque imbuido del espíritu práctico de todo hombre de negocios, a su tío le preocupaba el porvenir de sus empleados, especialmente cuando tenían familia.

—¡Venir a pasarme esto a mi edad! —Eduardo bebió un sorbo de vino. El aperitivo le había levantado el ánimo, pero las palabras de su tío se lo achataron de nuevo—. ¡Castigo de Dios, simplemente! Casi me olvido...

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué es un castigo de Dios? Para empezar todavía no te ha pasado nada. Y aún puedes conseguirte otro puesto, porque siempre contarás con mi ayuda. Quizá no tan cómodo ni bien pagado como el que tienes, pero decente. Además dentro de dos o tres años, cuando mi nuevo negocio esté funcionando, te podré ofrecer algo...

Pero en dos o tres años más Nataniel podía estar muerto.

—¡Los pecados se pagan en este mundo! No queda duda...

—¡Por Dios, explícate! ¿Por qué dices eso?

Necesitaba compartir con alguien su aventura. Siempre había sido enemigo de ventilar sus problemas con otras personas. Prefería tragárselos, antes que entrar en el terreno de las confidencias. Claro que desde su matrimonio nunca había tenido que lamentar situaciones de extrema gravedad, sino los tropiezos normales de toda existencia común, desprovista de altibajos espectaculares. Debía dar gracias a Dios porque así hubiese sido. Pero la mujer del chivo le proponía una especie de acertijo, porque sintetizaba en una sola aventura todo cuanto la vida hábilmente le escamoteara, aunque con su cooperación. Tampoco apreciaba ser el confidente de otros, y de este modo se las ingeniaba para cambiar de tema cuando alguien quería contarle algo. Pero comprendía ahora que con su tío podría franquearse. Le relató a Nataniel su inusitada experiencia. El anciano lo escuchaba en medio de una creciente incredulidad, sin interrumpirlo casi, excepto cuando no había escuchado bien. Y al concluir la historia, Nataniel se echó para atrás en su silla, y permaneció mirando a su sobrino, aún no del todo convencido.

—¡Es lo más extraordinario que he oído! Me recuerda esas novelas francesas que leía de joven, o uno de los cuentos del Decamerón. Tal como piensas, puede que nunca más vuelvas a verla, aunque el incidente del chivo también me desconcierta mucho. Pero como aventura estuvo harto buena, no puedes quejarte. Y que haya sido detrás del altar, bueno, ¡no escogiste el sitio...! El pecado habría sido no aprovechar la oportunidad.

La reacción de su tío lo tranquilizó.

—Y pasando a lo nuestro, ¿quién le compra las acciones de Impex?

—Un señor Velasco, que es el abogado de dos o tres grupos económicos. Pero ahora actúa en representación de Daniel Messina, un español que es dueño del Banco Francés.

—¡Ah, sí! Me hablaron de ese señor el otro día. Dicen que está casado con una mujer muy estupenda —comentó Eduardo, mirando al coronel y su amiga, que hacían un brindis a la distancia.

—¡Es la mujer de la historia que nos contó Andrés Gutiérrez hace como un año! ¿No te acuerdas? El suicidio de su cuñado Jorge Talavera en Ankara...

—¡Es cierto! Por eso cuando oí su nombre la otra noche, me sonó a conocido. Era una historia muy misteriosa, llena de intrigas, como una película.

—¡Mejor que una película, porque sucedió de verdad! Como ves, esa niña es muy historiada. Aunque no es chilena, vivió aquí hace años.

—Un amigo mío, que trabaja en el Banco Francés, me contó que Messina la había conocido en El Cairo.

—Gutiérrez nos dijo lo mismo. Pero no les conviene decir que vivió aquí. Es algo que la favorece poco... Tu aventura me gusta más, eso sí.

Pero las inquietantes novedades de su tío le impidieron detenerse a recordar la historia del cuñado de Andrés Gutiérrez.

—¿Qué me aconseja hacer tío, ahora que usted deja Impex?

—Esperar. Puede que nada te pase, y hasta que te asciendan. Son cosas que suelen ocurrir.

—No a mí. Antes de llegar a Impex, gracias a usted, siempre me fue mal. Era el primero que echaban, cuando había restricciones de personal. Me pasó dos veces lo mismo, y la segunda, estando casado y con dos hijos. El problema es que no tengo otras rentas, fuera de mi sueldo. Nunca he podido ahorrar nada.

—Ya se te arreglará todo. Hay que tener fe y no echarse a morir de antemano.

—No me echo a morir, pero tengo que ser realista. Los tiempos están muy difíciles, y ya no soy joven. A mi edad es difícil encontrar trabajo, excepto que un amigo me lo ofrezca. Pero jamás me han ofrecido nada. Claro que como Edmundo Salas es gerente de cambios del Banco Francés, y es amigo mío, quizá pueda hablarle al señor Messina sobre mi situación...

—¡Olvídate de eso! Los tipos como tu amigo son todos iguales. Sin conocerlo ni pensar mal de él, te apuesto que jamás le diría nada a su amo para no crearle problemas. ¡Esos tipos no se juegan por nadie!

Muy cauto, Edmundo procedía siempre cuidándose de no comprometerse. Nunca Eduardo había podido probarlo, pero las palabras de su tío lo volvieron a tierra. Afortunadamente esa tarde llamaron a reunión de jefes, como solían hacerlo los lunes. Pero nada se dijo del cambio de dueño de la empresa. Seguramente la noticia solo la conocía la plana mayor.

Al momento de retirarse, sonó su teléfono, y antes de levantarlo, adivinó quién podía ser.

—¡Hola! —lo saludó ella, sin identificarse, segura sin duda que Eduardo estaba esperando su llamado—. A las siete de la tarde, en el Instituto Cultural de Las Condes. No te retrases. Adiós.

No alcanzó siquiera a despedirse de ella. Se quedó con el fono pegado al oído, escuchando su insondable zumbido. Se dejó caer en el sillón, exhausto, como si acabase de terminar una larga carrera. Pero reaccionó rápidamente, y acometido de

una indescriptible euforia salió de la oficina al calor de la tarde veraniega. En el bar del club, a dos cuadras de su oficina, situada en Estado, se tomó un whisky doble al seco. Eran las seis y cuarto. Se quedó conversando con un amigo un rato, para hacer tiempo, bebió otro whisky, y faltando un cuarto para las siete, se dirigió en el metro a la estación Escuela Militar. Pronto un taxi lo dejaba frente a la casa colonial del Instituto Cultural de Las Condes, y su parque de viejos árboles. Años antes había servido como residencia patronal de una hacienda. Aún faltaban unos minutos para las siete. Caminó lentamente hasta el ingreso al recinto, en una calle lateral, reflexionando que una propiedad así le habría gustado para sus fines de semana, cerca de Santiago, como el fundo de su abuelo.

El instituto rebosaba muebles y pinturas coloniales chilenas, quiteñas y cuzqueñas, facilitadas por particulares, embajadas y anticuarios, rezaba una nota de agradecimiento. El pasado impregnaba los salones, donde los venerables objetos habían sido cuidadosamente montados y distribuidos. Muy a lo lejos Eduardo asistía a exposiciones, tanto por la falta de tiempo como porque siempre fue un tanto opaco para las artes plásticas, especialmente las modernas. Pero ahora lo invadió una cierta emoción premonitoria, activada por los armarios, aparadores, baúles, mesas y sillones añosos, finamente artesonados, que de alguna manera le recordaban un brumoso pasado, estimulado por el inminente encuentro con la enigmática mujer.

Escaso público en las salas, porque la muestra llevaba casi dos semanas. ¿Y si la mujer no acudía a la cita? Algo así carecía de todo sentido, pero nada lo tenía en su aventura. ¿Por qué lo había citado en ese lugar? No parecía el más apropiado para un encuentro discreto. Allí no se podía siquiera mantener un diálogo tranquilo. ¿Cómo explicarle a Bernarda su presencia en ese sitio, con una mujer desconocida, cuando siempre iban juntos a todas partes? Al pensar así deseó secretamente que la mujer no acudiese. Pero cuando volvió a la planta baja, la divisó a través del vestíbulo concentrada en la contemplación de un tríptico cuzqueño que se exhibía en el primer salón. La mujer dio vuelta el rostro, porque Eduardo la había identificado solamente por su pelo y figura, le hizo una venia breve, y volvió al tríptico. Vestía de blanco, y llevaba una gruesa pulsera de oro y un broche de brillantes en el ángulo del escote. Mirándolo como si no lo conociera, muy grave, le señaló una virgen rodeada de angelitos en el recuadro central.

—¡Nunca me han gustado estas pinturas! Y los ángeles me dan asco —comentó en voz baja, como dirigiéndose a un accidental vecino en la exposición—. Hay personajes míticos mucho más interesantes. ¿Me creerá que a cada rato me topo con ángeles? Debe ser algo del destino...

Le clavó sus profundos ojos azules, y a la memoria de Eduardo acudió un comentario parecido hecho por Lila Nazir. Porque ahora comprobaba las semejanzas físicas entre ambas mujeres, al verla allí bien iluminada y no en la penumbra de la

iglesia. Durante los primeros años el rostro de Lila y su cuerpo permanecieron nítidos en su imaginación, y habría sido capaz de dibujarla en detalle, de haber poseído algún talento pictórico. Pero luego sus facciones comenzaron a esfumarse, y con los años la cara de la mujer terminó por perder su individualidad. Solo siguió recordando su figura como algo tangible. Y lo mismo ocurría con Melissa, cuyos rasgos infantiles habían terminado por borrarse completamente. Pero ahora, junto a la mujer de la iglesia, cuyo nombre aún desconocía, la imagen de Lila cobraba nueva vida ante ese duplicado joven y real.

—¿Me citaste para hablarme de tu odio a los ángeles? —preguntó con una suave ironía, aunque su proximidad lo alteraba.

—Es un buen lugar para justificar como nos conocimos —replicó ella, calmada—. En las exposiciones es donde se puede conocer gente interesante, en forma natural. Yo te pregunto a ti, a quien no conocía de antes, de qué época puede ser este tríptico, por ejemplo. Tú me lo dices, o te disculpas porque no lo sabes, pero podemos iniciar un diálogo, ¿no es así?

—¿Ante quién tenemos que justificar eso? —susurró él—. ¿Y para qué? Habríamos podido seguir viéndonos en secreto, sin correr ningún riesgo.

—Es que a mí me cuesta justificar mis ausencias, porque mi marido es muy desconfiado, ¿ves? —Caminó lentamente a lo largo del muro, observando los cuadros—. Lo más seguro es mi casa, pero no puedo meter a un desconocido así no más. Y creo que ninguna señora que se respete lo haría. Además una mujer casada generalmente conoce a los hombres que le presenta su marido, excepto las chilenas, que tienen amistades de soltera, además de sus parientes.

Parecía un raciocinio impecable, y solo entonces ella sonrió débilmente.

—¿Cómo te llamas?

—Jessie de Messina. —Tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la sorpresa—. Vivo en Chile hace menos de un año.

—¿Habías estado antes aquí?

—¿Por qué me lo preguntas? —Su voz no reflejó emoción alguna.

—Porque te pareces mucho a una mujer que conocí cuando era niño.

—Tiene que haber sido una mujer muy extraordinaria, porque ya ha pasado hartoo tiempo, ¿no? —Sonrió veladamente.

—¡Por supuesto que sí! ¿No eres hija de Melissa Nazir?

—No. Es la primera vez que escucho ese nombre. —La respuesta fue tajante, mientras se encaminaba al vestíbulo de acceso—. Mi marido debe estar por llegar. Quedamos de juntarnos aquí. ¿Vamos al segundo piso?

Y al pasar por su lado y observarla en toda su agresiva belleza y prestancia, se le hacía difícil creer que lo sucedido en la iglesia hubiese sido real. En esos instantes el solo hecho de tocarla le parecía una audacia. Y sin embargo...

—¿Te gustan los muebles antiguos? —Subieron la escala detrás de dos mujeres que conversaban y reían ruidosamente.

—¡Me encanta todo lo antiguo! Los muebles, las casas, las porcelanas. Mis mejores momentos transcurrieron en un castillo del siglo x, cerca de Esmirna, en Turquía. Esos muros añosos, agrietados, cubiertos de musgo y humedad a veces... ¡Nada me fascina tanto!

—¡Qué curioso! La mujer de la que te hablé, Lila Nazir, también adoraba las ruinas. Y su hija Melissa había nacido en Esmirna. Siempre me acuerdo de ese nombre, porque me suena bien.

—Tengo entonces bastantes puntos en común con ella. ¡Habría sido interesante conocerla!

—¿Cómo supiste mi nombre?

—Por un pequeño trabajo de investigación. —Llegaron al vestíbulo del segundo piso y, fuera de las dos mujeres que entraron al salón de la derecha, no se veía más gente en el amplio recinto—. Hace menos de un mes subía por Providencia, un sábado en la tarde, y me detuvo el semáforo, cerca de la iglesia que conoces. Pasaste delante de mí, a menos de dos metros. Después te vi bajo el corredor del templo. Me acerqué a la vereda, disminuí la velocidad, y te divisé entrando en el edificio vecino a la iglesia. Me estacioné, y llegué al vestíbulo cuando el ascensor cerraba sus puertas. Pero ibas adentro. Le pregunté al conserje si tú eras el señor Fulano de Tal, y me contestó que eras el hijo de la señora tanto. Me dio tu nombre incluso, y me explicó que todos los sábados ibas a buscar a tu madre para acompañarla a la misa de siete y media. ¡Eres un hijo ejemplar! Le dije que no eras la persona que buscaba, para despistar, volví al auto y esperé hasta las siete y veinte. Entonces me fui al templo, y me instalé donde me viste. ¡Porque no soy católica, por supuesto!

—¿Y por qué todo eso?

—Interprétalo como amor a primera vista, si te acomoda. —Lo miró riendo francamente—. Quizá me recordaste a alguien, como te pasó conmigo, pero sentí un gran deseo de conocerte.

Entraron lentamente a la sala de la izquierda, distraído Eduardo, pero atenta ella mirando las sillas, mesas y arcones dispuestos en el centro de la gran habitación, mientras contra los muros se arrimaban roperos, cómodas, trinchas, veladores...

—¿Por qué llevaste al chivo?

—Porque ese día lo había sacado a pasear, y no podía dejarlo solo en el auto. Además es muy regalón.

—¿Se llama Azazel, por casualidad?

—¿Azazel? —Rio de buenas ganas—. Es un bonito nombre. No: el mío se llama Baruch. ¿Tu amiga de la infancia también tenía un chivo?

—¡Habría jurado que era el mismo! —contestó Eduardo, poseído de una creciente excitación—. Claro que no podía ser. Tendría ahora cerca de cincuenta años. Y ningún cabro vive tanto...

—A lo mejor hay chivos longevos, ¿por qué no? No debes sorprenderte tanto. En el Medio Oriente son comunes los chivos de mascota. Este me lo regalaron aquí, ya

crecido.

También Lila Nazir provenía del Medio Oriente, pero Azazel no desempeñaba precisamente el papel de una mascota. Aunque la costumbre de esos países, esgrimida por Jessie, podía justificar el chivo en su caso personal.

—¿Quién te lo regaló?

—No tiene importancia. Pero se acostumbró de inmediato conmigo, como si me conociese de antes. Es curioso, ¿no? Hay más cosas entre el cielo y la tierra...

—¿Por qué escogiste la iglesia para nuestro encuentro?

—Deberías deducirlo por ti mismo. —Parecía extrañada de su falta de perspicacia—. Difícilmente un marido imaginaría que su mujer correría una aventura dentro de una iglesia, y menos en un país católico como este. ¡Excepto que fuese amante del párroco! —rio plenamente—. Dicen que en la Edad Media esas cosas eran comunes. La gente se hacía el amor hasta dentro de los confesonarios. ¡Ahí viene mi marido! Acuérdate, te conocí aquí...

Daniel Messina era grande, macizo, de tez oscura, casi negra, y bastante calvo. Usaba una barbilla cuidadosamente cortada, y sus ojos oscuros, pequeños, brillaban con astucia. No pareció muy sorprendido de ver a su mujer acompañada por un desconocido.

—¡Te atrasaste un poco! Hace rato que llegué... ¡Ah! Te presento al señor...

—Eduardo Guzmán —se apresuró a decir.

—Acabo de conocerlo, porque me explicó la procedencia de ese armario —señaló uno al azar—. Pero me aseguró que no era un experto...

Messina sonrió brevemente, miró a Eduardo con sus ojos maliciosos, y echó un vistazo en torno.

—¡Buena exposición! —Y a Eduardo—. Vine solo por los cuadros coloniales, que me gustan mucho. No me interesan las antigüedades, como a Jessie. Me siento más a gusto con lo moderno. Es más alegre, más comfortable. No me veo sentado en una de esas sillas fraileras, como las llaman. ¡Aunque quizá sean buenas para la columna!

—Le comenté al señor Guzmán que tenemos una muy buena colección de pinturas chilenas... —empezó Jessie, mirando de reojos a Eduardo.

—Sí, debo tener una de las colecciones más completas de Santiago. Rematé casi todos los cuadros de don Leonardo Maisto, un almacenero italiano muy rico, que se dedicó a comprar pinturas de autores chilenos desde joven. Pero enfermó de cáncer, y tuvo que deshacerse de su pinacoteca. ¿Le gusta la pintura chilena?

—Mucho —mintió Eduardo—. Aunque tampoco soy un experto.

—¡Hay pocos expertos en pinturas aquí! Todos son unos chapuceros —comentó Messina, despectivo—. Es más seguro preguntarle a un coleccionista.

—¿Quiere acompañarnos a nuestra casa para ver nuestros cuadros, señor Guzmán? —preguntó Jessie.

—Por favor, dígame Eduardo. ¡Me encantaría! Pero no quiero molestar...

—¡No es ninguna molestia! Jessie es poco amistosa, casi no tiene amigos en Chile. ¡Hay que aprovechar cuando alguien le cae bien! —Los ojos insondables de Messina lo escudriñaron con su suave ironía de siempre—. No es como yo, que no hago otra cosa que conocer gente nueva a diario.

Los ojos de Jessie se cruzaron con los de Eduardo, pero permanecieron serenos dentro de su rostro inmutable.

El escaso público permitía apreciar los muebles y cuadros sin entorpecimiento, pero nada estaba a la venta, dada la calidad de préstamo de los objetos expuestos. Así le informó a Jessie uno de los encargados de la muestra, cuando preguntó por un baúl colonial hecho en madera y cuero repujado.

Dejaron el instituto en medio de una oscuridad casi total.

—¿Anda en auto?

—No, me vine en taxi. Uso el metro para ir a la oficina.

—Nosotros lo llevamos, entonces —dijo Daniel, con su voz cavernosa—. Tengo el auto aquí cerca.

Él mismo abrió la portezuela del Mercedes gris, y pronto se deslizaban por las calles oscuras en dirección a Kennedy. Jessie, sentada junto a su marido, que conducía, miraba la calle a través del parabrisas.

—¿En qué trabaja usted? —preguntó Daniel, sin darse vuelta.

—En Impex, una empresa de comercio exterior.

—¡Qué notable! Acabo de comprar la mayoría de las acciones de esa empresa. Las del señor Nataniel Guzmán. ¿Es pariente suyo? —Ahora miró atrás.

—Es tío mío. Hermano de mi padre, que murió.

—¡Qué chico es el mundo! —prosiguió Daniel—. ¿Sabía que su tío había vendido sus acciones?

—Me lo contó hace poco —replicó Eduardo—. Pero nada me dijo sobre el comprador. Me nombró un abogado.

—Aníbal Velasco. Actuó por cuenta mía. Pero su tío seguramente ya debe saber que el comprador soy yo. ¡Pregúntele! ¿Le gusta su trabajo ahí? ¿Cuál es su cargo?

—Soy jefe del personal, desde hace varios años. Es un trabajo tranquilo. Me gusta, aunque a veces desearía intentar algo nuevo.

—Debe ser buen psicólogo, entonces —comentó Daniel, riendo—. Nunca es tarde para cambiar de actividad. Cuando la gente llega a cierta edad piensa que no vale la pena arriesgarse. Puede que tengan razón, también, especialmente en un país donde hay tan poca estabilidad laboral. Claro que en las naciones desarrolladas existe un prejuicio contra la gente mayor. Después de los 50 años usted no encuentra trabajo en Estados Unidos ni en Europa. Lo cual es una completa estupidez, porque se desperdicia la experiencia acumulada.

Pasaron a Lo Curro por Manquehue. Jessie escuchaba a su marido, que ponderaba

las expectativas económicas de Chile. La mujer parecía haberse olvidado completamente de Eduardo, aunque quizá procedía así por estrategia. La casa de Messina se aferraba a la ladera orientada al río, a la entrada de Lo Curro, no siendo visible desde el camino. El automóvil se descolgó por una empinada callejuela de adoquines hasta un gran patio en el que desembocaban varios garajes. Jessie entró rápidamente en la casa, cuya ancha puerta se abrió antes que la mujer usase la llave. Una empleada de uniforme mantuvo la hoja abierta esperando a Daniel y Eduardo.

—Parece que ya llegaron algunos invitados —dijo Messina—. ¿Quiere pasar al baño?

—Sí, además tengo que llamar a mi casa para avisar.

Risas y voces venían desde algún lugar de la casa, mientras Daniel lo guiaba a lo largo de un ancho y largo vestíbulo, tras cuyo muro derecho, un solo ventanal, el jardín arbolado descendía por la ladera provisto de una buena iluminación.

Jessie se encargó de presentarlo a las cinco personas que aguardaban en el salón. Empezó por una pareja, ella bajita, morena, de rostro enjuto y ojos inteligentes, pero sin ninguna distinción. Romilia Hernández debía tener más de cincuenta años. Su acompañante, Vladimir Ojeda, tal vez de unos sesenta, de estatura regular, macizo, y con una barriga prominente, disimulaba su vulgaridad subterránea con una voz agradable, suave, natural.

El resto de la concurrencia, dos hombres y una mujer, se puso de pie al acercarse Jessie con Eduardo. Ascanio Larson, de unos cuarenta años, delgado, de pelo escaso y ojos deformados por gruesos lentes, y su mujer, Hilda, no del todo fea, aunque un tanto obesa, pero bastante joven, se veían de un estrato superior. Por último Alfonso Samur, el más joven del grupo, de unos treinta años, vestía con atildamiento, y su pelo cuidadosamente peinado hizo recordar a Eduardo a un protagonista de teleserie mexicana. Solamente Larson fue presentado por Jessie como ingeniero. Eduardo a su vez era simplemente «un amigo». Daniel aún no reaparecía, y Jessie se disculpó para ir a la cocina. Eduardo se aproximó a la pareja de Romilia y Vladimir, que seguía de pie. El nombre Vladimir Ojeda le daba vueltas. No recordaba bien el apellido del activista que Lila Nazir ocultara durante una noche, a instancias del párroco de Santa Elisa, Tomás Lane, pero el Vladimir se le había grabado. Difícil que fuese el mismo, pero algo en el ambiente, a pesar de su lujo y refinamiento, se lo antojaba extrañamente familiar.

Dejaron de conversar al verlo acercarse, aunque lo acogieron con una espontánea cordialidad.

—He conocido pocas personas llamadas Vladimir —empezó Eduardo—. Y hace muchos años una señora me habló de un Vladimir, pero no recuerdo bien su apellido.

—¿Cuándo fue eso y dónde? —preguntó el hombre, curioso.

—Yo tenía entonces 15 años. Hace exactamente 37 años.

—Bueno, 60 menos 37 son, ¿cuánto? —Él mismo se contestó—. 23 años. ¿Qué hacía ese Vladimir?

—Era amigo del párroco de Santa Elisa, en Macul, el padre Tomás Lane...

El hombre y la mujer se miraron, y ambos sonrieron.

—Debo haber sido yo, entonces. Conozco mucho al padre Lane, que ahora está jubilado, porque cumplió los 75 años. Pero vive en Santiago, y solemos verlo. Romilia también lo conoce. Pero ¿estuvimos juntos los dos?

—No, no. Como le decía, una señora llamada Lila Nazir me habló de usted una vez.

Jessie entró al salón seguida por dos mozos con sendas bandejas, una con tragos y la otra con caviar en tostadas. Y también, casi al mismo tiempo, hizo su ingreso Daniel Messina, ahora con un correcto traje azul, y un ostentoso brillante en su corbata roja. Sobándose las manos, le hizo una venia a Eduardo, y fue a integrar el grupo de Jessie.

—Sí, me acuerdo muy bien de Lila Nazir. ¡Una gran persona! —La voz de Vladimir se impregnó de gravedad—. Me tendió una mano en un momento crucial. Y después siguió ayudando nuestra causa con dinero, porque era muy rica. Se vivían entonces tiempos muy difíciles, parecidos a los de ahora. Pero yo era joven y estaba resuelto a cambiar el mundo.

—¡Lo dices como si hubieses renunciado a cambiarlo! —rio Romilia.

—¡Claro que no! Pero ahora hago las cosas con la cabeza, y no con el puro corazón, como en esos tiempos. Soy de una familia muy pobre —prosiguió, dirigiéndose a Eduardo—. Nací en la población Las Hormigas, donde el padre Tomás llegó de párroco cuando yo empezaba mis actividades políticas. Porque soy hombre de izquierda, debo decirle.

—¡Somos de izquierda! —puntualizó ella, mirando a Eduardo con una sonrisa de sutil desafío—. Perdóneme que le haga una pregunta, ¿usted es amigo de Jessie o de su marido?

Tomado de sorpresa, Eduardo pensó que no valía la pena mentir.

—Soy amigo de Jessie. Al señor Messina lo conocí hace menos de una hora, en una exposición. En todo caso, a Jessie la conozco muy poco tiempo más. —Una explicación mayor habría sonado sospechosa, pensó.

—Jessie sabe escoger a sus amigos. Tiene una gran intuición —dijo Romilia, con certidumbre—. Nosotros también somos amigos de ella. O sea, la conocimos primero a ella que a don Daniel. Y esas personas también son amigas de Jessie.

—¿Invitan por separado a sus amistades? —indagó, sorprendido.

—A veces, solamente. Porque todos nos hemos hecho amigos de don Daniel, también. Él se mueve entre los banqueros, los empresarios, la gente de gobierno, en el *jet-set*, en suma. Jessie es más intelectual. Larson es profesor de la Universidad de Chile, y Samur es sociólogo —explicó Vladimir.

—¿No encuentra usted que Jessie es muy parecida a Lila Nazir? —preguntó entonces Eduardo.

—¡Es cierto! A alguien la encontraba parecida yo. Tiene toda la razón: se parece

mucho a esa señora. Como a la señora Nazir la vi pocas veces y hace tanto tiempo, no me acordaba bien de ella. Era muy buena moza, realmente, tanto como Jessie.

—¿Ha vuelto a saber de Lila Nazir?

—Algo me contó el padre Tomás. Entiendo que regresó a Argentina, con su hija y su marido. El señor David murió muy poco tiempo después que se fueron. Lila ha venido dos o tres veces, aunque solo de pasada. Pero hace muchos años que desapareció completamente del mapa. El padre Tomás no ha vuelto a hablarme de ella. ¡Debe estar vieja, ya!

—¿Y usted la conoció? —preguntó a Romilia.

—No. Solamente por lo que me ha contado Vladimir.

Jessie llegó donde ellos, mientras su marido departía con los demás, sentado ahora en el brazo del sofá.

—Por favor, pasemos al comedor. —Sonrió a Eduardo—. Después de comida podrá conocer los cuadros. Aquí hay algunos. —Señaló varias pinturas cuidadosamente enmarcadas e iluminadas.

—¡Ya las había visto! —contestó Eduardo, siguiéndole el juego—. Pero tengo que mirarlas con más cuidado.

También el enorme comedor albergaba cuadros, quizá más de los necesarios, reflexionó Eduardo, porque los muros aparecían un tanto recargados. Pero el cuidadoso alhajamiento de la casa, obra quizá de algún experto, embozaba el subrepticio mal gusto.

Con Daniel a su diestra, Jessie presidió la mesa. A su izquierda se sentaron Larson, Romilia y por último Eduardo. Seguían a Daniel la gordezuela esposa de Larson, Alfonso Samur y Vladimir, que no parecía sentirse cómodo en esa posición. Ascanio, Jessie y Daniel integraron un animado grupo, aunque la mujer de pronto hacía llegar a Eduardo esa especial fuerza que surgía de sus ojos. Vladimir y Alfonso prestaban atención a lo que se decía en la cabecera, y a veces intervenían en el diálogo.

—Jessie llegó hace poco tiempo a Chile, ¿cómo la conoció? —Bajó la voz al hacer la pregunta.

—A través de Werner Schilling, que tiene una agencia de viajes y algunas representaciones extranjeras. Es un hombre importante, bien vinculado —replicó Romilia, en un tono trasparente.

—¿Es chileno?

—Nació en Alemania, pero vive en Chile desde hace años. Es una gran persona.

—¿Usted trabaja con él?

—No, aunque compartimos ciertas ideas. —Sonrió, pensativa—. Yo soy socióloga de Flacso, como Samur. Schilling siempre ha estado vinculado a nuestra oficina.

—¿Qué hace el padre Tomás Lane, ahora?

—Hace clases de religión en un liceo. No se resigna a quedarse en su casa sin hacer nada.

—Y a propósito de Impex, creo que su tío no debió vender sus acciones —dijo de pronto Daniel, dirigiéndose a Eduardo—. ¡Es una gran empresa!

—Es que está empezando a sentirse viejo. ¡Quiere descansar un poco!

—Es de esperar que nunca me llegue a mí ese tiempo. Creo que voy a morir imaginando nuevos negocios, creando nuevas empresas, en fin, haciendo cosas...

Al generalizarse la conversación, su diálogo con Romilia se cortó, y entonces Eduardo se concentró con fruición en unas ostras preparadas con salsa de caviar, olvidándose de lo que decían los otros, pero no de los ojos de Jessie que a veces buscaba y casi siempre encontraba. No bien concluían el café, Daniel lo tomó de un brazo, y fueron recorriendo una por una sus pinturas. Como los demás conocían la casa, permanecieron en el salón con Jessie. Messina hizo gala de un acabado conocimiento de los pintores y sus técnicas, y Eduardo, con oportunos asentimientos y uno que otro parco juicio, lo estimulaba a exhibir su erudición. De regreso en el salón, Eduardo se quedó frente a un cuadro de Valenzuela Puelma, colocado sobre la chimenea, obra que Daniel comenzaba a presentarle, cuando Jessie lo llamó.

Creyó oportuno esperarlo en ese mismo sitio, pero en lugar de Daniel, fue Vladimir el que se acercó. Messina, según pudo colegir, había ido a atender el teléfono.

—¿Le gusta la pintura?

—Bastante. ¿Sabe? Quiero proponerle algo que le va a interesar. —Su tono, repentinamente cauto, lo puso en guardia.

Las risas y conversaciones de los demás, todos sentados ahora, incluida Jessie y Daniel que, olvidado de Eduardo, se instaló en el brazo del sillón ocupado por su mujer, conformaban una discreta algarabía.

—¿De qué se trata?

—El hecho que sea amigo de Jessie lo hace una persona de fiar, para mí al menos —le explicó Vladimir—. Quiero presentarle a Werner Schilling, la persona que Romilia le nombró denantes. A veces escuchaba lo que ustedes decían —terminó, como disculpándose.

Jessie y Schilling mantenían una cierta relación, y esto lo tornaba interesante para Eduardo.

—Nada puedo adelantarle ahora, porque primero tengo que conversar con él. ¿Dónde puedo llamarlo?

Le dio el teléfono de su oficina, porque le pareció ocioso insistir con preguntas. Llegaba la hora de los chistes, y todos contaron algunos, con mayor o menor gracia, excepto Eduardo y Jessie que se limitaban a escuchar. El más gracioso resultó Samur, a pesar de su aspecto relamido, o quizá por esto mismo. Un poco pasada la medianoche Daniel se disculpó, porque le aguardaba un día muy pesado.

—¡Quedan en su casa! Aún hay tiempo, porque el toque^[9] es a las tres. —Y al despedirse de Eduardo—: No se pierda. Ya conoce el camino.

Cuando Ascanio empezaba un chascarro, Jessie le dijo en un susurro:

—Cuando quieras irte, me avisas.

—Quiero estar contigo.

—Di que te retiras, y yo voy a dejarte...

De lejos llegó nítido el balido de un chivo, que invadió el salón en uno de esos momentos de unánime silencio, después de la historia de Ascanio, y al extinguirse las poco entusiastas risas.

—¿Ese es Baruch? —preguntó Vladimir.

—A veces se desvela —replicó Jessie, sonriendo.

La grata expectativa que le planteara Jessie pasó a segundo término. Baruch, Azazel, dos chivos tan parecidos y de propiedad de dos mujeres tan semejantes. El balido no volvió a repetirse, aunque Eduardo agudizó el oído. Pero los chistes se reanudaron, y Eduardo se acercó a Vladimir, mientras la mujer de Larson abordaba un vetusto cuento de don Otto.

—¿Se toma un coñac? —ofreció.

—No es mala idea.

El carrito de los tragos quedaba un tanto separado del grupo. Mientras Eduardo escanciaba el licor en su copa y la de Vladimir, le preguntó en voz baja:

—También Lila tenía un chivo negro, ¿se acuerda?

—¡Por supuesto que sí! ¿Lo dice por Baruch?

—Exacto. ¿Dónde lo consiguió Jessie?

—Algo tuvo que ver el padre Tomás Lane. Él lo consiguió.

—¿Lane conoce a Jessie?

—Lo conoció por intermedio de Romilia. A lo mejor es el mismo chivo de la señora Lila, porque supe que el padre se había quedado con él.

—Ningún chivo vive tantos años.

—Puede ser un descendiente. Habría que preguntarle al padre Tomás. Romilia lo puede poner en contacto con él, si tanto le interesa el asunto. No deja de ser misterioso, pero solo ahora vengo a pensarlo, porque no me había dado cuenta del parecido de Jessie con Lila.

Jessie le hizo un guiño apenas perceptible. Aprovechó que Alfonso terminaba uno de sus chistes, y comenzó a despedirse de cada uno.

—¡Espérese un poco! —exclamó Alfonso—. Ya nos vamos todos...

—¡No puedo! Tengo que estar a las ocho en mi oficina, porque hay problemas...

Antes de llegar a la salida, Jessie se desvió a través de un pasaje apenas iluminado por un foco del jardín, y lo hizo entrar a un amplio dormitorio.

—Esta es la pieza de huéspedes. Acuéstate con toda tranquilidad. Diré que me está doliendo la cabeza, y los echaré. Antes de veinte minutos estoy de vuelta.

—¿Y tú marido?

—¡Ni un terremoto lo despertaría! Haz cuenta que estás en tu casa. Después te llamo un radio-taxi, cuando termine el toque. Tenemos toda la noche por delante...

Ya le inventaría una historia a Bernarda. Pero ella nunca desconfiaba, porque sus deserciones eran escasísimas. Y siempre justificadas. Se desvistió en medio de una gran excitación y no poco temor. Ya veía a Daniel Messina en pijama de seda, y con una pistola en la mano, riendo malévolamente. Y entonces llegó a sus oídos el quejumbroso, lúgubre balido de Baruch. Su piel, en contacto con las sábanas fragantes, sedosas, fue recorrida por un escalofrío, que se reiteró en verdaderas convulsiones, obligándolo a arrebujarse bajo la ropa de cama. Y no hacía frío. ¿Mantendría Jessie con el chivo las mismas relaciones que Lila y su hija Melissa con Azazel? Le acometió un inexplicable pavor. ¡Qué situación más absurda, descabellada y suicida! Desnudo, a pocos metros del marido de la mujer que pronto lo acompañaría. Estuvo por levantarse y marcharse de la casa antes que Jessie volviera, cuando escuchó las voces de varias personas. Los invitados se despedían en la puerta de calle, no lejos de donde se hallaba. Se arrebujó más en la cama, como un niño de cortos años, y entonces la puerta se abrió y entró Jessie. Encendió la luz central, porque Eduardo había apagado hasta la lámpara de velador, y se puso a reír al verlo allí tapado hasta los ojos con las sábanas. Lentamente comenzó a desvestirse, ordenó su ropa y la de Eduardo en el closet, fue al baño y volvió. Riendo, se dio una vuelta completa ante él.

—¿Estoy bien? —Habló con naturalidad, sin bajar la voz, en circunstancias que Eduardo solo susurraba.

—¿Por qué no vienes de una vez por todas?

Su cuerpo firme, un tanto frío, quedó a disposición del hombre enardecido. Olvidándose de Messina, pudo disfrutar plenamente de la experta mujer, no como esa tarde en la iglesia. Podrían verse seguido, le aseguró Jessie, aunque en sus condiciones.

—Desgraciadamente, con este sistema mi mujer se separaría de mí.

—Ya buscaremos un medio. Podrías haber venido una vez a la semana a pasar la noche conmigo. ¡Imposible mayor comodidad! Porque necesito cuidarme. Nadie puede enterarse de que hago estas cosas. Me traería problemas serios...

—¿Con Daniel?

—No con él. Me conoce y sabe lo que puede esperar de mí. Pero se subentiende que no lo expondré al ridículo. ¡No nos convendría a ninguno de los dos! —También Lila Nazir se había conseguido un marido manejable, reflexionó. Pensándolo bien, Messina no parecía una mala persona—. Cada hombre o mujer es un mundo, ¿no es así? Y uno se demora bastante en conocer un mundo. Pero todo tiene solución...

—Menos la muerte —concluyó él, sombrío.

—¿Por qué temerle a la muerte? A lo mejor existen personas inmortales.

—¿De dónde eres, Jessie?

—Nací en Mesopotamia. Pero no conocí a mis padres —lo miró pensativamente a

la luz del velador—. Un hombre mayor, dueño de una hermosa quinta, me crio.

—¿Por qué te pusieron Jessie? ¿Era inglés tu padre?

—No. Mi nombre es Jezabel. Pero a mi segundo marido no le gustaba ese nombre, y lo acortó. Jezabel fue la esposa del rey Acab, que terminó muy mal. La asesinaron y su cuerpo fue comido por los perros...

—Y a ti, ¿te gustaba Jezabel?

—Sí, tampoco me disgustaba el personaje que lo llevó. Fue una mujer de mucho carácter, luchadora, que no se detenía ante nada.

—Más o menos como tú.

—Soy muy distinta a esa mujer —suspiró ella—. Jezabel fue demasiado impulsiva, no se controlaba, se dejaba dominar por sus instintos. En cambio yo siempre pienso antes de actuar...

—¡Me había dado cuenta! ¿Y quién fue tu primer marido?

—El hombre que me adoptó. Me tomó por esposa apenas cumplí los doce años. Crecí en una verdadera prisión, porque no me dejaba salir a ninguna parte...

La historia de Jessie parecía calcada de la de Lila Nazir. Como estar volviendo a escucharla, casi cuarenta años después.

—Sigo pensando que entre tú y Lila Nazir hay una relación. —Pero calló su historia.

—Se habrá reencarnado en mí... —Se rio de buenas ganas—. No trates de buscarle los cinco pies al gato. La vida está llena de misterios, de cosas mágicas. De lo contrario esto sería una lata espantosa. Y precisamente los que se aburren de la vida son los que no saben encontrar la magia a su alrededor. Por lo menos tú nunca te aburrirás, porque seguirás pensando en mi relación con Lila Nazir. En todo caso, no soy un espíritu, ¿verdad?

Y le rozó con la punta del seno la comisura de los labios. La dureza de su carne le hizo olvidar todas sus aprensiones. Eran las cinco de la madrugada, y las avecillas empezaban a cantar. Y también escuchó el arrullo de la tórtola. Notó que Jessie hacía un gesto de desagrado, pero se limitó a reír cuando le preguntó el porqué.

—Se armó un gran escándalo en la iglesia —empezó Eduardo, con lentitud—. Alguien se orinó detrás del altar, y además dejaron unos calzones colgados de la escala...

Jessie volvió a reír.

—¿Y pretenden que me los hubiese traído puestos, sucios como estaban? ¿O que los hubiese metido en mi cartera? Estaba muy apurada, lo sabes, porque alguien venía, así que los tiré en cualquier parte. No tuve tiempo para esconderlos. Y lo mismo los habrían encontrado después. Supongo que no te habrán reconocido, y podrás seguir acompañando a tu santa madre a misa...

Desnuda, llevando su ropa bajo el brazo, Jessie lo acompañó hasta la puerta. Solo se había puesto los zapatos. Tirando el lío al suelo, lo abrazó estrechamente al despedirlo. Subió por el camino de piedra, mientras a sus espaldas se oían los lejanos

balidos de Baruch. Siempre algo se encargaba de destruir el hechizo. Pensó que Jessie debía estar introduciéndose en su cama, tratando de no despertar a Daniel Messina. Y entonces, en las ramas de un cercano arbusto, descubrió tres tórtolas que parecían observarlo. Tres tórtolas: también las había visto en la quinta de Lila Nazir. Y más recientemente en la iglesia de Providencia. Pero el radio-taxi lo aguardaba en la puerta de calle.

Empezaba a amanecer, hacía un poco de frío, y el cielo sobre los Andes brillaba con un tono nacarado.

Había sido un día especialmente helado de julio. Al atardecer la ciudad se sumergió en una niebla que convirtió los focos del alumbrado público y de los automóviles en manchas amarillentas. Concluida la jornada, y ya en el ascensor, descubrió a su tío Nataniel apenas visible tras una barrera de pasajeros. Como presidente del directorio, Nataniel acudía al menos una vez por semana a enterarse de la marcha de Impex. Solo en el vestíbulo pudo saludarlo, y Nataniel le presentó a un hombre alto, de unos 60 años, muy delgado y de pelo canoso, con largas facciones ascéticas.

—Andrés Gutiérrez es casado con una sobrina de mi gran amigo Álvaro Salinas que, como sabes, se fue a vivir a su fundo en Chillan —le dijo Nataniel, cuando se encaminaban a la salida, orientada a Estado.

La niebla impedía ver más allá de unos pocos metros. Las personas surgían de pronto como imágenes difusas, silenciosas, y los vehículos se veían obligados a desplazarse casi sigilosamente.

—Andrés es cónsul de Chile en San Francisco, y está de paso. Se aloja en el Carrera, y me ha invitado a tomar un *pure malt* especial que trajo en su valija. ¿Quieres acompañarnos?

No se hizo de rogar, porque andaba un tanto deprimido, y su tío poseía la virtud de levantarle el ánimo.

—Por favor: cuéntame todo lo de Jorge. ¡Quería tanto a ese niño! Lo conocí desde que nació.

Caminaban por la vereda húmeda de Moneda, sin apresurarse, bajando hacia el poniente.

Jorge Talavera, cuñado de Andrés Gutiérrez, y también funcionario del servicio exterior, se había suicidado un año antes en Ankara, Turquía. La cancillería manejó el asunto con discreción, para evitar escándalos. Andrés Gutiérrez se desempeñaba entonces como primer secretario de la embajada chilena en El Cairo al suceder la tragedia, y le tocó viajar a Turquía para encargarse de despachar el ataúd con los restos de Talavera a Santiago. Había permanecido tres días en Ankara, y allí conversó con todos los amigos y conocidos de su cuñado, especialmente con el más íntimo, Antonio López, un diplomático español.

—¡Pobre Jorge! Tenía solo 47 años. Era el hermano menor de mi mujer.

Todo había empezado en Santiago, donde Jorge iniciara una repentina amistad con una bella judía salida de no se sabía dónde. Gutiérrez hablaba con una voz reposada, de inflexiones bajas, apropiada para el tema y el ambiente. Un riflero alemán, Werner Schilling, hacía de gestor en la obtención de préstamos en bancos y financieras para la gente de la cancillería, cuyos sueldos se reducían a la cuarta parte durante sus períodos de permanencia en Chile. Schilling conocía a los ejecutivos de casi todas las instituciones crediticias de Santiago, y al parecer nada cobraba por sus buenos oficios, porque los hacía en retribución de los favores que constantemente pedía en el ministerio. Jorge Talavera, cuya vida nunca se había caracterizado por lo ordenada, era uno de sus clientes.

A raíz de su nombramiento en Ankara, Schilling lo invitó a un trago en un bar céntrico. Y allí llegó *casualmente* Jessie Levi, muy escotada, a juntarse con una amiga, según explicó al ser presentada por Schilling como una antigua conocida de paso por Chile. La amiga nunca llegó. Talavera se dislocó con la belleza de Jessie y comenzaron a verse seguido. Y de pronto partió a Turquía, dejando en Santiago a su mujer y sus hijos. Pretextó que con su sueldo no les alcanzaba para vivir a todos allá. Pero lo que quería era estar tranquilo con su amante.

Aguardaron la luz verde en Bandera. Transido de frío, a pesar de su abrigo, Eduardo había comenzado a interesarse en la historia.

Como le expusiera López a Gutiérrez, con el tiempo Talavera llegaría a la conclusión que Schilling había preparado ese encuentro de común acuerdo con la mujer, viuda de Omar Zahedi, un iranio muy rico, asesinado por las huestes del Ayatollah cuando se disponía a huir. Pero alcanzó a enviar fuera de Irán a Jessie y la hija de ambos, Tais, de siete años entonces. Y en un sitio solo conocido por Jessie, aún permanecían en Teherán miles de piedras preciosas de un maharajá de la India, muerto durante la insurrección de sus tropas, mientras Zahedi se hallaba allí gestionando la salida del tesoro.

López pensaba que Zahedi se había apoderado de las joyas aprovechándose de la desgracia del dueño. Jessie no podía regresar a Irán, y al enterarse casualmente en Santiago del nombramiento de Talavera en Turquía, a través de Schilling, resolvió utilizarlo para recuperar el tesoro valiéndose de su condición de diplomático. Pero al comienzo Talavera creyó en el amor de Jessie, aunque nunca vivieron juntos en Ankara, para evitar pelambrillos^[10].

—Era una mujer muy especial. López me contó que vivía en el sector antiguo de Ankara, llamado la Ciudadela. Ahí hay puras construcciones milenarias, desde la época romana en adelante, con calles muy estrechas. Es un lugar maravilloso, pero no para vivir...

En todo caso, Talavera debía recibir un millón de dólares cuando las gemas hubiesen sido negociadas, lo que implicaba una prolongada espera, aunque tolerable a la luz del amor. La suerte empezó favoreciéndolo, porque Antonio López había sido hasta el año anterior secretario de la embajada española en Teherán, y le sobraban los

buenos amigos en el gobierno iraní.

—En tres viajes Jorge trasladó el tesoro de Zahedi a Ankara. Pero mientras cumplía su misión, la tal Jessie se reencontró con un antiguo amigo de su marido, un turco, Ahmet Gürsel, propietario de bancos e hilanderías en Turquía, El Líbano y Egipto.

—¡Un pordiosero! —rio Nataniel, volviéndose a Eduardo.

Empezaron a cruzar en diagonal la plaza de la Constitución hacia la mole sin contornos del Carrera. A la izquierda, la fachada colonial de La Moneda se columbraba tenuemente.

Talavera se enteró de todo por la propia Jessie, después de haberle entregado la última partida de joyas. Se quedó así sin armas contra su amante. Como decía López, con una no escasa dosis de humor negro, la sincera confesión de Jessie fue la única recompensa que recibió Talavera por su riesgosa tarea. A partir de ese momento todo se confabuló en su contra. La embajada de Chile recibió una denuncia anónima sobre sus gestiones en Teherán, obra quizá de la propia Jessie, y temía que le iniciaran un sumario, aunque difícilmente podrían probarle algo. Los problemas se le acumularon. Buen bebedor, su afición se acentuó con la crisis. Se emborrachaba todas las tardes, tornándose agresivo y monotemático, porque solo sabía despotricar contra Jessie. La noche de su muerte, Talavera le confesó a López que estaba preparándole una jugada a su ex amante. Pero amaneció en su dormitorio con un balazo en la sien de su propia pistola, de la que nunca se separaba, porque siempre había sido aficionado a las armas. Se llegó a la conclusión que Talavera, abrumado por sus frustraciones y el alcohol, terminó suicidándose. La policía no halló vestigios de la intervención de terceras personas. Jessie había viajado a Esmirna dos días antes, y por entonces se la veía en todas partes con Gürsel.

Gutiérrez interrumpió su historia en el ascensor del hotel. Desde su apartamento pidió vasos y hielo, y destapó una botella llena de whisky en presencia de sus invitados.

López acuñó su propia teoría, aunque no podía probarla ni darla a conocer públicamente. Como Jessie poseía llave del apartamento, bien pudo encargarse el asesinato de Talavera, convertido ahora en una amenaza, pero haciéndolo aparecer como suicidio. Las influencias del poderoso Gürsel en el gobierno turco garantizaban su impunidad. A Jessie no se la volvió a ver por Ankara, pero antes de un mes Gutiérrez la encontraría viviendo en El Cairo, ahora como esposa de Ahmet Gürsel. La hipótesis del suicidio quedó a firme. Tampoco podía esgrimirse para vulnerarla el contrabando de joyas, porque solo habría contribuido a denigrar la memoria del muerto. Jessie quedó liberada de pagar comisión alguna sobre un tesoro en gemas avaluado, según estimaciones de Talavera, en cien millones de dólares. En los medios diplomáticos y sociales cairotas, la muerte de Talavera en Ankara y su pasada relación con Jessie de Gürsel nunca trascendió. La mujer vivía en una suntuosa villa emplazada en las afueras de El Cairo y parecía más saludable y provechoso halagarla

que convertirla en blanco de habladurías. Pero Gutiérrez se enteraba de la vida de Jessie a través de sus amigos diplomáticos, alentado por la morbosa ilusión de algún día poder desquitarse de Jessie, porque tanto él como su mujer seguían responsabilizándola directa o indirectamente de la muerte de Jorge Talavera.

—¿Conoces a un señor Daniel Messina?

—¡Por supuesto! Es un empresario español de mucha plata y muy activo. Está metido en varias empresas. ¿Por qué?

—También aparece en esta historia...

Messina había llegado a Egipto buscando nuevos mercados para los productos chilenos, según informó la cancillería a la embajada en El Cairo. Sin duda Messina y Gürsel se conocían de antes, porque ambos no tardaron en asociarse. Como a los tres meses del arribo de Messina, Ahmet Gürsel sufrió un infarto mientras conducía su coche deportivo, y se estrelló contra un muro en la zona suburbana, cuando venía de su casa. Jessie heredó la mayoría de sus bienes, porque una parte la recibió la anterior esposa e hijos del empresario. A los dos meses de viudez, Jessie se casó con Daniel Messina, de quien no se separaba desde la muerte de su marido.

Por esa época apareció en El Cairo Tais, la hija única de Jessie y Omar Zahedi, de trece años, y muy desarrollada para su edad. Un funcionario de la embajada alemana se tomó horas en describirle a Gutiérrez el tamaño de los pechos de Tais, y su notable belleza y ausencia de inhibiciones, durante una recepción en la que casi todos terminaron borrachos. En los años que siguieron al asesinato de Zahedi, y temiendo la persecución de la policía irania, Jessie se ocultó con su hija en Sudamérica, varios de cuyos países conocía. Las dificultades para mantener a Tais en casa, porque temía que en una de sus constantes salidas cayese en manos de sus perseguidores, la obligaron a ponerla interna en Madrid. Todo esto lo supo Gutiérrez, por un amigo de la embajada de Siria, cuya esposa mantenía una cierta relación con Jessie. Pero con la muerte de Gürsel, Jessie fue a buscar a Tais, y la llevó a vivir a la gran casa que heredara en El Cairo. Messina solía invitar al embajador chileno a sus fiestas, pero nunca a Gutiérrez, aunque quizá por atendibles razones: Jessie podía haberse enterado de su parentesco con Talavera.

—Este Messina es un hombre algo rígido en su vida familiar —comentó Andrés—. Y no se entendía con la chiquilla Zahedi, que era muy zafada...

Tais vivía asediada por hombres jóvenes, maduros y mayores. Salía con sus amigos hasta tarde en la noche, o simplemente regresaba de amanecida, con el sol alto. O se perdía durante los fines de semana, aparentemente autorizada por la madre. Los amoríos de Tais, que ni siquiera les hacía el quite a los hombres casados, alimentaban el comidillo diario de la vida social cairota.

También Jessie inspiraba ciertas murmuraciones, aunque nunca pasaron de la categoría de chismes, según Gutiérrez, cuya inquina contra la viuda de Gürsel pronto comenzó a enfriarse. Por boca de un jardinero borrachín, que acudía semanalmente para atender el gran parque de la residencia, se supo que Jessie y un grupo de amigas

se bañaban desnudas en la piscina, incluso a la vista de la servidumbre. Al llegar a este punto de la narración de Gutiérrez, los recuerdos de Eduardo se activaron brumosamente. Pero además Jessie poseía un enorme chivo negro, llamado Neftalí, y el jardinero juró y perjuró que había visto cómo el animal montaba a todas las mujeres, por turno. Y estas no solo aceptaban, sino además se le ofrecían, empezando por la dueña de casa y su hija Tais. Eduardo se sintió bruscamente ofuscado, pero ni su tío ni Andrés se percataron de su reacción, ensimismados como se hallaban uno escuchando el insólito suceso, y el otro relatándolo.

—¿Cuándo ocurrió todo esto? —balbuceó, tratando de darle firmeza a sus palabras.

—Poco antes de mi partida de Egipto, hace seis o siete meses.

—¿Qué te pasa? ¡Te pusiste muy pálido! —comentó Nataniel.

—Pues... ¡Nunca había oído algo semejante! —mintió Eduardo, para salir del paso.

«Es el harén del cabrón Neftalí», decía el jardinero, que narró la historia en la casa del embajador de Francia, por cuyo primer secretario Andrés se había enterado.

En descargo de Jessie, el diplomático francés se hacía la siguiente reflexión: ¿para qué una mujer tan estupenda iba a requerir los servicios de un chivo...? Y no solo Jessie, sino también sus amigas, todas de la alta sociedad egipcia. Bien podía ser todo producto de los delirios alcohólicos del jardinero. Pero el hombre murió atropellado una mañana cerca de su casa, cuando iba a tomar movilización para dirigirse a su trabajo donde los Messina, por un automóvil que se dio a la fuga. Un transeúnte anotó el número de la placa, y declaró que el coche lo conducía una muchacha muy joven, de pelo rubio. El auto pertenecía a Jessie, quien informó a la policía que se lo habían robado la noche anterior. Apareció en las afueras de El Cairo, abandonado cerca de un erial. En los medios diplomáticos se rumoreó que Tais había sacado el automóvil muy temprano para regresar luego en un taxi a su casa. El asunto fue rápidamente silenciado, porque Jessie, como viuda de Gürsel, movió sus influencias. Además se trataba de un ganapán, y su muerte no produjo revuelo. El testigo enmudeció, aunque se dijo que había recibido una buena recompensa por su discreción. ¿Tal vez Jessie, enterada de las habladurías difamatorias del jardinero le encargó a su hija castigarlo, porque siendo una menor quedaría libre de responsabilidad, aun en el caso de ser detenida?

Pero así como la vida de Jessie, aparte de esta infidencia que no repercutió, transcurría discretamente, su hija parecía disfrutar haciendo pública su mala conducta. Messina intentó casarla con un petrolero maduro, que andaba loco tras la muchacha. Pero Tais se rehusó, y su madre se puso de su parte, según se enteró Andrés. Los escándalos protagonizados por la chica precipitaron una crisis familiar, y Jessie se vio obligada a enviarla de nuevo a Europa a completar sus estudios. Gutiérrez dejó El Cairo antes que Messina resolviera liquidar en parte sus negocios para volver a Chile.

En cuanto estuvo en su escritorio llamó a su tío, que siempre se levantaba

temprano. ¿Qué habría sido de Neftalí, el macho cabrío negro? Porque en Santiago Jessie se había buscado otro. Como para sentirse halagado del hecho que una mujer como Jessie se hubiese fijado en él, aunque su nexo con Lila Nazir y sus execrables costumbres lo llenaban de oscuras aprensiones. Porque Eduardo no dudaba de la veracidad del jardinero.

—Anoche me desvelé y estuve acordándome de la historia de su amigo Andrés Gutiérrez —Bernarda había escuchado a medias sus explicaciones a raíz de su inusual trasnocada, porque el hijo menor estaba con fiebre. Temía una tifoidea. Pero amaneció fresco y animoso: solo había sido una indigestión—: ¿Cómo se llamaba el riflero alemán? ¿Schilling?

—Werner Schilling. Aún está vivo y coleando.

—¿Y qué es de Andrés Gutiérrez?

—Continúa de cónsul en San Francisco, según entiendo.

Lástima, pensó Eduardo, porque habría sido útil conversar de nuevo con él. Werner Schilling: Vladimir Ojeda le había ofrecido presentarle a ese mismo personaje.

Sintió una secreta curiosidad por conocerlo.

IV

—Fui a la iglesita de Santa Elisa. Es una capilla, no más. Está metida detrás de los árboles, en una calle corta, silenciosa —empezó la mamá ese domingo, cuando acababan de servir las empanadas—. Está a cargo de un cura norteamericano, de buena facha.

—¿A qué horas fuiste? —preguntó el papá, que como siempre parecía hallarse lejos de allí, con su rostro avejentado, el pelo bastante canoso, aunque recién había cumplido los cuarenta años.

Sus hermanos conversaban despreocupados de los mayores.

—Hoy en la mañana. Quería averiguar las horas de las misas, porque Santa Elisa me queda bien cerca, apenas a unas cinco cuerdas. En invierno me cuesta ir a Providencia, o a la catedral. Llegué cuando estaba terminando la misa de once. Va harta gente, casi todas señoras de edad, y empleadas —bajó la voz para que Estela no la oyese desde la cocina—. El cura conversaba cerca del altar con una mujer alta, rubia, muy buenamoza. Era esa judía que vive en la quinta a los pies de nosotros. Me topé con ella una vez en la paquetería de don Salomón. ¡Cuentan cada cosa de esa mujer y una chiquilla que tiene! La chica es bien bonita y de buena figura. ¡No se te vaya a ocurrir tratar de conocerla! —Se dirigió a Eduardo, que intentaba permanecer tranquilo—. No deben meterse con nadie de este barrio. Aquí no vive gente decente ni conocida...

—Los niños lo saben muy bien, Rosa María —dijo su padre, con gravedad—. Se lo hemos dicho en todos los tonos. ¿Qué cuentan de esa mujer? ¿Y cómo lo supiste?

—Por la cajera de la panadería. ¡Son verdaderos gitanos! No quiero entrar en el terreno del pelambre, porque sería faltar a la caridad. Solo quería contarles lo que supe en la iglesia. Porque me sorprendió ver ahí a esa mujer, con lo que se dice de ella, conversando y riéndose con el cura, como grandes amigos. A una señora que venía saliendo le pregunté por ella, haciéndome que no la conocía. —Bajó la voz—. Me dijo que era íntima del párroco. Que iba muy seguido a verlo, y a veces se encerraban durante horas en la sacristía. ¿Qué me dicen ustedes? ¡Estos curas gringos se pasan de liberales...! Y me contó además que nunca se le ha visto en misa, ni comulgando. Solo va para estar con el cura. ¡Habrased visto...! Voy a tener que seguir yendo a mis iglesias de costumbre...

—Estos barrios son como pueblos chicos —convino su padre, que seguía comiendo su empanada.

Pero la mamá pronto volvía a su tema favorito: cuando podrían salir de Ñuñoa. A veces el papá perdía la paciencia, y contestaba cualquier cosa, sin disimular su frustración. Pero esta vez fue optimista: si todo seguía tan bien como hasta ahora, podrían adelantar su partida de allí. Pero prefería no dar fechas.

Las revelaciones de la mamá lo descorazonaron, porque Lila insistía en que solo conocía superficialmente al párroco. El secreto acceso al sitio del lado funcionaba a las maravillas. La segunda vez que fue a visitarla, Lila lo condujo hasta la casa, con el pretexto de mostrarle unos libros antiguos. Encerrados en una habitación del ala izquierda, que se usaba como pieza de estar, y donde había un amplio sofá, se dedicó durante una hora a enseñarle al muchacho notables y complejas fórmulas amatorias que lo mantuvieron sobreexcitado toda la tarde. Pero no podían usar muy seguido ese lugar, porque Mercedes transitaba por allí.

Cuando volvieron Melissa los recibió con una maliciosa sonrisa, sentada en la hamaca-balancín, con una pierna arriba y la otra apoyada en el césped, exhibiendo su sexo como una roja flor de pétalos carnosos. Y mientras se balanceaba suavemente no dejaba de mirar a Eduardo.

Esperó a que sus padres se fuesen a dormir la siesta, y como siempre, tomando un libro de aventuras, se encaminó al fondo del patio. Allí abundaban los zarzales, que sus hermanos eludían para no arañarse. Además durante las tardes calurosas preferían quedarse al lado de la casa, aprovechando la sombra de los nogales. Eduardo atravesó por el hueco que Lila le hiciera abrir en el panderete, invisible tras las zarzas. Melissa estaba ya junto a la pileta, desnuda como siempre, pero Lila no se divisaba. Azazel lo miró acercarse echado junto a la alberca, erguidos sus fieros cuernos. Melissa corrió tras un gato romano, que Eduardo había visto asoleándose sobre el tejado de la casa. Lo acarició, y apoyó tiernamente su mejilla en el cuerpo del animal, que empezó a ronronear con sus ojos entrecerrados.

—¿Sabías que los gatos siempre caen de pie? —le preguntó Melissa, en un tono marrullero.

—Así dicen.

—Veamos si es verdad —dijo entonces la muchacha.

E impulsándose con una flexión de sus largas piernas tiró el animal a varios metros de altura. El gato pataleó en el aire, lanzó un maullido y fue a caer sobre sus patas. Pero hundió el vientre en el suelo con un ruido acuoso. Antes que el animalito pudiese huir Melissa, riendo, volvió a tomarlo y lo lanzó al espacio. El gato dio varias vueltas y aterrizó ahora sobre el borde empedrado de la pileta. Lanzó un gemido de dolor, y permaneció un instante inmóvil. Melissa, exaltada, rojas las mejillas, se precipitó sobre el animal, y alcanzó a tomarlo antes que escapase.

—¡Por Dios, deja a ese pobre gato! ¡Vas a matarlo! —exclamó Eduardo. A sus espaldas estalló un balido de Azazel. Al darse vuelta se encontró con el chivo, que avanzaba amenazante.

—¡Quédate quieto, Azazel! —gritó Melissa.

Y de nuevo el gato partió al espacio. Esta vez el animalito fue a dar sobre unas plantas, y corriendo por el borde de la piscina, con Melissa detrás, pudo trepar por el marco de un antiguo columpio, ahora sin el balancín. Y al hacerlo soltó un chorro de excrementos y orinas, en medio de un lastimero maullido. Azazel, siguiéndole el

juego a la muchacha, trotaba en torno al poste mirando al gato, que permanecía en la cima trémulo, encogido. Melissa hizo un gesto de repugnancia ante las excretas.

—¡Gato asqueroso!

Y volviendo donde Eduardo, que la miraba con el rostro contraído por la ira, le echó los brazos al cuello y lo estrechó.

—¿Por qué te importa tanto un gato asqueroso? Hay cosas mejores de las que preocuparse.

El perfecto cuerpo de la adolescente así lo demostraba. Le envolvió la cintura con sus brazos, y el contacto con la carne tibia redujo las desgracias del gato a un recuerdo borroso. Mientras unía su boca glotona a la del muchacho, Melissa lo tomó por las muñecas y bajó las manos de Eduardo hasta sus nalgas. La lengua de la chica penetró entre sus dientes como un dardo, su cuerpo ardió, y sus manos oprimieron convulsas la carne turgente. El gato encogido sobre el poste, Azazel aún vigilante, desviando de pronto su mirada hacia la pareja, conformaban un cuadro remoto. Pero entonces en sus oídos, que zumbaban con la sangre circulando a gran presión por sus arterias, estalló la alegre risa de Lila.

—¡Eh! ¿Qué es eso? Doy vuelta la espalda, y me engañas.

Eduardo empujó a Melissa, que lanzó una carcajada al verlo con la actitud de haber sido sorprendido en falta, como un chicuelo de cortos años. Lila se quitó la bata de baño, la tiró sobre el césped, y condujo a Eduardo a la hamaca-balancín, mientras lo estrechaba contra su pecho.

—¡Pobrecito! Fue una broma mía solamente. No tienes por qué sentirte mal. Pero aún no llega el turno de Melissa. —La muchacha seguía riendo junto a la pileta. Azazel se acercó trotando, y el gato, acurrucado sobre el madero, volvió sus ojos acechantes hacia las dos mujeres y el joven—. Y tú, tápate los ojos, o arrójate al agua, que voy a consolar a Eduardo.

Unió sus gruesos labios a la boca de Eduardo en un prolongado beso, y luego se echó de espaldas en la hamaca, mientras las aguas se abrían bajo el cuerpo de Melissa. Eduardo se limitó a bajarse los pantalones, y con el deseo exacerbado recordando la tierna carne de Melissa, desprovisto ahora de toda inhibición, se acomodó sobre el cuerpo grande y confortable de Lila. Y cuando la mujer lo envolvía entre sus brazos, alcanzó a ver, con el rabillo del ojo, que las tres tórtolas llegaban a posarse en la copa del ciprés de enfrente. Muy cerca, Azazel lanzó un balido, pero permaneció a prudente distancia de la pareja.

Como siempre el té fue servido junto a la pileta, en una mesita plegable que Mercedes trajo de la casa. En esas ocasiones las dos mujeres se colocaban sus batas, para que Mercedes no las viese desnudas con su visita, y el muchacho a su vez se vestía.

—Ese canillita amigo tuyo es muy fisgón —dijo de pronto Melissa, untando un pan con mermelada—. La otra vez lo pillé mirando para acá desde ese árbol. —Y señaló el manzano de la casa vecina—. Se asustó al verse pillado, y parece que

resbaló del árbol, porque sentí un ruido de ramas y un garabato. ¡La próxima vez que lo vea voy a darle una lección que nunca olvidará!

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Lila, sorprendida con la historia de su hija.

—Un poco antes que tú llegaras. —Y señaló a Eduardo—. Yo acababa de quitarme la bata. Azazel comenzó a balar y corrió hacia la esquina. Entonces vi a ese pelusa...

—¿Por qué dices que es amigo de Eduardo?

—¡No es mi amigo! —explicó el muchacho, molesto—. El día que me encontré con Melissa, Temo pasó por mi casa, y me trajo a dar una vuelta a la manzana, porque yo no conocía el barrio. Ha sido la única vez que he estado con él.

—¡Cómo iba a ser amigo Eduardo de un roto como ese! —exclamó Lila, despectiva—. ¡Las cosas tuyas, Melissa! Recuerda que Eduardo es un caballero, y de una de las mejores familias de Santiago. Un real aristócrata. —Acarició el rostro del muchacho, que sonrió ante la gravedad con que Lila enunció su linaje—. Nada de malo tiene que la nobleza se junte de pronto con la plebe, ¿no es cierto, querido?

Llegó Mercedes, y le dijo a Lila:

—El señor cura está aquí. Me preguntó si puede recibirlo unos minutos. Tiene algo que decirle.

—¡Habrás visto! Está tomando mucha confianza este curita. —Miró a Eduardo—. ¿Te importa que te vea aquí? Si quieres te escondes hasta que se vaya. Lo voy a despachar rápido.

—No tiene para qué saber quién soy yo, ¿no? Preséntame solo como un amigo, y no como vecino...

—Perfecto. Hazlo pasar, Mercedes. —Se arregló el pelo, se cerró convenientemente la bata, y con un gesto ordenó a Melissa que hiciera otro tanto—: Voy a tener que cortarle las alas a este fraile. Le di la mano y me está tomando el brazo. ¿Qué se habrá creído?

Pero Eduardo recordó las palabras de su madre a la hora de almuerzo. La capacidad de simulación de Lila parecía infinita. Ya se presentaría la oportunidad de aclararla. Notó que Azazel trotaba hacia el fondo del sitio, y desaparecía tras unos matorrales. Tomás Lane no pareció sorprendido al ver a las mujeres con sus batas de baño y al muchacho que las acompañaba. El sacerdote se disculpó en su correcto castellano, estrechó la mano de Eduardo, y a las mujeres se limitó a saludarlas con una venia.

—Fue a hablar conmigo la niña que le dije —explicó Lane a Lila—. Se la recomiendo de veras, porque es muy lista y trabajadora. ¿Cuándo podría recibirla?

—¡Ay, qué buena noticia padre! —Y volviéndose a Eduardo—: Como sabes he andado buscando una empleada desde que eché a la otra. Y el padre Tomás había ofrecido ayudarme. ¡Gracias, padre! ¿Quiere tomarse una taza de té con nosotros?

—¡No, no, muchas gracias! Estoy muy apurado, porque hay gente esperándome en la parroquia. ¿La quiere usted entonces?

—Por supuesto que sí. Dígale que venga a conversar conmigo. ¿Cuándo la verá usted de nuevo?

—Está en la parroquia ahora. Si gusta me acompaña, porque ando en el jeep. O se la traigo dentro de una o dos horas.

—Preferiría que me la trajese, padre. ¡Perdóneme que abuse de su buena voluntad!

Resultaba notable la zalamería con que Lila trataba al cura, recordando su reacción cuando le anunciaron su visita. Aunque tal vez su madre había prejuizado: la amistad de Lila con el cura podía guiarla su interés por conseguirse sirvientas entre sus feligreses.

Lila acompañó a Tomás hasta la salida. Solo entonces Eduardo notó que el gato permanecía en el mismo sitio, dormitando quizá. Y vio que Azazel emergía de una espesura retirada y se dirigía a la pileta. Como si se hubiese ocultado del cura.

—¡Espérate, ya vuelvo! —dijo Melissa, y partió corriendo hacia la casa, al parecer en pos de su madre.

¡Cómo pueden cambiar las personas! La Melissa que conociera cuando acompañó a Temo a dar una vuelta a la manzana, era el polo opuesto a la Melissa real. Porque tras una aparente dulzura y temperamento amoroso se albergaba una extraña crueldad, que había demostrado con el gato, y una impudicia inquietante.

El gato comenzó a descender del poste. Con cautela alargó sus garras para aferrarse del madero. Pero perdió el equilibrio, y resbaló hasta estrellarse contra el suelo con cierta brusquedad. El animalito se arrastró penosamente sobre su vientre, y al escuchar un balido de Azazel corrió rozando el césped hasta que logró introducirse bajo un matorral. Pero el chivo no lo siguió: se limitó a mirarlo con su cabeza erguida.

Melissa regresó con un rifle de salón, y al no ver al gato en su sitio:

—¿Dónde se metió?

—No me fijé. ¿Y ese rifle?

—Es mío. Lo uso a veces para matar pájaros. Tengo muy buena puntería. ¿Ves la hoja que cuelga de ese durazno? Mira con atención. —Apuntó cuidadosamente y disparó. Eduardo se sobresaltó, mientras una nubecilla azul flotaba junto a la chica. La hoja había volado.

—¿No temes herir a alguien? —preguntó, porque siempre había temido a las armas de fuego.

—¿A quién? No tiro para cualquier lado.

—¿Y pensabas dispararle al gato? —Azazel no se había movido. Eduardo señaló las tres tórtolas que seguían en la cumbre del ciprés—. ¿Por qué no matas una de esas?

—Porque mi mamá me dijo que traería mala suerte...

Lila regresó con su vigoroso y a la vez grácil tranco de siempre.

Venía riendo.

—¿Sabes cómo se llama la empleada que me ofrece Tomás? —Se dirigía a Melissa—. María de los Ángeles. ¿Qué me dices? ¡Los ángeles me han perseguido siempre! Pero hasta ahora inútilmente... —Eché un rápido vistazo a las tórtolas—. ¿Qué haces con ese rifle? Anda a guardarlo. ¡Eso no es para jugar...!

—¡No lo quería para jugar...! Mamá: voy a ir al teatro, a ver *Lo que el Viento se Llevó*. La dan en el Hollywood. ¡Me muero por verla! Comienza en media hora más... ¿Podrías acompañarme, Eduardo?

El muchacho se cortó.

—¡Este..., no puedo! Tengo que volver a casa. Si me atraso mucho empezarán con las preguntas...

—¡Anda sola, no más! —Lila salió en apoyo del adolescente—. Pero te vienes apenas termine la película.

—¿No tiene amigas que la acompañen? —tartamudeó Eduardo, cuando Melissa desaparecía tras el portón.

—¿Amigas? Es muy difícil que Melissa tenga amigas aquí. Somos diferentes a todos los del barrio. Te habrás dado cuenta, ¿verdad? No comprenderían nuestro modo de vivir, y comenzarían a pelarnos. Estamos muy bien así. Melissa me tiene a mí y a ti. ¿Qué más necesita? —Lo miró con una extraña ternura—. ¡Te pareces tanto a alguien...! Pero eso te lo contaré en un tiempo más. Puse un colchón nuevo en la casa del fondo, y yo misma la barrí y limpié. Ven, para que sigamos con las lecciones. Aún me queda mucho por enseñarte.

Y mientras se dirigían al fondo del sitio:

—¿Por qué dijiste eso de los ángeles?

—¡Ah! —Lila, riendo, ciñó a Eduardo por los hombros. Aun sin volverse, el muchacho supo que Azazel los seguía—. Es una historia antigua. Algún día te la contaré, como la otra...

—Azazel siempre nos sigue.

—¡Déjalo, no puede estar separado de mí! ¿Qué te importa? ¿Te ha molestado alguna vez? Tienes que acostumbrarte a él, como a todo lo nuestro. También nosotros te aceptamos como eres. No puedes salir con Melissa, y no quieres que te vean en nuestra casa. —Eduardo creyó captar un secreto resentimiento en sus palabras—. Pero aceptamos tu posición, porque en todo caso eres amplio de criterio. ¡Y muy inteligente!

El interior de la estrecha casa almacenaba calor. Lila se quitó la bata, la colgó de un perchero recientemente instalado, y se echó de bruces sobre el cubrecamas, otra novedad. El perfume de Lila invadió todo el espacio. Con los ojos fijos en el voluptuoso cuerpo de la mujer, Eduardo se desvistió rápidamente. Un presentimiento le hizo volverse: Azazel, con la cabeza alzada, los miraba desde la habitación vecina. Se desentendería del animal de una vez por todas. Lila, ahora de espaldas, con los

brazos estirados a lo largo de su cuerpo perfecto, le sonrió ampliamente.

—Pronto estarás listo para Melissa —le susurró, con voz ahogada.

A las siete y media Eduardo, ya en su casa, atravesó el patio que la falta de medios para pagar un jardinero mantenía cubierto de hierbas y brozas. Lila y Melissa le producían una profunda inquietud, que se agrandaba al tenerlas lejos. Porque junto a ellas vivía en medio de una atmósfera de encantamiento, que no le dejaba apreciar la realidad. Jamás había pensado que existiesen mujeres así. Alguna vez oyó a sus primos mayores relatar aventuras con mujeres complacientes, aunque nunca como Lila y Melissa, madre e hija, además. Nadie le creería jamás su historia si se le ocurriese contarla. Sus padres conversaban bajo los corpulentos nogales que enfrentaban la casa. Allí habían instalado sillas y una mesa, y solían capear el calor durante los atardeceres bebiendo un trago. Se había retrasado en exceso, y se juró que no volvería a ser tan imprudente. Ahora no podía entrar en la casa sin pasar frente a sus padres, porque su sentimiento de culpa le impedía afrontarlos. Pero las palabras de su madre lo distrajeron de sus temores:

—No quise que Eduardo se enterase, porque podía despertar la curiosidad. ¡Pero nunca he visto a dos personas tan iguales!

—La recuerdo perfectamente. Era realmente muy estupenda y de buena facha. ¡Como son las italianas, después de todo!

—¡Hay italianas espantosas, Eduardo! No generalices. Gordas, malhechas, vulgares... He conocido varias así. Pero Atalia Santi era distinta: distinguida de aspecto, bien educada, y buena moza. Pero tenía una manera de examinar al niño que nunca me gustó. ¡Lo acariciaba demasiado!

—¡Nunca me dijiste nada! Siempre pensé que había sido muy eficiente y abnegada.

—Lo fue, por supuesto. En ese sentido no tengo nada que decir. Además me la recomendaron especialmente en la clínica. Y a pesar de todo, la pedí cuando iba a tener a Rafael. Pero se había ido a Europa, me informaron, dos años antes, es decir, después que nació Eduardito. Cuando vi a esa mujer, nuestra vecina, en la paquetería, por poco le pregunté si era algo de Atalia Santi. Pero se veía demasiado joven. Atalia debe tener ahora no menos de cuarenta años, y esta no representa ni treinta. Y habla el castellano de manera distinta, con un cierto acento argentino.

—Todos tenemos nuestros dobles —sentenció su padre, pensativo—. A mí me han confundido más de una vez.

Sus hermanos menores, que regresaban de un paseo, emergieron al patio. Mientras sus padres los sometían al interrogatorio de rigor, Eduardo temió que saliesen corriendo hacia el interior de la quinta, y lo pillasen allí escondido. Volvió al fondo del sitio, y aguardó junto a las zarzas que cubrían el pasaje secreto, aún alterado con las palabras de su madre. La voz inconfundible de Lila conversaba con alguien. Debía hallarse muy cerca, porque desde la pileta hasta los chapuzones llegaban diluidos. Próximo a ocultarse, el sol aún alumbraba las copas de los árboles.

¿Quién podía estar con Lila? Apartando las zarzas, cruzó el angosto agujero. Atalia Santi debía ser la matrona que lo recibiese cuando su madre lo diera a luz, según podía colegir, porque nunca la había oído nombrar siquiera. Una gemela de Lila. Su madre podía estar exagerando, como ocurría a menudo, pero la revelación lo llenaba de una confusa inquietud.

Un estrépito de alas lo sobresaltó: las tres tórtolas se desprendieron de un durazno junto a la cabaña, y volaron hasta el ciprés. Avanzó entre las matas, donde viviera momentos tan placenteros con Lila durante su primera visita. La conversación entrecortada de un hombre y una mujer provenía de la casa del fondo, en la que quince minutos antes Lila le diera a conocer otra faceta de su inagotable sabiduría. Tropezó con algo: era el cuerpo sin vida del gato romano, con el hocico entreabierto. Aún le escurría una baba sanguinolenta. Se quedó horrorizado. El animalito no había resistido la cruel prueba de Melissa. La piscina reposaba quietamente, ya cubierta por las sombras de los árboles. Desde la casa llegó el balido de Azazel. La puerta que comunicaba ambos patios, cerrada, para mantener alejado al animal. Solo entonces descubrió que un angosto pasaje separaba la cabaña de las herramientas del muro final. Era tan estrecho que, apoyándose en ambas paredes, habría sido fácil ganar la cima y cabalgar el panderete. Se metió detrás y una nube de moscas lo recibió en medio de un fuerte hedor. Excrementos humanos, algunos bastantes frescos, abundaban en el pasadizo. ¿Quién podía haber dejado esas inmundicias? Escuchó el acompasado rechinar del viejo catre, jadeos ahogados, la risa de Lila. Las heces le impidieron seguir avanzando. ¿Y si irrumpía en la casa para frustrar la insaciable voracidad de Lila? Pero ¿ganaría algo protagonizando una escena? Su instinto acusaba al párroco. Un prolongado quejido surgió desde las entrañas de Lila. Luego, un gran silencio. Minutos antes la escuchó gemir junto a su oído, y ahora, cuando hacía lo mismo con otro hombre, sintió que una gran fisura se abría en su interior. ¡Jamás volvería donde esa mujer...!

—¡Es usted una reina, Lila! Nunca pensé que podía haber mujeres así...

La voz inconfundible del párroco, con su acento norteamericano. Seguramente regresó con la empleada, y Lila le estaba agradeciendo sus servicios. Enfurecido, frustrado, poseído de un incontenible deseo de matar a los dos amantes, pasó de nuevo junto al miserable despojo del gato. Recogiendo al animal por el rabo, lo tiró hacia la puerta de la cabaña, para que Lila y el cura lo descubriesen.

Al verlo llegar, su padre comentó:

—Parece que estuvo muy buena la lectura.

—¡Estás muy pálido! ¿Qué te pasa? —indagó la mamá.

—Me quedé dormido leyendo —explicó, con su voz más entera.

—Es de esperar que no te resfríes. Los resfríos de verano son los peores.

Pero ya al promediar la mañana comprendió que sería incapaz de cumplir sus

propósitos. Nunca podría renunciar a Lila: su inagotable capacidad de procurarle placer lo tenía atrapado. Debería resignarse a compartirla con otros. Lila y Azazel, apareándose junto al lecho del enfermo marido. La creía capaz de eso y mucho más. Rechazó sus morbosos pensamientos, y apenas hubo terminado de almorzar, se dirigió al patio.

—Eduardo —le dijo su madre, al verlo salir—. Lleva una manta para cubrirte las piernas, si vuelves a quedarte dormido...

—No te preocupes, mamá. Hoy no voy a dormirme...

Azazel lo recibió con un corto balido, como revelando una secreta tensión. Desde la silla de lona Lila bajó una revista para sonreírle con su habitual ternura. Las faldas de la bata dejaban al descubierto la tersura de su piel, y Eduardo sintió despertar sus deseos.

—¿Qué te pasa? ¿Andas de malas? —rio ella.

—Ayer te acostaste con el cura, después que me fui. —Sus palabras surgieron casi contra su voluntad, pero no se arrepintió.

—¿Viniste a espiarme? —preguntó, sin alterarse en lo más mínimo, con un cierto tono de reconvención.

—No, pero quería preguntarte algo, y regresé. Entonces oí que estabas con un hombre en la casa del fondo. Y era el cura: reconocí su voz. Me dijiste que lo encontrabas un mequetrefe, y te reíste de él...

—Tienes que conocer mejor a las mujeres —replicó Lila, con serenidad—. No debes creerles cuando opinan de los hombres. Soy amiga de Tomás. Me gusta, pero también me gustas tú. Mucho más que él, desde luego. Tú tienes para mí un significado diferente, único. Eres algo que esperé durante años. ¡Desde siempre...! Espiritualmente, siempre te seré fiel. Olvídate de lo que haga con mi cuerpo, porque siempre dispondrás de él y siempre te dará placeres. No te preocupes de la infidelidad material. Más que gozar del sexo, las mujeres lo manipulamos para obtener cosas. Al revés de los hombres, que solo les importa el placer.

Se sintió desarmado con las tranquilas palabras de Lila, que a través de su mirada se ofrecía humildemente. Se dejó caer al suelo, y apoyó su cabeza en las rodillas de la mujer, que lo acarició con gran suavidad.

—Detrás de la casucha está lleno de caca —dijo Eduardo.

—¿Sí? Seguramente son los hombres que vienen a podar a veces. O el maestro Lillo, tal vez. Haré que limpien bien ahí.

—¿Qué es de Melissa?

—Fue a buscar algo. ¿Sabes? Ayer encontré un gato muerto.

Le contó lo de Melissa y el animal.

—Me parece muy bien. ¡Odio los gatos...! Son hipócritas y traicioneros.

—¿Llegó la nueva empleada?

—Ya está aquí. Se ve buena. ¡Ojalá resulte! Por ahora sigue alojando en su casa. Tiene un problema familiar. Pero pronto estará puertas adentro.

Melissa se puso a reír cuando vio a Eduardo con la cabeza en el regazo de su madre.

—¿Así que regatoneando? ¡Lo estás malcriando, mamá!

—¡Es que es mi gran amor! —Y como adoptando una repentina decisión—. A ver, Melissa, es el momento para que conozcas el amor. Eduardo será el encargado de iniciarte. ¡Ya sabe lo suficiente!

—¡Bravo! Esa sí que es buena noticia. ¡Pensé que nunca te ibas a decidir!

—Ya te dije: no quiero que entres al mundo del amor de la mano de cualquiera, sino de un muchacho bien educado, caballero, de buena familia. Y ese es Eduardo.

Tomó a los dos adolescentes de la mano, y con uno a cada lado se dirigió hacia el fondo de la casa. Eduardo avanzaba aturdido, recordando el cuerpo de Melissa que estrechara el día anterior. Tras ellos Azazel caminaba lentamente. Lila se encargó de desvestirlo, mientras Melissa, luego de sacarse la bata, aguardaba frotándose las manos con no disimulado regocijo. Cuando Eduardo estuvo desnudo los hizo pararse frente a frente.

—Son el uno para el otro. Eduardo es muy bien dotado, Melissa, y vas a sentir un poco de dolor. Pero relájate, y todo resultará bien.

La propia Lila acomodó a Melissa sobre el cubrecama, y empujó suavemente a Eduardo sobre ella. La experta mano de la mujer guio al joven. Melissa ahogó un prolongado gemido, se retorció sobre el lecho, y de pronto echó la cabeza atrás como si se hubiese desmayado. Lila la acariciaba con tierna solicitud, mientras en la habitación Azazel balaba y pateaba el suelo acometido de una feroz excitación. Solo entonces Melissa vino a reaccionar, y envolviendo con fuerzas el cuello de Eduardo, ambos cuerpos se integraron plenamente. Lila los miró por última vez y partió hacia la piscina con Azazel trotando a su lado.

Cinco veces insistió Eduardo, y Melissa lo estimulaba a continuar, porque olvidada de su dolor inicial había comenzado a disfrutar de la nueva experiencia. Eduardo calzaba perfectamente con la maravillosa y bien desarrollada complexión de la chica de doce años. Parecía haber sido calibrada a su medida, para albergarlo estrecha pero totalmente.

Lila dormitaba junto a la pileta, tendida de bruces sobre su toalla, con sus espléndidas formas recibiendo el sol de la tarde. Se tiraron a la piscina, y jugaron en las aguas verdosas, pesadas, hasta que el frío les hizo salir. Solo entonces Lila se dio vuelta y los miró risueña.

—¡Imagino que gozaron de lo lindo! No es necesario que me lo cuenten, porque me puedo poner envidiosa. ¿Te gustó, Melissa?

—¡Fue maravilloso! Eduardo es un príncipe. ¡Con razón lo tenías acaparado...!

—¡No te pongas egoísta tampoco! En este mundo hay que compartir. No lo olvides... Nunca te he negado nada. ¿Quieren tomar té? Probaremos a la María. —Y partió hacia la casa, colocándose la bata en el camino.

Melissa se recostó sobre el hombro de Eduardo, y permanecieron así, en silencio,

observando las aguas que paulatinamente se aquietaban. Azazel dormitaba sobre el césped. Lila regresó, y los conminó a que se vistieran, para que la empleada nueva no los viese así. María era una mujer joven, un tanto gorda, de rostro moreno y carrillos inflados. Exhalaba una gran bondad. Pero al verla Eduardo pensó que bastaría cualquier comentario de María en los negocios del barrio, y su madre se enteraría de sus visitas a la casa de las Nazir. Tendría que hablar con Lila. Cuando la empleada se hubo retirado, Lila le dijo a Melissa:

—Por favor, anda a buscar las galletas. Me olvidé decirle a María que las trajese.

Melissa le hizo una caricia a Eduardo. Lila la miró alejarse, con una misteriosa sonrisa en su boca bien dibujada.

—Es una hermosa muchacha, ¿te gusta?

—¡Mucho! Es extraordinaria, pero a veces me desconcierta. Como lo que hizo ayer con el gato, por ejemplo.

—Es que tú eres muy maduro para tu edad. Melissa apenas tiene doce años. Es una niña, todavía, aunque con cuerpo de mujer. Aún juega a las muñecas. ¡No se lo vayas a decir! —terminó riendo.

—¿De qué murió el padre de Melissa?

—Fue asesinado por los nazis, en Dachau.

—Cuando la conocí, Melissa me contó que había muerto en Buenos Aires... ¿No sabe la verdad?

—La sabe. Pero eso solo lo contamos en confianza. Mi marido era el representante en Esmirna de una gran fábrica alemana de productos químicos. Como se desempeñó muy bien, se lo llevaron a Alemania. Melissa estaba recién nacida. Pero descubrieron que era judío. Alcanzó a enviarnos a Brasil con Melissa. Pero él no pudo huir. Y en el Brasil conocí a Gerson David, que andaba instalando la sucursal de uno de sus bancos de Beirut. Había enviudado dos años antes, pensé que sería un buen padre para Melissa, y nos casamos.

—¿Donde tuvo su accidente?

—Cerca de Beirut. Tenía muchos enemigos entre los palestinos. Pusieron una bomba en su auto. Se salvó por milagro. Estuvo un año entre la vida y la muerte. Como seguía amenazado, nos vinimos a Argentina.

—¿Habías estado antes en Chile?

—Hace algunos años, de pasada.

—Mi madre te vio una vez en la paquetería de don Salomón. Y comentó que eras igual a la matrona que me trajo al mundo. Se llamaba Atalia Santi.

—¡Qué linda historia! —rio ella, y le acarició tiernamente el rostro—. Es decir, te saqué del vientre de tu madre, para comenzar, y luego volví para iniciarte en el amor. ¿Te das cuenta? ¡Nunca podrás librarte de mí!

—¡Por favor, hablo en serio! —Miró hacia la casa, pero Melissa aún no aparecía.

—¡Y yo también! Quizá esa Santi y yo seamos una misma persona. Tal vez mi espíritu estuvo en su cuerpo, para ayudarte a nacer. Vivimos rodeados de misterios,

amor. Poco a poco me irás conociendo. ¿Por qué crees que te entregué a Melissa?

—No lo sé, en realidad.

—Para que veas que no soy celosa. No me importa entregarte a mi propia hija, con tal que estés a gusto conmigo. —Lo miró intensamente, y Eduardo sintió una íntima emoción—. Podría instalarte un harén, si quisieras, porque lo que me interesa es tu espíritu. Y a él siempre lo amaré. Y si me repudias hoy, regresaré por ti mañana. No lo olvides... Ahí vuelve Melissa.

—Otra cosa —dijo Eduardo, desconcertado con las palabras de Lila—. Esta empleada tuya puede hablar en el vecindario, y sería fatal que mis padres se enterasen que vengo para acá.

—¿Te cuidan tanto? —indagó Melissa, abriendo la caja de galletas, y poniendo algunas en una bandejita.

—¡No te preocupes! Yo me encargaré de aleccionarla. ¡Quédate tranquilo!

El calor empezó a decaer, y una brisa fresca llegó a su rostro.

V

Werner Schilling se interesaba en conversar con él, le informó Vladimir por teléfono a la mañana siguiente. El recuerdo de la historia de Talavera tornaba imperioso conocer al personaje.

—Werner se pondrá en contacto con usted en cuanto le avise su conformidad.

La voz de Schilling se caracterizaba por lo seca, impersonal y poco agradable. Eduardo lo esperó al concluir la jornada frente al edificio donde funcionaba Impex. Se metió al automóvil junto al hombre gordo, colorado, de escaso pelo rubio, y duros ojos azules.

—Podemos conversar mientras damos vuelta por la ciudad. Es más seguro que un lugar cerrado o al aire libre. —Schilling sonrió—. Dígame donde vive, para no alejarme demasiado del barrio. Debe estar sorprendido porque haya querido conversar con usted sin siquiera conocerlo. Pero confío a ojos cerrados en los amigos de Jessie.

—¿Habló con ella de mí? —La gente se acumulaba en las aceras, bajo el calor de la tarde.

—No era necesario. Me basta la palabra de Vladimir.

—¿Hace mucho que conoce a Jessie? —En esos momentos la luz del semáforo dio la pasada, y Werner aceleró lentamente.

—La conocí aquí, en Santiago, hace unos cuatro meses. Me trajo un mensaje de un amigo común, de El Cairo. Conozco mucha gente en el Medio Oriente. ¡Se pueden hacer buenos negocios allá!

Insistió en sonreír, mientras subían por Alameda sumergidos en el humo que despedía un bus por su tubo de escape.

—Jessie es una mujer misteriosa, y de una exagerada seriedad en su vida privada. ¡Es posible que yo no sea su tipo! —termino riendo.

No necesitaba decirlo, pensó Eduardo, observando la impresionante barriga de Schilling. Aunque de mujeres como Jessie todo podía esperarse, se dijo melancólico.

—¿Qué quería conversar conmigo?

El edificio de la Universidad Católica, bajo la suciedad ocre de la tarde, se aproximaba. Seguro de sí mismo, reflexionaba que Jessie había logrado sacudir su consuetudinaria abulia, causante de todas sus desgracias, a juicio de Bernarda.

—Lo necesitamos para una importante negociación.

A la distancia, el semáforo de Plaza Baquedano cambió de verde a rojo.

—¿Está Jessie en este negocio? —De nuevo detenidos, el nombre de Talavera acudió a su memoria.

—No. En todo caso, no es un problema que deba preocuparlo. Unos clientes míos, cuyo nombre debo mantener en reserva, desean comprar un importante paquete

accionario de la pesquera Umarve, con el cual podrían controlar la empresa. Las acciones son de un particular, que quiere deshacerse de ellas al mejor postor. Mis clientes disponen de cincuenta millones de dólares al contado para la operación, aunque en el mercado solo ofrecen treinta millones. Por razones particulares, mis clientes no pueden actuar directamente en Chile. Y necesitan que alguien compre a su nombre.

—Es lo que se llama un palo blanco^[11]. ¿Y quiere que sea yo?

—¡Exacto! A mí me conocen aquí, y no inspiro confianza a nivel gobierno. — ¿Quién se fiaría de alguien así?, se preguntó Eduardo—. Si yo aparezco comprando esas acciones, podría malograrse todo. Y se trata de algo muy importante.

Algo de la actual negociación le hacía recordar el caso Talavera, en el que también había intervenido Schilling como intermediario. ¿Y si desenmascaraba a Schilling? Usted miente, porque conoció hace años a Jessie Levi, y no recién. ¿Se olvida de Jorge Talavera, ese infeliz que cayó en la trampa? Pero algo le decía que su ventaja radicaba en no descubrirse ante Schilling.

—Es una simple operación comercial. Usted ganaría un dos por ciento de comisión, es decir, un millón de dólares. ¡A nadie en Chile se le ha ofrecido un negocio mejor y con menos riesgo! En la práctica, no tendrá que hacer nada, excepto abrir las faltriqueras.

—Me conocen y saben que no tengo ese dinero.

—Pero usted tiene parientes ricos, como don Nataniel Guzmán.

—¿Cómo lo supo? —Eduardo se puso en guardia.

—Porque Daniel Messina lo comentó anoche con usted, según Vladimir. —No mentía, por supuesto.

—¿Y usted pretende que meta a mi tío en esto?

—¡No es necesario! Automáticamente la gente pensará que actúa por cuenta de su tío. Y mientras usted menos abra la boca, más se convencerán. ¡No creo que nadie lo moleste! Y si alguien le pregunta a su tío, y él lo niega, mejor todavía. ¡Esa es su gran ventaja!

—¿Por qué me buscó a mí? Hay muchos hombres de negocios más conocidos que yo.

—Pero ninguno es de fiar. En cambio usted es amigo de Jessie, y esa es su mejor recomendación.

Ahora el semáforo los paró en Antonio Varas. Imposible permanecer indiferente a la vista de la iglesia de Providencia. Detrás de la oferta de Schilling vio nítidamente a Jessie. Fue una súbita certidumbre. La imprevista invitación a su casa, para mostrarle la galería de pintores chilenos del marido, el encuentro con Vladimir Ojeda, y el ofrecimiento que este le hiciera de presentarle a Schilling. Toda una secuencia hábilmente preparada para implicarlo en el negocio. Y con la inmediata y anticipada gratificación, además... Su papel de instrumento parecía obvio. Excepto porque a Jessie la había conocido directamente, y en circunstancias insólitas, el asunto

guardaba una cierta semejanza con la aventura de Jorge Talavera. Pero que Jessie lo hubiese buscado acudiendo a todos esos subterfugios, como el macho cabrío negro, desenterrando un pasado que únicamente sus protagonistas conocían, y con lo cual se excluía toda coincidencia, para realizar una simple operación comercial, carecía de sentido. En la historia de Talavera en cambio hubo un plan coherente, porque Jessie necesitaba un diplomático incauto para recuperar un tesoro, y Schilling conocía el hombre indicado. Tampoco las relaciones de Jessie y Talavera fueron precedidas, hasta donde sabía, por algún acontecimiento anormal, que se saliese de lo común, como entre ella y Eduardo. De haber descubierto algún rasgo inquietante en Jessie, algo que la hubiese convertido a sus ojos en una entidad fantasmagórica, Talavera lo habría comentado con su amigo López. Cosas así nunca se callan, y menos en tiempos de amargura y depresión, y bebiendo a destajo, como Talavera antes de suicidarse. Al revés: sus relaciones fueron las comunes de tantos amantes, excepto por la premeditada utilización que Jessie hiciera del suicida. Como fuese: la intuición le hacía ver claras diferencias con su caso.

—Me parece interesante el negocio, pero no lo veo tan fácil ni sin riesgos. ¿Cómo me aseguro de recibir mi comisión?

—Mediante un contrato privado, que usted podría hacer efectivo en el caso de un incumplimiento. Por supuesto, también deberá firmar un compromiso en que reconoce no ser propietario de las acciones. Porque de lo contrario usted podría hacerse firme, y tendría todas las de la ley a su favor...

La aparente legalidad de la operación constituía una nueva diferencia con la misión encomendada a Talavera.

—Necesito unos días para pensarlo. Y mi comisión deberá ser de un tres por ciento. ¡Veo muchos riesgos!

—El dueño de las acciones solo esperará hasta mañana al mediodía. Recibió una oferta anónima, por supuesto, y le interesó la cantidad. Pero como duda que se trate de algo serio, fijó ese plazo perentorio. De lo contrario entregará sus acciones a la bolsa para que las rematen. Hay un consorcio interesado en comprarlas, pero quiere ciertas facilidades. ¡Y ofrece mucho menos, además! En cuanto a subirle su comisión no creo que habrá problemas.

—¿Cuánto tiempo tendría que figurar como propietario de esas acciones?

—Dos o tres años, cuando mucho. Durante todo ese período usted actuaría como director, y ganaría por supuesto la correspondiente dieta, que es de unos cincuenta mil dólares al año. Más diversas granjerías, como automóvil, casa instalada, gastos de representación, tarjeta de ingreso al club de Golf... ¡Es su gran oportunidad, señor Guzmán! De esas que solo se presentan una vez en la vida. ¡Y con suerte!

Pedro de Valdivia: el semáforo permanece años con la luz roja dada la complejidad del cruce, porque ahora venían de bajada por Providencia.

—¿Qué ocurriría si se sabe el nombre de esos secretos clientes suyos?

—¡Imposible que se sepa! Por eso es importante que no lo vean conmigo. El

dinero para la operación se depositará a su nombre, en un banco neoyorquino. Cualquiera eventual investigación que se efectuase, y me parece difícil algo así, llegaría hasta ahí solamente. Aunque todo negocio implica riesgos, aquí no hay ninguno, en la práctica. ¿Qué me contesta? Necesito ahora su respuesta.

Se sintió acosado. ¿Qué habría detrás de esa negociación? No tenía tiempo para hacer indagaciones. Lo toma o lo deja. Toda gran oportunidad se rige por principios similares.

—¿Y qué habría hecho usted si Vladimir no me hubiese conocido anoche? ¡Me parece mucha casualidad!

—¡Es un milagro, realmente! —replicó Schilling, con seriedad—. Mis clientes ya habían resuelto renunciar al negocio.

—¿Seguro que Jessie no está metida en esto?

—Ya se lo dije: no. Pero ella es su garante, aunque no lo sabe. De no haber sido usted amigo de Jessie, no le habría propuesto esta operación, que lo hará rico.

La explicación no sonaba del todo convincente, pero Schilling no pasaría de ahí.

—Mañana temprano le contesto. —Sus palabras surgieron lentas y calmosas.

—Tiene que ser antes de las diez, para instruir a Nueva York que se haga el depósito a su nombre, y envíen el cable antes del mediodía. Con ese cable tiene que presentarse al dueño de las acciones.

—Está bien: lo llamaré en cuanto llegue a mi oficina, a las nueve.

Solo ahora, ya separado de Schilling y en camino a su casa, comenzó a compenetrarse de la realidad de la proposición. Y de la magnitud de la empresa. ¡Imposible que todo fuese tan simple! ¿Y lo habían elegido solamente por su amistad con Jessie? Dada su gran fortuna, según Gutiérrez, Jessie habría podido comprar las acciones de Umarve con sus propios recursos. ¿Por qué no actuaba directamente? ¿Qué se lo impedía? Como hombre de negocios, el prestigio de Daniel Messina parecía invulnerable, y constituiría el mejor respaldo para su mujer. ¿Y si Jessie quería actuar a espaldas de su marido? Porque Messina ignoraba, voluntaria o involuntariamente, ciertos aspectos de la vida de su mujer. Quizá ahí se encontrase la respuesta. Enfocado así el asunto, su elección como palo blanco cobraba coherencia. Pero si llamaba a la mujer para salir de dudas, podía malograrlo todo. Debía esperar, y no lanzarse a construir rascacielos con meras expectativas. ¿Podía creer así no más, a esas alturas de su vida, en tan milagroso cambio de fortuna? ¡Un millón y medio de dólares...! ¿Le había tomado el peso a esa cantidad? Tal vez fuese una trampa que alguien quería ponerle. Hasta su encuentro con Jessie podía formar parte de esa misma artimaña. Es decir, nada impedía que todo se viniese al suelo como una casucha de utilería ante un empujón.

Bernarda andaba en el supermercado. Se tendió en su cama. Sus hijos escuchaban música en la sala de estar. Exceptuando su aventura con Lila Nazir, los tonos grises abundaban en su vida. Pero únicamente sus confesores conocían ese período en que tan portentosos hechos ocurriesen. Cuando sus amigos comentaban sus líos con

mujeres, Eduardo callaba. Allá que lo considerasen un pusilánime. Y he aquí que en esa existencia monocorde irrumpía Jessie Levi. ¿Le creería alguien si lo contase? Y ahora el ofrecimiento de Schilling, cuando su puesto en Impex, a raíz del retiro de su tío, quedaría a merced de los nuevos ejecutivos. Porque ya imperaba un ambiente de incertidumbre en la oficina. En vista de los tiempos que corrían, la eventual pérdida de su cargo se traduciría en una tragedia familiar. Muchos conocidos tardaron meses y años en hallar una ocupación inferior a la que tuvieron. O hasta la fecha seguían cesantes. Algunos enfermaron de gravedad, y un primo suyo murió de un ataque cardíaco cuando lo despidieron por reducción de personal. De cristalizar el negocio de Schilling, se liberaría definitivamente de esos temores. Pero tampoco convenía ilusionarse. Azazel, Baruch, Neftalí... Los cabrones negros balaban furiosos en lo hondo de su conciencia.

Schilling lo llamó cuando acababa de llegar a Impex.

—¡Así me gusta! ¿A qué dirección quiere que le envíen el cable?

—A mi casa, por supuesto.

—Entre doce y una usted estará finiquitando este negocio.

Llamó a su casa para advertir lo del cable. Y bastante tenso inició la jornada diaria.

A las once lo llamó Romilia Hernández.

—Sé que usted quiere conversar con el padre Tomás Lane, me dijo Vladimir.

Prácticamente se había olvidado del cura de Santa Elisa. Pero las palabras de Romilia reactualizaron instantáneamente su interés por Lane. Se veía con todas las salidas bloqueadas, y necesitaba encontrar una al menos. Romilia se reuniría con Lane antes del mediodía, porque el sacerdote vivía en Quinta Normal y carecía de teléfono. Quedó de informarle después de almuerzo cuando podría efectuarse la cita. Y entonces la empleada de su casa le avisó que el cable acababa de llegar.

—Anunciaré su visita al señor Andueza —dijo Schilling—. ¿Podrá estar dentro de cuarenta minutos en su oficina? Anote la dirección.

Quedaba en Providencia, cerca de Pedro de Valdivia, a pocas cuadras de su casa. César Andueza lo recibió de inmediato. Para ser un hombre tan rico, disponía de una oficina pequeña, estrecha casi. Muy flaco, de ojos separados y un color azul desvaído, saludó a Eduardo con sequedad. Debía bordear los setenta años. Leyó lentamente el cable, y Eduardo notó como su respiración se aceleraba sensiblemente.

—Es un ofrecimiento concreto. ¿Puedo sacarle una fotocopia? Porque tengo que hacer algunas verificaciones mínimas, ¿no? Poco importa a quien represente usted, pero es indispensable para mí comprobar la seriedad de este cable. ¿Comprende? Le contestaré mañana, antes del mediodía. Espero no complicarlo mayormente, señor Guzmán.

—En absoluto. Tómese el tiempo que considere necesario. —Pensó que su tono

correspondía al de un avezado hombre de negocios.

Todo estaba resultando tan fácil como Schilling le anticipara. Lo llamó.

—Perfecto. Seguramente llamará a Nueva York para las certificaciones del caso. Quédese tranquilo: todo resultará bien.

Tomás Lane lo esperaba esa tarde, le avisó Romilia. Cumplida su misión con Andueza, podía tomarse el resto del día sin problemas. A las siete tenía a la vista la casita de Lane, emplazada más allá del Santuario de Lourdes, en una calle sin pavimentar, de estentórea modestia. Unos niños jugaban al fútbol, levantando nubes de polvo, y un perro vago deambulaba en busca de comida.

No habría reconocido a Lane de haberlo topado casualmente. Solo había estado una vez con él, en casa de Lila, y muy al pasar. Lo recordaba alto, de airosa estampa, y rostro rubicundo. Conservaba su pelo, ahora blanco, y tras los anteojos de gruesos lentes, sus ojos se encogían para mirar con atención. Flaco, y un tanto encorvado, con el rostro cubierto de arruguillas, se veía animoso. Vivía solo en la pequeña casa de tres habitaciones, con salida a un patio diminuto, donde unas camisas y pañuelos colgaban de un cordel. Los muros encalados, surcados de grietas, demandaban una mano de pintura. Lane respiraba con cierta dificultad. Por la puerta abierta entraban los últimos fulgores del sol de marzo, aún vigoroso.

—Esta bronquitis es herencia del cigarrillo. Por suerte lo dejé. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café o una copa de vino? —Conservaba su acento norteamericano, pero se expresaba con fluidez, sin vacilaciones—. Vladimir me decía que usted había conocido a la familia Nazir. Pero no recuerdo haberlo visto allá. Recibían muy pocas visitas.

—Entonces yo era un niño, padre, de solo quince años. He cambiado mucho, desde luego.

—¿En qué puedo servirlo?

—Quería hacerle unas preguntas. Una persona que conocí recientemente, la señora Jessie de Messina, tiene un chivo negro, igual al de las Nazir. Y entiendo que usted se lo regaló.

Detrás de los lentes, la mirada de Lane pareció cargarse de una repentina tensión. Cambió de postura en su silla, una de las tres que, junto a una mesa de madera sin pintar, bastante añosa, amoblaban la sobria habitación.

—Sí, yo se lo regalé. ¿Por qué le interesa este asunto?

—Porque conocí al chivo de las Nazir, ¿ve? Y las Nazir eran extrañas, inquietantes. —No valía la pena usar subterfugios.

—Usted lo ha dicho: inquietantes. —Se puso de pie, y caminó lentamente por la habitación. Arrastraba un poco la pierna derecha—. Cuando las Nazir se fueron de Chile, la señora Lila me pidió que me hiciera cargo del chivo. No podía llevárselo. Como tampoco podía tenerlo en la parroquia, se lo entregué a un matrimonio amigo, dueño de una parcela en La Pintana, donde había sido párroco.

—Era un chivo muy especial, ¿verdad?

—Aparte de su nombre, me pareció muy obediente y tranquilo. ¡Claro que solo lo tuve unas horas!

—Yo tengo otro recuerdo de ese animal, padre. —¿Podría confiar en Lane? Se arriesgaría—. Hablando con entera franqueza, creo que en ese chivo había algo diabólico.

—Bueno, Azazel es el nombre de un demonio. —Sonrió levemente—. Quizá por eso piensa así.

—¡No sabía que Azazel fuese un demonio!

—Era un demonio del desierto, una especie de sátiro. Aparece en el Levítico, en el Antiguo Testamento.

Un sátiro. Eso era precisamente el cabrón negro.

—¿Y cómo les fue a sus amigos con Azazel?

—Como a los tres años se les perdió. Lo buscaron entre el vecindario pero nadie lo había visto siquiera. Ese fue el final del chivo de las Nazir.

—¿Y el cabro que usted le regaló a la señora Jessie? ¿De dónde salió?

Lane se paró vuelto hacia el patio.

—Una noche escuché unos golpes raros en la puerta de calle, y después oí un balido. Me encontré con un enorme chivo negro, con grandes cachos, que me miraba expectante. —Se volvió a Eduardo—. Me asusté un poco, porque debe saber que el macho cabrío negro simboliza al demonio en las tradiciones cristianas. Y aunque no soy supersticioso, esas cosas nunca se olvidan. Lo correteé, pero al poco rato volvió a golpear la puerta. Pensando que podía haberse arrancado del vecindario, resolví hacerlo pasar al patio por la noche. Y ahí lo dejé.

—¿Y no lo asoció con Azazel?

—¡Eso había pasado más de treinta años antes! Pero al día siguiente, al verlo tranquilamente echado en mi patio, me acordé de Azazel. Lo llamé por ese nombre, pero se limitó a mirarme, como si solo hubiese reaccionado al oír mi voz. Hice averiguaciones entre la gente del barrio, pero nadie había tenido nunca un chivo. No podía quedarme con un animal tan grande aquí. Necesitaba alimentarlo, y mis recursos son muy escasos. Decidí regalarlo. Como dos días después vino a verme Romilia Hernández, y al ver al cabro me dijo que una amiga andaba buscando uno. Al día siguiente volvió con la señora de Messina. Le encantó el chivo, que se fue de inmediato con ella, y se lo llevó.

—¿Alcanzó a ponerle nombre?

—Le decía Curiche, que es una palabra que usaba una empleada mía para designar el color negro. Se lo dije a la señora Jessie. No sé si seguirá llamándolo así.

—Ella le puso Baruch —comentó Eduardo.

—¡También es el nombre de un diablo! —exclamó Lane, sentándose de nuevo.

El sol seguía bajando, y un fulgor ocre, melancólico, penetraba en la pobre habitación.

—¿Y si fuese el mismo Azazel?

—¡Imposible! Habría tenido más de cincuenta años a esta fecha.

—¿Le llamó algo la atención en la señora Messina?

—Su gran parecido con Lila Nazir, por supuesto —replicó Lane, con presteza—. Llegué a pensar que era su hija. No Melissa, sino otra que podía haber tenido después. Me contestó riendo que no tenía ningún parentesco con los Nazir.

—¿Y encuentra natural la aparición del chivo y esa mujer igual a Lila Nazir que se lo llevó?

—Al principio me desconcertó bastante. Pero después de todo las coincidencias son comunes. Además ya había pasado tanto tiempo. Imagínese, ¡cerca de cuarenta años! Una generación completa...

—¿Así que Baruch también es un demonio? ¿Cuántos demonios hay entonces? Creí que solo había uno, Satanás o Lucifer.

—Satanás, Lucifer o Asmodeo son los nombres del rey de los demonios. También se le llama el Príncipe de este Mundo, Belcebú o Señor de las Moscas... Tiene muchos nombres. Pero hay miles, millones de demonios inferiores, de menor categoría, por así decirlo. Luzbel no se rebeló solo contra Dios: lo siguió un tercio de las huestes celestiales. Cada pecado tiene su demonio: la avaricia, la lujuria, la concupiscencia, la ira, la gula, la envidia... De ahí que durante la Edad Media los teólogos llamaban a muchos diablos por sus nombres, que ellos mismos les pusieron: Leviatán, Eazaz, Balaam, Beherit, Neftalí, Belial, Isacaarón, Behemot, Caron, Jabel, Elimí, etc., etc. Y Baruch, por supuesto.

—¿Neftalí también? —Recordó al chivo de Jessie en El Cairo, según Gutiérrez—. Pero ese es un nombre corriente. Neruda se llamaba Neftalí Reyes.

—Desde luego: es el nombre de uno de los hijos de Jacob. Pero también se llama así un demonio.

Eduardo se paseó a su vez por la pieza.

—¿Nunca pensó que en Lila Nazir había algo diabólico? ¿Y también en su hija Melissa? —Necesitaba plantear el asunto, aunque íntimamente le repugnaba, incluso le sonaba infantil.

—¡Por supuesto que lo pensé! Esa mujer ejerció mucha influencia en mi vida. —Eduardo lo sabía—. Fue nefasta para mí, a la larga. Lo reconozco humildemente. —Se santiguó.

—¿Hay demonios mujeres?

—No dentro del cristianismo. Pero se admite la posibilidad que un demonio se encarne en un ser humano, hombre o mujer. Son los casos de posesión satánica.

—¿Y por qué lo hace el demonio?

—Por diversos motivos: para conseguir la condenación de las personas, para demostrar que existe, y, por supuesto, para hacer el mal. Es el origen de la leyenda de los súcubos e íncubos. Los primeros son espíritus demoníacos que se encarnan en hombres, para relacionarse carnalmente con las mujeres.

—O sea, Lila Nazir habría sido un íncubo —comentó Eduardo, en voz baja.

—¡Solo Dios lo sabe! Los cristianos no podemos dar crédito a todas esas historias. Es un pecado grave.

—¿Por qué? El demonio existe. En los evangelios además se mencionan varios casos de endemoniados que se enfrentaron a Cristo.

—Eso es diferente. A Satanás le preocupaba ponerle trampas al Hijo de Dios. También lo ha hecho con algunos santos. Pero no creo que lo haga con personas comunes, ¿ve?

—Pero ¿usted cree que el diablo es algo real, o una simple leyenda?

—¡Es muy real! Pablo VI dijo una gran verdad al sostener que el mayor triunfo de Satanás es hacerle creer a la gente de hoy que no existe. La acción del diablo la vemos a diario, a cada paso. En cada crimen, en cada mentira, en todo adulterio...

Eduardo había crecido en un ambiente religioso que, empezando en su casa, se había prolongado en el colegio y hasta ahora permanecía vivo, aunque pasaba a veces por períodos de relativa indiferencia. Pero nunca se preocupó por ahondar en los problemas doctrinarios ni teológicos.

—Además es casi tan poderoso como Dios...

—¡Eso no! —exclamó Lane—. El demonio no es omnisciente ni omnipotente. Esas cualidades solo las posee el Hacedor. Recuerde que Lucifer era un ángel que se rebeló. Y los ángeles son mensajeros del Señor, servidores de Dios. O sea están subordinados a Él. Con mayor razón Lucifer, que fue expulsado del cielo, es decir, lo castigaron. De ahí que el demonio necesite recurrir a tantos subterfugios para tentar a los humanos. Hasta es posible engañar al demonio, según las tradiciones populares. Es un espíritu de gran poder, pero limitado. Incluso necesita de los hombres para probarse a sí mismo, para demostrar que está vigente. Porque para los cristianos el mal no es sustancia: es solo privación del bien. Lo otro es maniqueísmo.

—Los ángeles, y por lo tanto los demonios, son entidades espirituales, sin sexo, ¿no es así?

—Los ángeles son del género masculino, según la teología. No hay ángeles mujeres, por así decirlo. Son inmateriales, aunque a veces se hacen visibles, e incluso tangibles. Pero los ángeles no se encarnan comúnmente en las personas, aunque sí pueden cuidarlas y orientarlas.

—Pero volviendo a Lila Nazir, ¿cómo la clasificaría usted?

—No lo sé. Era una mujer sin principios, evidentemente. Nada la detenía. Y hacía gala además de una serie de ideas sobre la encarnación de los espíritus en las personas y animales muy acomodaticias a sus propósitos. Sin base filosófica ni teológica. Sacadas seguramente de leyendas judeocristianas, y a veces orientales y babilónicas. ¿Usted conoció al marido?

—Una vez solamente lo vi de lejos, en su silla de ruedas. Pero nunca conversé con él. Se veía muy acabado.

—Estaba mal física y mentalmente hablando. Tuvo un grave accidente, y debieron someterlo a varias operaciones. Hasta los órganos sexuales le sacaron, según

me contó una vez Lila, riendo.

—También me contaron lo mismo. —Eduardo recordó al infortunado Temo—. ¿Usted habló con él alguna vez?

—Una sola vez —replicó Lane. El sol había desaparecido detrás de las casas, y una penumbra invadió la habitación. Eduardo volvió a sentarse—. Una tarde pasé a conversar con la señora Lila, y, para mi sorpresa, la puerta la abrió el señor David en su silla de ruedas. Me quedó mirando con los ojos muy abiertos, y me dijo en un susurro, atemorizado: «Lilith no está. Es un demonio. Es la mujer de Satanás...» En ese momento apareció Mercedes, la empleada, y el señor David se calló. Yo me quedé helado en la puerta de calle, sin saber qué decirle. Mercedes me dijo que la señora había salido. Así que me fui, pensando en las palabras del señor David.

—¿Le dijo Lily o Lila?

—Lilith. —Lane hizo hincapié en la t final—. Es una tradición de los judíos, que el cristianismo rechaza. David era hijo de un rabino, según me contó Lila. Seguramente atribuía la vida pecaminosa de su mujer pensando que era ese demonio. Porque según la leyenda, Lilith fue la primera mujer de Adán, antes de la creación de Eva. Dios la habría hecho directamente de barro, como a nuestro primer padre. Así Lilith se sintió siempre igual a su marido. Estimulada en sus ideas por el demonio, se rebeló contra Adán, y huyó del Edén. Pero alcanzó a tener muchos hijos con Adán, que fueron gigantes y demonios. Dios envió en persecución de Lilith a tres ángeles, que la alcanzaron en el Mar Rojo, y aunque la amenazaron con la muerte de muchos de sus hijos, no pudieron obligarla a regresar. Poseída por Satanás, se había convertido en un demonio con cuerpo material, a diferencia del diablo. Según la tradición medieval, Lilith es un gran peligro para las mujeres embarazadas y los recién nacidos, a los que estrangula o hechiza. Pero basta un amuleto con las efigies de esos tres ángeles que la persiguieron para detenerla. —¡Atalia Santi! La matrona que lo trajera al mundo también se parecía a Lila Nazir, había dicho su madre. ¿Estaría todo relacionado? Atalia, Lila, Jessie—. En las Escrituras Lilith aparece mencionada una sola vez en el libro de Isaías. Se la interpreta como un demonio hembra que habita entre las ruinas.

¿Sería una coincidencia? No podía seguir callado. Y brevemente le refirió a Lane lo que Lila le contara sobre sus orígenes, su pasión por las ruinas, y su aversión por los ángeles. Pero nada le dijo que su historia coincidía con la de Jessie.

—¡Es extraordinario lo que me cuenta! Lila nunca me dijo nada. Podría ocurrir que ella se hubiese hecho parte del mito, y se sintiese realmente Lilith. Es una figura sicopatológica que suele darse, como las paranoias en general. Tal como usted lo cuenta, ese señor de Mesopotamia en cuya casa se crio tendría que ser Adán. El paraíso estaba allí, según el Génesis, entre el Tigris y el Éufrates. Así se explicaría también su odio por los ángeles.

—¿Tres ángeles, dijo usted?

—Esa es la cantidad, según la leyenda.

Le mencionó las tres tórtolas, siempre presentes en la casa de las Nazir, y de la inquina de Lila por ellas. Y también que Lila relacionaba tácitamente las aves con los agentes enviados por su marido para seguirla hasta ese día.

—La verdad es que parecían vigilarla. Y le inspiraban respeto.

—¡Es muy curioso, realmente! Porque además la tórtola simboliza la fidelidad en el matrimonio y la viudez casta... ¡Lo que Lila no respetaba!

—Y el señor David la creía Lilith.

—Porque estaba con los alambres pelados, como se dice. Además los nombres concuerdan. Lilith y Lila suenan parecido.

—Es que el verdadero nombre de Lila era Dalila. Su anterior marido se lo había acordado, me contó Melissa. ¿No lo sabía?

—No, nunca me lo dijo. Dalila Nazir... El diablo tiene sentido del humor, a veces.

—¿Por qué?

—Porque Dalila, como usted debe saber, fue una mala mujer, que traicionó a Sansón. Reveló a sus enemigos que su fuerza provenía de su larga cabellera. Pero Sansón había hecho voto de nazir, mediante el cual se consagraba a Dios. El nazireato implicaba serias obligaciones, como la de no beber vino ni bebidas embriagantes, y no cortarse el pelo mientras durase el voto. O sea, llamarse Dalila Nazir es como si alguien se llamase Judas Cristo. El demonio acude comúnmente a los sarcasmos y a las mentiras.

—¡Sí que es raro! —Eduardo parecía abismado—. Y aunque esto no tenga nada que ver con la historia de Lila, debo decirle que Jessie de Messina se llama en realidad Jezabel Levi.

—¡Curioso, en realidad! Porque Jezabel fue otra mujer malvada, esposa de Acab, rey de Israel, y aunque Levi es un apellido común, también tiene un significado especial en la historia sagrada. Porque fue la tribu de Levi, hijo de Jacob, la encargada de la atención del culto a Dios. Todos sus miembros se consagraron al sacerdocio, según expresas instrucciones que Dios le dio a Moisés. ¡Claro que es hilar demasiado delgado! Puede tratarse de una simple coincidencia. Y sería prejuzgar sobre la señora Jessie de Messina, de la que tengo buenas referencias.

Eduardo se guardó los comentarios.

—¿Y qué pasó con Lilith?

—Se quedó en el mundo. Se la describe como una hermosa mujer, de opulenta cabellera. ¡En eso Lila se le parecía! Tenía un pelo maravilloso... —«Y también Jessie», pensó Eduardo—. Seduce a los hombres que le gustan, de la edad que sean, y de estas uniones da a luz demonios. ¡Es muy prolífica! —Melissa: al recordar a la muchacha no le cupo duda que pudo ser un demonio—. Lilith es la gran ramera, y una reina de la lujuria.

—¡Sabe mucho de Lilith!

—A raíz de las palabras del señor David, me informé. Tenía un amigo rabino, que

ya murió, y él me puso al día. Son muchas las ramificaciones de esa leyenda. Por ejemplo, se identifica a Lilith con la reina de Saba, que habría seducido a Salomón, haciéndolo apartarse del camino recto. También se dice que llegó a ser esposa de Asmodeo, o sea, de Satanás.

—Eso explicaría el chivo Azazel, entonces.

—¡No se me había ocurrido! Pero el chivo de Lila Nazir me pareció completamente inofensivo...

Si le hubiese contado a Lane las singulares relaciones de Lila y su hija con Azazel, quizá habría cambiado de opinión. Pero su mente se bloqueaba ante ciertas confidencias.

—Yo creo que ese chivo albergaba a un espíritu maligno. Tengo buenas razones para pensarlo.

—Bueno, en ese caso el chivo vendría a simbolizar al auténtico marido, de acuerdo con el satanismo...

—Y con largos y retorcidos cuernos —añadió Eduardo, sombrío.

—Satanás es el cornudo por excelencia. ¡Aunque no le importa! —exclamó Lane.

La presencia del macho cabrío negro en los casos de Lila y Jessie adquiría ahora un real significado. Algo como una náusea se situó en el fondo de su garganta.

—Claro que se llamaba Azazel y no Asmodeo —agregó Eduardo.

—Pudo ser por simple estrategia. Asmodeo habría sido demasiado notorio. No así Azazel. Y para el efecto da lo mismo: el demonio es uno solo, en cierto sentido. «Mi nombre es legión...»

—¿Por qué se llama Lilith?

—Lilith significa «monstruo nocturno» en hebreo. Porque era durante las noches cuando ese demonio atacaba a los recién nacidos. Pero más o menos a partir del siglo VII Lilith comienza a perder importancia. Como leyenda sin embargo ha subsistido.

—¿Y el nombre Atalia Santi le dice algo?

—¿Quién se llama así?

—Una mujer que podría estar relacionada con Lila Nazir.

—Es el mismo caso: Atalia fue una gran asesina, hija de Acab, y Jezabel. Y a ese nombre se contraponen el apellido Santi, que en italiano significa Santos.

—Pero volviendo al chivo, ¿por qué Lila lo dejó aquí y no se lo llevó, considerando lo que significaba para ella?

—Porque el macho cabrío es solo el albergue material del diablo, que puede dejarlo cuando quiera... ¡Chivos hay en todas partes! Y viajar con un animal así de un país a otro trae problemas aduaneros y sanitarios.

O sea Jessie había buscado un cabro negro en cuanto llegó a Chile para que allí morase el espíritu de Satanás. Lo poseyó un secreto temor.

—Pero como le decía, esas cosas no pueden tomarse en serio. Son simples mitos. Es más verosímil pensar que en Lila Nazir se había encarnado un espíritu maligno. ¡Porque jamás he vuelto a conocer otra mujer igual...!

—¿Y las tres tórtolas? ¿Coincidencia también?

—¡Qué quiere que le diga! Como coincidencia me parece excesiva, pero lo demás sería darle carta de credibilidad a una superstición.

Empezaba a oscurecer, y antes de despedirse, le preguntó a Lane desde cuando conocía a Romilia Hernández.

—Ella y Vladimir eran de la misma población, donde fui párroco por más de quince años. Son más o menos de la misma edad, y los conozco desde niños. Los dos son de origen muy humilde, pero consiguieron educarse y subir de categoría.

—¿A qué se dedican?

—Su campo de acción es la política —sonrió el cura—. Son muy activos, pero proceden con mucha prudencia para evitarse líos. ¡Es gente de mucho mérito! Y nunca me han olvidado.

La noche ya había tomado posesión de la calle terrosa, cuando la recorrió hasta el paradero de buses. Solo ahora el negocio con Andueza se asomó fugazmente. Porque sus pensamientos rebosaban con las revelaciones de Lane. Aunque algo había aclarado el enigma, subsistía el problema de fondo. El cura carecía de ciertos antecedentes que Eduardo poseía, y de haberlos conocido quizá hubiese podido llegar a una conclusión más definitiva. Pero Lane no le inspiraba una total confianza, porque conocía su pasado tormentoso y mundano.

Aguardó que pasara un bus antes de atravesar la calle. Y tras una ventanilla del vehículo que aceleraba lentamente, luego de dejar pasajeros en la esquina, divisó a Jessie con su mirada perdida en la noche. Indudablemente no lo vio, aunque pasó a menos de un metro. Permaneció petrificado, viendo como la máquina se alejaba. Su blusa vieja, de color caqui, desprovista de toda elegancia y el pelo cubierto por un pañuelo, conformaban una imagen insólita. ¿Habría sido ella realmente? Esperó un taxi para seguir al bus. Pasaron tres minutos, y la duda volvió. ¿Qué hacía Jessie en una micro, dirigiéndose hacia los barrios bajos de Santiago, vestida con tanta modestia? Y todavía se cruzaba con él. Excesiva casualidad. Seguramente se trataba de una confusión, producto de su extensa charla con Lane sobre demonios, Lila Nazir, Lilith y ángeles. Aburrido de esperar taxi, se subió a un bus para regresar al centro de la ciudad.

El interminable viaje hasta Antonio Varas le sirvió para serenar su mente un tanto alterada. Pensó en Andueza, y en su respuesta, que podría convertirlo en millonario. Aún tenía tiempo para visitar a su madre. Casi entró a la iglesia, cuyas puertas permanecían abiertas. Pero difícilmente Jessie acudiría de nuevo allí. Jessie, Werner, Vladimir y Romilia configuraban una confusa asociación, porque parecían actuar sincronizadamente.

Su madre tomaba té con galletas, porque de noche no comía. Apenas se había sentado, le dijo:

—La mujer del cabro estaba de nuevo en misa.

—¿Andaba con el chivo?

—No, andaba sola ahora. Aunque estaba cuatro o cinco filas detrás, le vi bien la cara. ¡Como estar viendo a nuestra vecina de Macul!

—¿Y ella la vio?

—Creo que sí, porque había algo como una sonrisa malévola en su cara. Como si estuviese burlándose de la misa y el cura...

—Está prejuizando, mamá.

—¡Te juro que no prejuizo! Le dije a la señora Rosalía que mirase con disimulo. Y como no vio a la mujer rubia, me volví de nuevo y ya no estaba. Alcancé a verla por detrás, mientras caminaba hacia la salida...

En el tiempo, la visión de su madre coincidía con la de Jessie dentro de un bus Catedral. Indudablemente se había confundido. Pero tampoco comprendía la presencia de Jessie en el templo. ¿Habría ido con la esperanza de encontrarlo? Pero algo así no tenía pies ni cabeza. Casi la llamó desde el teléfono público del edificio, cuando se retiraba de la casa de su madre. Pero Messina podía enterarse. Si ella quería comunicarle algo, sabría arreglársela. La cabeza le hervía de nuevo. Nadie lo había llamado durante la tarde. Comió con escaso apetito, escuchando uno de los diarios comidillos de Bernarda, o a sus hijos menores, siempre pródigos en temas. Durmió mal: sueños que luego no recordó, inquietantes, se reiteraron durante la noche, impidiéndole descansar. Se levantó ese viernes antes que el despertador sonase, se dio una larga ducha, y partió a su oficina. Intentaba concentrarse en su trabajo, esperando con una cierta angustia las noticias de Werner o Andueza, cuando sonó su teléfono. Levantó el aparato con una calma artificial, y la voz de Romilia lo volvió al presente:

—¿Cómo le fue con Lane? A veces se olvida que espera visitas, y sale a dar largas vueltas por el barrio. ¡Qué bueno! Ayer estuvimos haciendo recuerdos suyos con Jessie. Lo estima mucho, lo encuentra muy inteligente.

—¿Sí? ¿Dónde estuvo con ella?

—Me acompañó a la población Los Cipreses, donde hacemos una labor social muy interesante. Queda unas diez cuadras más abajo de la casa de Tomás, en el mismo barrio.

—¡Qué curioso! Cuando volvía de la casa de Lane, me pareció ver a una persona muy parecida a Jessie en un bus Catedral...

—¿A qué horas fue? Porque Jessie casi nunca va en auto para Los Cipreses ni a otras poblaciones. Piensa que sería como burlarse de la gente. Y se viste además en forma sencilla.

—Fue como a las ocho de la noche... —empezó Eduardo, acometido de una repentina premonición.

—Era ella, entonces. Porque adopta ciertas precauciones para que no la reconozcan. Al marido no le gusta mucho que vaya a esos lugares, aunque no se lo prohíbe. Nos desocupamos cerca de las diez. Por suerte don Daniel tenía una comida con unos japoneses...

Y su madre había visto a Jessie a esa misma hora dentro de la iglesia. Apenas escuchó la despedida de Romilia.

Pero la casi inmediata llamada de Andueza le hizo olvidar su temerosa confusión. Eran las diez de la mañana.

—Estaría todo conforme, señor Guzmán —dijo la voz débil de Andueza, sin mayor énfasis—. Véngase para acá apenas pueda.

Telefoneó a Schilling.

—¡Lo felicito, señor Guzmán! —exclamó Schilling, con frialdad—. Ya es millonario. Pero hay que formalizar la compra: hoy debe quedar todo finiquitado. En cuanto converse con él, véngase para mi oficina. Aquí lo esperaré con el abogado.

Schilling disponía de una buena oficina en pleno centro, donde atendía no solo la venta de pasajes, sino todos sus negocios. Fueron horas de creciente nerviosismo, porque los imprevistos surgen de la nada. Cada vez que asomaba un obstáculo, Eduardo cruzaba los dedos y hacía un extenuante esfuerzo psíquico para derribarlo. Llegó a creer realmente que esa fórmula trajo el éxito, porque a las seis y media todo quedó superado. Se firmaron también los contratos privados con Schilling, garantizando los mutuos cumplimientos. La conciencia de saberse propietario de acciones por un valor de cincuenta millones de dólares le producía una euforia exultante, aunque esta situación fuese pasajera. Solo recuperó algo de serenidad cuando se tomó un whisky con Schilling en su oficina.

—¡Usted será el presidente de la empresa! —le dijo Schilling, mirándolo desde su impenetrable rostro.

A las siete y media, aún encandilado con las emociones vividas, Jessie se abrió paso en su mente mientras se dirigía al metro. El suceso de la tarde anterior se empinó sobre su gran gozo. Jessie había estado en dos partes al mismo tiempo: en la población Los Cipreses, y en la iglesia de Providencia. Su madre acababa de regresar de misa, y parecía improbable que se hubiese equivocado de día. Porque en la vejez la realidad y el tiempo no siempre se sincronizan. También Rosa María podía haber sufrido una alucinación. El solo recuerdo de Jessie lo llenaba de una enorme excitación, ante la cual cualquiera inquietud o temor pasaba a último término. Pero al recordar a su familia y a Bernarda, lo acometió un repentino remordimiento. Amaba a su mujer y a sus hijos, y era feliz con ellos. Bernarda simbolizaba una vida junto a él, apoyándole y dándole seguridad en los momentos de incertidumbre. Jessie llegaba a interferir cuando de alguna manera entraba en tierra derecha. Por precaria que se tornase su situación con el alejamiento de su tío de Impex, de alguna manera se las habría arreglado para salir adelante. Sus compromisos eran menores, porque ya sus hijos estaban grandes y empezaban a ayudar con los gastos. Claro que la aparición de Jessie trajo además la expectativa de un gran cambio material, del comienzo quizá de una nueva vida, a la cual prácticamente había renunciado.

El carro iba más lleno que de costumbre. Muy adelante, cerca del extremo anterior, descubrió la cabellera rubia de una mujer. Y aunque no le veía el rostro, porque le daba la espalda, tuvo la certeza que ella era Jessie. No podía acercarse a través del público que llenaba los pasillos. Habría podido trasladarse por fuera hasta la primera puerta en la siguiente estación. Pero llegar así ante Jessie le parecía indigno, ridículo. Además no dudaba que la mujer ya conocía su presencia en el mismo vagón. Quizá había subido al verlo a él. Puras lucubraciones. ¿Dónde pensaría bajarse? Tal vez en Manuel Montt, dada la especial sicología de la mujer. Estiraba el cuello y se empinaba, con escaso disimulo, para no perder de vista a Jessie. En la estación Baquedano, Eduardo desvió un segundo la mirada, y al buscarla de nuevo, la vio abandonando el tren en medio de varias personas. Se bajó del carro cuando las puertas comenzaban a cerrarse. Jessie pasó frente a él sin mirarlo, y subió rápidamente la escalera. Cruzó Vicuña Mackenna, y bajó por Alameda. Media cuadra más allá entraba en el hotel Crowne Plaza. Solo en el vestíbulo Jessie pareció descubrirlo, y le sonrió.

—Te vi entrar y te seguí —empezó.

Jessie llevaba un vestido lila pálido, y un collar de perlas. ¿Cómo se atrevía a viajar en metro con esas joyas?

—Vine a ver a una persona que se aloja aquí —explicó ella—. Le están avisando que llegué.

—Pensé que habríamos podido estar un rato juntos.

—Sube conmigo. No creo que esta reunión dure mucho rato.

Un botones acudió:

—Señora Messina, la esperan en el apartamento 909.

El ascensor llevaba otras personas, y Jessie se sumergió en uno de sus particulares mutismos.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó, cuando bajaron en el noveno piso.

—Se llama Julio Juárez. Pertenece a una organización internacional —replicó, escuetamente—. Está de paso por Chile, y me trajo un mensaje.

El hombre, de cierta edad y rostro bien proporcionado, irradiaba educación y buenos modales. El diálogo se redujo a frases de buena crianza, en medio de una leve tensión que Eduardo atribuyó a su presencia.

—Voy a buscar tu encargo, Jessie. Es una simple carta. —Juárez desapareció en el dormitorio, y de inmediato volvió con un sobre amarillo, perfectamente cerrado. Jessie lo examinó por todos lados, pensativa—. ¿Quieres abrirlo? No vaya a ser que falte algo... Desgraciadamente, no tengo cortapapeles.

—No es necesario —replicó Jessie.

Rasgó el sobre por su extremo y leyó calmosa, con su rostro opaco a toda emoción.

—No te quito más tiempo. ¿Hasta cuándo piensas quedarte?

—Parto mañana temprano.

Y cuando bajaban:

—Tengo que ir un poco lejos, porque el mensaje que recibí debo entregárselo ahora mismo a una persona. Queda más allá de Estación Central, en una calle bastante retirada.

—Te acompaño —se ofreció él, de inmediato.

—Tomemos un taxi, eso sí.

Dentro del taxi Eduardo quiso abrazarla, pero ella lo rechazó con suavidad. La actitud de Jessie comenzaba a irritarlo, porque su proximidad, junto con actuar como un sedante sobre su organismo, lo excitaba paralelamente.

—Conocí a Werner Schilling, por intermedio de Vladimir Ojeda.

—También fuiste a ver al cura Tomás Lane.

—Estás bien informada, veo. Hicimos un muy buen negocio con Schilling. ¿Lo sabías, también?

—No. Lo de Lane lo supe por Romilia. ¡Me alegro que hagas buenos negocios!

—Como el de Jorge Talavera. —La actitud de Jessie lo obligaba a plantear temas que quizá hubiese sido preferible evitar, o al menos, dejar para más adelante.

En su impermeabilidad para enfrentar cualquiera situación, Jessie recordaba especialmente a Lila. Como si estuviese preparada para todo, por imprevisto o comprometedor que fuese.

—Así que también sabías eso —comentó, riendo.

—Por un amigo de mi tío Nataniel, cuñado de Talavera.

—Ahora sabes que estuve antes en Santiago.

—Y que entonces conociste a Schilling. ¿Cuánto tiempo viviste aquí?

—Un año, solamente. Conocí a Werner porque me dieron su nombre como comprador y vendedor de dólares. Había hecho negocios en el Medio Oriente, y cuando pasaba a verlo, conversábamos sobre esos países...

Su versión coincidía en todo con la de Gutiérrez.

—Jorge se suicidó. Nadie lo mató ni lo mandó matar. Se aterrorizó cuando supo que harían una investigación sobre sus gestiones en Teherán.

—Pero además estaba celoso contigo.

—Es posible. Pero yo nunca lo amé.

—Pero lo utilizaste.

—Recibió mucho de mí —replicó ella, calmosa—. Recibió lo que quería. ¡Las mujeres manipulamos el amor...!

—Fuiste su amante, ¿verdad? —Los celos distorsionaron su voz.

—¿Por qué te enojas? —rio ella—. Es difícil que la relación entre un hombre y una mujer no termine en la cama, ¿no lo crees así?

—Si así lo piensas... —No disimuló un gran abatimiento.

Jessie le tomó la mano, y entrecruzó sus fríos dedos con él.

—Pero mi relación contigo es muy diferente.

—Me buscaste igual que a Talavera. Lo único distinto es que no intervino

Schilling.

—¡Quiere decir que estás bastante ciego! O tal vez ofuscado. Yo no le doy importancia a la relación física. Pero a la del espíritu sí, y mucha.

—Quizá de donde vienes sea así. Aquí es diferente. Y tú lo sabes.

—¡Por supuesto que es igual! ¿O no hay mujeres que se acuestan con los hombres por dinero en tu mundo? ¿O por conseguir ciertos favores? ¿O porque simplemente les viene un entusiasmo pasajero? Tú lo ves todo desde el punto de vista religioso, y yo no. En eso somos diferentes.

—¿Y tampoco te has sentido obligada a guardarle fidelidad a tus maridos?

—¡Tú lo has visto! —rio Jessie, reclinándose sobre su hombro—. A mi primer marido le fui fiel porque me controlaba día y noche. —Recordó la conclusión de Lane sobre el primer esposo de Lila Nazir—. ¡No pude tolerarlo! A mi segundo marido lo quise bastante. Fue bueno conmigo, pero lo asesinaron cuando llevábamos ocho años de casados.

—Tienes una hija, ¿verdad? —La fragancia del frondoso pelo de Jessie en su boca le hizo recuperar la calma.

—De catorce años ahora, y que pronto se viene a vivir conmigo. Está terminando la secundaria en Londres. ¿También te lo contó el amigo de tu tío...? ¡Por favor, creo que nos pasamos! —le dijo al chofer, incorporándose en el asiento—. Es una cuadra más abajo de Pila del Ganso. Y es esa que se quedó atrás...

Cinco cuerdas por una calle mal iluminada, y torcieron a la izquierda. Jessie hizo parar el taxi frente a un edificio de apartamentos de tres pisos, bastante oscuro.

—Espérenos. No demoraremos mucho —le pidió al chofer.

Entraron por un costado del edificio, bajo la luz amarillenta de una ampolleta desnuda. Luego una escalera estrecha, entre muros de cemento sin revocar, hasta el segundo piso, y se internaron por un corredor abierto hacia un patio oscuro. Solo dos ampolletas, una en cada extremo, alumbraban el pasadizo, tétrica expresión de lo inconcluso por falta de recursos. Antes que Jessie llamase en el número 10 escrito con tiza, Eduardo empujó la puerta: se abrió calladamente.

—¡Qué raro! —comentó Jessie.

En la sala de estar totalmente a oscuras subsistía un tenue olor a café. Jessie encendió una ampolleta que iluminó el estrecho recinto, modestamente amoblado, y se dirigió al dormitorio único de la vivienda. La cama hecha, pero el closet vacío. Jessie regresó a la cocina, donde los escasos utensilios seguían en su sitio.

—Como si hubiera tenido que irse rápidamente —comentó Jessie, para sí.

—Salió hace muy poco rato. —Eduardo tocó la tetera—. Tomó un café y partió. ¿Nada puedes decirme de tu amigo?

—Es amigo de Romilia y Vladimir, si eso te dice algo... Es mejor que nos marchemos de aquí. Si huyó es porque le avisaron que venían por él.

—Comprendo perfectamente. Pero es cuestión de diez minutos, no más. — Eduardo usó un tono resuelto.

—¡Eres irresponsable como un niño! —comentó Jessie, dirigiéndose con pausados pasos hacia el dormitorio—. Vas a perdonar eso sí que no me desvista, porque no quiero salir arrancando desnuda. Insisto en que no debíamos quedarnos...

Haciendo caso omiso de su recomendación, Eduardo procedió a desvestirla por completo, sin encontrar resistencia, en medio de la creciente risa de Jessie. Le quitó hasta el reloj. Él hizo otro tanto, ayudado por Jessie, que no dejaba de reír con una voz ahogada. Aunque le hubieran asegurado que aquel sería el último acto de su vida, nada lo habría detenido.

El chofer seguía esperándolos, y ya cerca de Alameda, tres automóviles negros, con las luces apagadas, torcieron a gran velocidad por la calle que acababan de dejar haciendo gemir los neumáticos.

—Esos son de la policía —comentó el chofer—. Deben andar buscando a alguien.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabe? —preguntó Eduardo.

—Porque iban muy rápido, con los faros apagados y contra el tránsito —replicó el hombre, con una risotada.

Eduardo oprimió una mano de Jessie, particularmente helada, aunque no exteriorizaba emoción alguna. A la vista del letrero rojo de la estación del metro, le pidió al chofer que se detuviera. Escasos transeúntes bajo los focos del alumbrado público, que comenzaban a crecer en la oscuridad.

—¿Por qué nos bajamos?

—Para despistar al chofer. —Jessie se encaminó con pasos medidos hacia el acceso del metro—. Seguiré en el metro, y luego tomaré un taxi. Pero es preferible que no nos vayamos juntos.

—Está bien. ¿Quién era el hombre que fuimos a ver?

—Se llama Iván Muñoz. Es todo lo que puedo decirte.

Cruzaban frente a un restaurante pequeño, cuya iluminación discreta y mesitas cubiertas con alegres manteles, atraeron a Eduardo. Jessie miró su reloj.

—A las nueve me voy. Los viernes siempre tenemos compromisos —dijo, mientras se instalaban en un rincón. Pocas mesas ocupadas.

—Es tan difícil conversar a solas contigo. —Acudió una mujer con delantal y toca verde, y Eduardo pidió refrescos para ambos.

—Entre un hombre y una mujer es mejor lo que hacen a lo que conversan —sentenció ella, riendo—. Además que nadie lo dice todo.

—La filosofía no es mi fuerte. Pero quisiera saber qué significa para ti.

—Me gustas, por supuesto. Mucho. —Pareció sincera, ante el evidente halago del hombre—. Pero amo mi libertad por sobre todo. No puedo estar sometida a nadie.

—¿Para qué te has casado, entonces?

—He escogido maridos que me garantizan la libertad. El matrimonio es útil, porque te confiere una cierta apariencia de estabilidad. Te hace respetable frente a los

demás. Y hoy una puede casarse con un hombre dentro de un cierto marco de igualdad, especialmente cuando se posee independencia económica. Por eso estoy casada.

—Es una manera bien personal de enfocar el matrimonio.

—¿Por qué? Las convenciones son menos rígidas ahora. Como nadie las seguía al pie de la letra, la sociedad se puso más tolerante. Los principios inamovibles no existen.

—Por eso el mundo está al borde del caos. Nadie respeta nada, se hacen promesas que no se cumplen, se dice una cosa y se piensa otra, no se respeta la palabra, la fidelidad, nada —exclamó Eduardo, con un cierto tono melodramático.

—Siempre fue así, pero antes nadie quería reconocerlo. La gente se ha puesto más franca ahora. Hoy todos saben que los límites entre el bien y el mal son muy imprecisos. Y aunque antes también se sabía, se prefería negarlo, porque a la gente le encanta engañarse a sí misma. El bien y el mal es como lo real y lo irreal: no se sabe dónde empieza uno ni dónde termina el otro.

—Sabes tanto de estas cosas como Lila Nazir.

Los ojos azules de Jessie lo miraban con serenidad, como lo hacía Lila, pero con una sutil diferencia que no lograba captar.

—Si para ti es más cómodo, digamos que soy Lila Nazir. Como desconoces mi origen, debes aceptar lo que te diga. O lo que te dijo Lila. Es decir, yo sería una mujer que estoy siguiéndote a través del tiempo, con algún propósito desconocido, enigmático. Pero también podría ser por amor, ¿no te parece?

Como Lila, Jessie sabía establecer barreras impenetrables. Ella le tomó una mano, y a pesar de su piel fría, que también le recordaba a Lila, el contacto le produjo un inmediato bienestar.

—La matrona que me trajo al mundo era igual a Lila Nazir. Era una italiana, Atalia Santi, que desapareció después de mi nacimiento sin dejar rastro.

—O sea Lila Nazir te trajo al mundo, te inició en el amor, y está de nuevo junto a ti, es decir, aparece en circunstancias cruciales para la vida de un hombre. Quizá venga a llevarte al más allá.

Hablaba a medias en serio a medias en broma, sin quitarle los ojos. Eduardo se inquietó.

—Pero ¿por qué todo eso?

—El destino humano es así —replicó ella, bebiendo un sorbo—. El hombre ha creado un cúmulo de leyes, reglamentaciones, principios morales, doctrinas religiosas, y todo para darle coherencia a la vida de un ser que de pronto apareció sobre el mundo sin saber quién es, de donde vino, ni para donde va. O sea el hombre lo ha inventado todo, porque nada le consta en realidad, excepto ciertas cosas básicas, como que hay día y noche, que hace frío y calor, que se nace y se muere, que su planeta se encuentra dentro de un Universo infinito, donde todo está en constante mutación. El hombre no puede ser una criatura más desamparada. Y para peor está

consciente de su desamparo. ¡Por eso se ha lanzado a inventar todas esas fábulas!

—Así vistas las cosas, la felicidad no tendría ningún sentido.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo la felicidad depende de la seguridad? Es uno de los elementos que deberían rodearla para garantizar su prolongación. ¡Pero no es indispensable! Por eso hay que vivir los momentos felices, porque a lo mejor nunca se reeditan.

—Pero todo esto es demasiado abstracto. Y el hombre no vive de abstracciones, porque se moriría de hambre.

—¡Por fin has dicho una gran verdad! —rio ella.

—¿Qué proyectos tienes para el porvenir? ¿Me tienes considerado para algo?

—Pienso seguir haciendo cosas. ¡Muchas cosas! Y darte alguna felicidad dentro de mis posibilidades, pero sin que implique una obligación. Hay que sacudirse de las convenciones, porque de lo contrario se sigue recorriendo el mismo camino hasta topar. Los dos somos casados, y no veo por qué tendríamos que separarnos, excepto que se presentasen circunstancias imprevisibles.

—En eso eres diferente a Lila Nazir: ella me aseguraba el placer, siempre sabía a qué horas podía hallarla, no tenía que andarla buscando desesperado, a ciegas, en la práctica.

—Porque era otra etapa de tu vida. En cada etapa las circunstancias son distintas. Eras un niño, sin ningún compromiso, excepto los que te imponían tus padres. Y disponías de tiempo. Ahora no. Tendrás que reconocerlo: no eres el mismo Eduardo Guzmán de la época de Lila Nazir. Por lo demás, ella se fue de tu vida llegado el momento, ¿no? Esa etapa paradisiaca terminó, como todo se termina en esta vida.

—O sea, deberé seguir ateniéndome al azar, para mis encuentros contigo. ¿Eso quieres decirme?

—Todo lo que se hace de acuerdo a un programa previamente trazado, es peligroso. Para personas casadas como nosotros, desde luego. El ideal para ti sería ponerme un apartamento, donde yo te esperase cuando tú quisieras verme. Es el caso de la amante clásica, que no está al alcance de todos. —Rio plenamente—. O que yo fuese separada o viuda y pudiese recibirte en mi casa sin problemas. Como lo hacía tu amiga Nazir.

—Ella era casada.

—Pero le daba lo mismo. Su marido vivía en una silla de ruedas, como un ente, según me dijiste. —No recordaba habérselo contado y se sobresaltó—. Sé que hay mujeres casadas, cuyos amantes las llaman a sus casas, y se ponen de acuerdo para juntarse en tal o cual parte. Todo el mundo lo sabe, en poco tiempo. Y el asunto se convierte en un nuevo matrimonio, bajo la complacencia hasta del marido. Hay formas de bigamia que la sociedad respeta.

—No te conté lo del marido de Lila Nazir. ¿Cómo lo supiste?

—Desconfías de mí, y eso está malo. ¡Tratas de hacerme pilladas! Es cierto que tú no me lo contaste. Me equivoqué. Pero acuérdate que Baruch, mi chivo, me lo regaló

Tomás Lane. Y cuando fui a buscarlo me contó la historia del otro chivo, el de las Nazir. —Miró su reloj—. Es la hora de marcharme.

En la escalera del metro Jessie lo besó rápidamente, y se alejó corriendo, dejándolo en la penumbrosa vereda respirando el aire tibio, alquitranado. Lo acometía un gran desaliento, que relegaba a segundó término el negocio con Andueza. De su diálogo con Jessie un punto le preocupaba especialmente: sus verdaderas actividades. La mujer se las ingeniaba para soslayar el tema. Pero la visita al apartamento de Muñoz y su amistad con Romilia y Vladimir, descritos como políticos activos por Lane, señalaban con cierta claridad sus inquietudes. Ignoraba cuán comprometida se hallaba en ese mundo, y difícilmente podía inferir qué razones la motivaban, exceptuando su particular sentido de la libertad. Tal vez evitaba abrirse con Eduardo, porque lo sabía apegado a los convencionalismos.

Del útero a la tumba. El aforismo podía aplicarse a él: por primera vez lo pensó así. Todas las etapas de su vida se veían encadenadas con una lógica fatal e ineludible. Intentó sacudir los temores que lo acometían desde la ciudad oscurecida, con puntos de luz aquí y allá. Permanecía en el mismo sitio donde lo dejara Jessie, haciendo tiempo antes de bajar al andén para tomar el metro. Poca gente circulaba por las veredas, pero la calle se hacía estrecha para contener tantos buses y automóviles.

Bernarda lo aguardaba despierta, pero acostada, leyendo una revista.

—Todo está saliendo bien, gracias a Dios —respondió a su pregunta—. Espero darte buenas noticias en cualquier momento. Si las cosas se dan como deben darse, la familia Guzmán podría afrontar el futuro sin sobresaltos.

Bernarda le hizo olvidar su confuso panorama mental. Ni siquiera Jessie había sido capaz de enfriar el atractivo que su mujer ejercía sobre él. Porque Bernarda siempre se había preocupado de impedir que sus relaciones se hicieran rutinarias, logrando que su vida fuese una real prolongación de sus primeros años de casados. Las experiencias ganadas en todo ese largo tiempo los había hecho madurar a ambos.

Porque Bernarda simbolizaba la paz cotidiana, el bienestar doméstico, la seguridad familiar, cosas que Jessie por supuesto no podía ofrecerle.

VI

Desde su cara redonda, traviesa, Temo sonreía malicioso. Volvía de comprarle cigarrillos a su madre, cuando se topó con el canillita y sus diarios bajo el brazo. Aún la mañana exhalaba frescura, y un viento débil penetraba entre los árboles, haciendo cambiar las hojas de posición y color.

—Lo vi el otro día en la casa de las argentinas —dijo Temo, en un tonillo de complicidad.

Eduardo se sobresaltó, y miró en torno, temiendo que alguien pudiese estarlos escuchando.

—¡No se te ocurra contárselo a nadie, ni a tu mamá!

—¡Le juro que a nadie se lo he dicho! —La cara pícara de Temo se revistió de seriedad—. Tendría que contarle a la vieja desde dónde miro la casa de las rucias cochinas. ¡Me sacaría el cuero! Pero son muy rebuenas, ¿no? Y usted también se baña en pelotas con ellas. ¿Se las ha tirado?

—¡No me gusta que hables así! —Eduardo endureció la voz, aunque la expresión de Temo le provocó una secreta hilaridad—. Solo soy amigo de ellas.

—¡Pero igual tiran con el cabrón! Ahora las vi con estos ojitos. Nadie me lo contó.

Eduardo se alteró visiblemente.

—¡No me vengas con mentiras a mí!

—¿Para qué iba a mentirle? ¡Le juro por Dios que es cierto! Ayer por la mañana salté la muralla de los viejitos, porque nadie venía. Las dos estaban al lado de la piscina, en pelotas, y el cabrón balaba y les pasaba la lengua. Entonces la chiquilla se puso a buscar un cinco en el pasto, y el chivo la montó. ¡Viera como balaba el bruto! «¡Ten cuidado, Azazel! Anda despacio. ¡No te apures! Ella está comenzando recién...», le decía la mamá.

—¡No te creo nada de lo que dices! —barbotó Eduardo, turbado, sintiendo arder sus mejillas.

—¡Si quiere me cree, pero así como le cuento fue! Y cuando el cabrón acabó, la señora se puso también en cuatro patas, y casi al tiro^[12] se la montó, mientras la hija se lanzaba a la piscina, para refrescarse... Lo vi todo clarito, como lo estoy viendo a usted... ¡Son muy recochinas esas mujeres! Tienen el diablo adentro. Se cagan detrás de la casa del fondo, y el cabrón las limpia con la lengua. Así le contó la empleada que se fue a mi mamita, porque las pilló una vez. ¡Por eso la echaron!

—¡Eres un mentiroso! —Pero volvió a ver los excrementos del pasaje, y la sangre se agolpó en su cara—. Deberías tener cuidado con las cosas que cuentas, porque puede irte muy mal. ¡Ah! Te vieron mirando desde el manzano... ¡No vayas a llevarte una sorpresa!

—Sí, la hija me pilló. Pero creí que no me había reconocido...

—Te vio muy bien.

—¿En serio? —Pareció de veras asustado—. No voy a meterme más de día, entonces. También se bañan de noche, ¿sabía usted? —Algo le había contado Melissa al pasar—. Ayer por poco me dejo caer sobre un paco^[13], que pasaba por la calle.

Aunque intentaba rechazar la historia de Temo, le constaba la particular familiaridad de las mujeres con el chivo, que lo trataban como a una persona. Y Lila había defendido las relaciones carnales con animales, citando casos de la mitología. Y estaban las inmundicias detrás de la cabaña de herramientas. Aunque mitómano, Temo le había contado verdades, la primera de todas que Lila y Melissa se bañaban desnudas. Eso solo habría constituido para sus padres la máxima perversión. «¡Ay del que escandalice a un niño!», decía su madre para prevenirlos contra los depravados que acechaban a la salida de los colegios. Pero él había aceptado con naturalidad las singulares costumbres de las Nazir.

Mujeres cochinas. Aunque le disgustase admitirlo, las Nazir eran inmorales y absolutamente impúdicas. Y las ideas de Lila sobre el cuerpo y el espíritu parecían inventadas solamente para justificar su conducta. También a él le resultaban cómodas, porque lo dispensaban de todo cuanto hasta el momento de conocer a Lila y Melissa pertenecía al mundo de los pecados mortales. Aunque en el colegio continuaban las misas, confesiones y comuniones, interrumpió sus prácticas religiosas desde que comenzara a meterse en la casa del lado. Pero a su madre, que nunca se olvidaba de controlar la vida espiritual de sus hijos, simplemente le mintió.

Lila, con la bata puesta, y Melissa, en su total y candorosa desnudez, lo saludaron apenas Eduardo surgió tras los matorrales del fondo. Azazel baló tres veces, y luego volvió a dormitar. Al pasar junto al chivo lo miró, recordando las palabras de Temo, y al verlo allí, con los ojos cerrados, por completo inmóvil, lo acometió un vago temor. Había transcurrido una semana desde que iniciara a Melissa en el amor, y durante todo ese tiempo vivió en medio de una verdadera euforia. A veces en la casa de las herramientas, o sobre el pasto junto a la pileta, mientras Lila chapaleaba, se asoleaba o leía un libro o una revista, desentendiéndose de ellos. Antes que Eduardo terminara de desnudarse, ya Melissa estaba acariciándolo, y le quitaba las últimas prendas. Y una vez, al revolcarse en el césped, fueron a estrellarse contra Lila, y esta le dio al muchacho una sonora palmada en el trasero, mientras reía a más y mejor. Eduardo prefería la casa del fondo, para no provocar a Lila. Pero Melissa gozaba exhibiéndose delante de su madre, y Lila la miraba con una sonrisa cargada de comprensión y ternura, como si disfrutase de los inocentes juegos de su pequeña.

—Ustedes están viviendo en el paraíso —les había dicho esa tarde en que chocaron con ella—. Viven en contacto con la naturaleza, haciéndose el amor con naturalidad, como los silfos y las ninfas antiguas. ¡Los envidio, realmente! Tienes que dedicarme un momento a mí, también, Eduardo. ¡Me tienes muy abandonada!

—¡Tú puedes buscarte otros hombres! En cambio yo no... —protestó Melissa,

incorporándose.

—¿Qué te metes tú? ¡Habrase visto! También me gustan los jóvenes. Y especialmente Eduardo. ¡No lo cambiaría por ningún viejo! Y es mi gran amor. Así que tienes que hacer lo de la lagartija, Eduardo: la mamá y la hija. —Y terminó la frase con una carcajada.

Recordaba muy bien a la mujer con el cura, y sin embargo, después de las agotadoras jornadas junto a Melissa, el placer meditado, consciente, donde nada se dejaba al azar, le hacía añorar la experiencia superior de Lila.

Pero ahora, al verlas allí aguardándolo, anhelante Melissa, presta a saltar sobre él para destrozarlo sobre el pasto, y Lila, con su mirada profunda, cargada con los deseos de complacerlo y hacerlo gozar, las escenas descritas por Temo acudían como algo especialmente asqueroso. Y parecían tan normales, limpias y fragantes, que quizá el canillita había exagerado, malinterpretando un simple juego de las mujeres con el cabro. Comúnmente la gente del pueblo procede así, pensó, recordando las historias que contaban las empleadas de su casa y los plomeros, electricistas o carpinteros cuando iban a hacer algún trabajo. Instintivamente miró el manzano, temeroso de sorprender entre sus ramas a Temo, y Melissa evidentemente captó su gesto, porque también dirigió los ojos al mismo sitio, esbozando una sonrisa maligna. Melissa comenzó a desvestirlo, pero Eduardo, tomándola de un brazo, la arrastró a la cabaña, en medio de la hilaridad de Lila. Azazel no los siguió. Y cuando guiado por un presentimiento, Eduardo se asomó al exterior, dejando a Melissa en completa lasitud sobre el camastro, se encontró con lo que su mente se negaba a aceptar. Se quedó en el umbral, con sus piernas a punto de doblarse. Al lado de la pileta Azazel cabalgaba a Lila, moviéndose con su ritmo animal, vuelto hacia él sus cuartos traseros. Desde el ciprés, las tres tórtolas contemplaban la escena. Regresó temblando donde Melissa, y al verla allí desnuda, esperándolo sobre la cubrecama, lo acometió un enorme asco. Notando su rostro descompuesto, Melissa intentó abrazarlo. Pero él la rechazó con violencia.

—¡No quiero nada contigo! Anda a meterte con tu chivo. ¡Cochina! Porque también lo haces tú. No vengas a hacerte la tonta. ¡Te vieron! Asquerosa...

Escupió en el suelo, y Melissa, intensamente pálida, volvió a sentarse en la cama. Y de pronto rompió a llorar, mientras Eduardo se colocaba rápidamente los pantalones. La muchacha salió corriendo de la casa. Lila acudió a su encuentro, atándose el cordón de su bata, mientras Azazel rompía a balar. Temeroso, Eduardo se dirigió al agujero en el muro. El rumor de las pezuñas del animal se aproximó veloz. Creyó oír a Lila llamando al cabro, mientras gateando, enredándose entre las zarzas, cruzaba al otro lado. Terminó de vestirse y echándose sobre las malezas, donde acostumbraba a leer, se puso a llorar como un niño. No tardó en quedarse dormido con un sueño pesado, bajo el calor espeso de la tarde, que colmaba el espacio como un líquido untuoso. Los cuerpos desnudos de Lila y Melissa se alternaban con los amenazantes cuernos de Azazel, que balaba enfurecido, a punto de pillarlo. Despertó

pasadas las cinco, y fue a tomar té. Sus hermanos se sorprendieron de verlo tan temprano, porque nunca llegaba antes de las seis.

El resto de la tarde la vivió en medio de una honda depresión. A cada rato debía controlar los sollozos, porque temía que sus hermanos lo sorprendiesen. Paseó por el fondo del patio, aunque sin aproximarse a la pasada secreta. La haría bloquear. Diría que casualmente había descubierto ese hueco, tal vez por años allí, y desconocido para los propios vecinos. Dándole vueltas a estas y otras ideas, y a la hermosa imagen de Melissa sobre el camastro, demudada ante sus insultos, llegó la hora de la comida. Lo calmó un tanto la cotidiana conversación de sus padres, y decidió aguardar una mejor oportunidad para plantear el asunto del pasaje oculto. Porque temía que Azazel irrumpiese en la quinta para clavarle sus afilados cuernos. ¿Se atreverían las Nazir a algo así? Tal vez no, porque se pondrían al descubierto, y a Lila le preocupaba su privacidad y el «qué dirán», pero solamente del vecindario desconocido. Porque todo cuanto se decía de Lila y su hija, según Rosa María, eran solo rumores, ninguno confirmado, ni siquiera la verdadera naturaleza de las relaciones de la mujer con el cura.

Únicamente Eduardo conocía la verdad, pero jamás se la comunicaría a nadie. Moriría con su secreto. Y como debería confesar sus pecados, buscaría alguna remota iglesia con curas desconocidos.

Poco le aprovechó la lectura nocturna en su desvelo. Los sucesos de la tarde irrumpían al menor descuido en la trama novelesca de *Viaje al Centro de la Tierra*, y se sobresaltaba con cualquier ruido procedente del patio que entraba por la ventana abierta. Una débil detonación atravesó la noche calurosa. Y también unos balidos lejanos. Solo podía ser Azazel, aunque jamás antes había escuchado al chivo desde su casa. Varios perros reaccionaron ante el disparo, y la noche se llenó de ladridos premonitorios. Eduardo recordó el rifle de salón de Melissa, porque ese disparo provenía de la casa de las Nazir. No le cupo duda. Paulatinamente regresó la quietud, aunque un perro nuevo, tal vez, no quería callar. Eran las once de la noche. Se vistió en silencio, y bajó la escalera en punta de pies. Tanto sus padres como sus hermanos y la vieja empleada raramente despertaban de noche, ni aun con los mayores ruidos. Pronto caminaba en medio de la oscuridad hacia el extremo del patio. Ante un eventual encuentro con Azazel, se proveyó de un sólido palo utilizado por sus hermanos como garrocha. Hasta deseó enfrentarse con el chivo para romperle la vara sobre sus lomos, imaginando con fruición cómo el animalejo huiría balando de dolor. Pero a pesar de sus valerosos arrestos, se detuvo más o menos a mitad de camino, y allí se quedó escuchando. Tras unos segundos de esperar sin oír nada sospechoso, regresó. Detrás de la casa un halo blanco anunciaba la salida de la luna en menguante. Excitado pensó que, dado el profundo sueño de la gente de su casa, nada le habría impedido visitar a las Nazir de noche.

Su madre trajo la noticia de la muerte de Temo a eso de las once de la mañana, cuando Eduardo se aprestaba a partir donde unos primos que vivían en República. Lo había sabido en el almacén de unos españoles, porque a la mamá le gustaba hacer las compras de la casa, dejándole a la empleada solamente la tarea de ir temprano por el pan.

—Al pobre lo encontraron dentro de un sitio vacío, que hay a unas cuatro cuadras de aquí, pasada Avenida Grecia. Tenía una bala en medio de la frente.

—Pero ¿quién pudo matarlo? —exclamó Eduardo, mientras una atroz ocurrencia se abría paso en su mente. El disparo de la pasada noche aún resonaba en sus oídos.

—Piensan que puede haber sido una bala loca. ¡No creo que nadie hubiese querido matar a ese pobre niño! Nunca faltan los irresponsables, que hacen disparos solamente por molestar. A la pobre mujer del puesto de diarios tuvieron que llevarla a la posta, con un ataque histérico.

—A lo mejor lo pillaron robando en alguna casa —comentó Rafael, su hermano segundo—. Alguien me dijo que se metía en los sitios a sacar fruta.

—Pero lo encontraron en un lugar abierto, no dentro de una casa —dijo la mamá, escéptica—. Ya están investigando, y supongo que encontrarán al culpable.

El hecho que Temo hubiese sido hallado relativamente lejos de allí, echaba por tierra su primera ocurrencia. Difícilmente las Nazir habrían podido pasar al sitio del lado a recoger el cadáver, y acarrearlo luego todas esas cuadras para disimular el crimen. Aunque creía capaz a Melissa de dispararle a una persona, y especialmente a Temo, después que lo sorprendiese fisgando, lo demás carecía de asidero. Las Nazir habrían corrido riesgos excesivos, y con el agravante de la presencia de una empleada nueva en la casa. Rechazó así la tétrica escena de Lila y Melissa, como brujas durante un ritual satánico, rescatando el pequeño cadáver de Temo para conducirlo a un lugar apartado. Y todo esto desnudas...

Tales raciocinios contribuyeron a aplacar sus dudas. Rechazó la tentación de ir donde los carabineros para dar cuenta del disparo oído la noche anterior, y que en la casa de las Nazir había un rifle de salón, porque aparte del riesgo de inculpar a inocentes, quedaría en descubierto ante sus padres. Más que nunca debía olvidarse definitivamente de las Nazir. El pobre Temo se las había buscado, porque se metía en otras casas, según él mismo le contara. Tal vez no quisieron matarlo, sino asustarlo simplemente. Porque la teoría de la bala loca, expuesta por su madre, le parecía la menos verosímil de todas.

Para evitar tentaciones, esa tarde partió a la casa de sus primos, y solo regresó al anochecer. Se sentía liberado de su vida pasada, y con la conciencia tranquila. Al día siguiente iría a una parroquia de Recoleta, donde acudiese el año anterior a una misa de difuntos, y confesaría sus culpas. Así recuperaría la paz definitivamente.

Su padre abordó la muerte de Temo durante la comida. Había conversado con los carabineros que estuvieron recorriendo el barrio, y supo que la bala era calibre 22.

—¿Y eso qué? —preguntó la mamá.

—Es una bala muy pequeña, que se usa en los revólveres matagatos, como los llaman, y en los rifles de salón...

De nuevo el horror alteró la imaginación de Eduardo.

—¿Van a registrar todo el vecindario? —preguntó, trémulo.

—Tendría que haber una denuncia concreta. Y cualquiera que hubiese cometido ese crimen, ya se habría deshecho del arma. Y si la tuviese inscrita, podría alegar que se la robaron. ¡Es muy raro esto! El cuerpo tiene magulladuras y un brazo roto, como si lo hubiesen arrastrado...

La imagen de Temo precipitándose desde la copa del manzano a través de las ramas, mortalmente herido, cruzó fugaz por su mente. Pero ¿quién lo había trasladado tan lejos?

—Aunque no le han hecho la autopsia, los carabineros piensan que Temo murió anoche —prosiguió el padre, pensativo—. Es posible que viva algún descentrado por los alrededores. ¡No se les ocurra asomarse a los muros divisorios...!

—Mientras menos se metan con la gente de este barrio maldito, mejor —sentenció su madre, lapidaria.

—¿Y qué andaban haciendo los carabineros por aquí, cuando Temo apareció tan lejos? —indagó Eduardo.

—Porque una o dos personas dijeron que habían oído un disparo anoche. Y andaban averiguando...

Prefirió callarse.

Dormía a ratos, y despertaba con el cuerpo ardiendo. Volvía a cerrar los ojos, pero el sueño no llegaba. El canto del chuncho^[14], junto a su ventana, lo sobresaltó. La cabeza de Temo, perforada por la bala del rifle de Melissa, rasmillándose con las ramas y la corteza del añoso árbol, rompiéndose un brazo al caer ya muerto sobre la tierra... No. No podía ser así. Comenzó a quedarse dormido pasada la medianoche, cuando por su ventana abierta las hojas de los nogales se veían levemente alumbradas por la luna, que ya estaba alta. La casa crujió, y su cama fue acometida por un suave vaivén. Inmóvil, esperó que el temblor terminase.

—¡Jesús, Eduardo! Está temblando —exclamó la voz entrecortada de su madre.

Pero el sismo se desvaneció, arrancándole un crujido final a la casa. Al parecer, los niños ni la empleada de nada se enteraron. Pero los perros rompieron a ladrar, inquietos sin duda por el temblor, aunque también saludaban a la luna. Desvelado, se asomó a la ventana. El patio reposaba bajo la luz del astro nocturno, ya bastante arriba en el cielo, pero oculto por el techo de la casa. La figura blanca surgió pausadamente de las sombras, como la imagen de un sueño, y se paró en el claro que separaba la casa de los nogales. La claridad lunar trazaba con nitidez el borde de la techumbre, y metros más allá el límite de la oscuridad proyectada por los árboles. Se sintió fascinado por una mezcla de terror y encantamiento: Lila Nazir, desnuda como tantas veces la viera junto a la pileta, permanecía en el claro iluminado mirando hacia su ventana. Su abundante cabellera, que le caía sobre los hombros mórbidos, fulgía

tenue. Instintivamente se echó atrás, para huir de la visión. Un segundo después volvió a asomarse: con la inmovilidad de una hermosa estatua, los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo, allí estaba Lila con sus ojos fijos en él. El terror a que alguien despertara, y la descubriera allí, lo hizo actuar. Debía bajar al patio, y afrontar a la mujer. Se santiguó, y poniéndose las alpargatas bajó la escalera. Todos dormían profundamente, como si el temblor les hubiese estimulado el sueño.

Al salir al aire libre Lila dio media vuelta, y silenciosamente se sumergió bajo la sombra de los nogales. Pero aguardó a que Eduardo se acercase junto al tronco de un árbol. Despavorido, Eduardo descubrió dos brasas fijas en él: Azazel acechaba desde la oscuridad, cerca de la mujer. El olor a chivo llegó a su olfato como una bocanada premonitoria, junto con el grato perfume de Lila. Ella alargó una mano para tocarlo, pero Eduardo retrocedió un paso. Recuperado de la impresión, lo invadió una súbita ira al recordar sus desazones, mezclada con la excitación que la presencia de la mujer siempre le producía.

—¡Ándate de aquí ahora mismo, o te juro que grito! —Desde las sombras saltó el balido del chivo.

—¡Cállate, Azazel! —ordenó Lila, en un susurro—. No seas niño. He venido a verte, y me recibes así. ¿Qué te pasa con nosotras? ¿Ya te aburriste?

Apoyó una mano en la añosa corteza, el rostro rodeado de un nimbo sobrenatural en medio de la semioscuridad reinante, porque un delgado rayo de luna que atravesó el follaje iluminó su frondoso pelo. Dominado por una creciente debilidad, hizo un gran esfuerzo para afirmar la voz:

—Ya te dije: ándate al tiro. No quiero saber nada más de ti ni de tu hija...

—Eres muy injusto con Melissa. La pobre sufrió una crisis de nervios y tuve que llevarla a la posta.

—¿Cuándo? —La noticia lo desarmó un tanto.

—Anoche. No pudo acompañarme la Meche, porque María me pidió permiso para alojarse fuera, y no podía dejar solo a Gerson.

¿Se relacionaría de alguna manera el ataque de Melissa con el disparo y la muerte de Temo? Y la nueva empleada no estaba allí.

—¡Fuiste muy duro con ella! —Se separó del árbol, y le puso las manos en los hombros. Lo envolvió la tibieza del cuerpo de Lila, y su enervante perfume. Los grandes pechos de la mujer, que avanzaban en la penumbra, ejercían el efecto de un imán sobre el muchacho. Pero dejándose de nuevo poseer por la ira, se desprendió de las manos de Lila, y volvió a retroceder.

Los ojos de Azazel fulgieron peligrosamente.

—¿Supiste que Temo, el canillita, recibió un disparo en la frente? ¿De un rifle de salón, como el de Melissa? —No podía seguir guardando tanto veneno.

—¿Crees que mi hija le disparó? Realmente, Eduardo, estás loco. —Lila volvió al tronco, y su respiración se aceleró—. ¿No sabes que ese chico apareció lejos de nuestra casa? Además el rifle se lo regalé al gerente de mi banco al día siguiente que

Melissa lo usó en tu presencia. ¡Pensé que era peligroso en sus manos!

—No he dicho que ella le haya disparado a Temo. —Acudió a un tono contemporizador, en vista de las calmosas palabras de Lila. No hallándose el arma en su poder, cualquier acusación perdería toda eficacia—. Por lo demás, eso no importa. ¡No quiero verlas más! Para eso tienes al cura y a ese chivo, que también le gusta a Melissa. ¡Me dan asco! ¿Entiendes? Me pondría a vomitar aquí mismo antes de volver a estar contigo o tu hija. —Alzó peligrosamente la voz, arrancando un resoplido de Azazel—. ¡Ándate! ¡Ya, te fuiste...!

—Está bien —replicó ella, con una cierta resignación—. No grites, porque puede acudir tu familia, y me verían en esta facha dentro de tu casa. ¿Cómo se lo explicarías? ¿Qué me he extraviado de camino? No es bueno para ti despreciar mi amor y el de Melissa. Cometes un grave error. ¡Te dejas dominar por tus prejuicios! Porque yo te amo de veras. —Una repentina pasión encendió su voz—. Te he esperado tantos años... Pero no importa. Volveré a buscarte cuando hayas madurado un poco.

Sacó algo de entre unas ramas, se quitó las sandalias con breves movimientos de sus pies, y procedió a colocarse con rapidez un buzo negro de gimnasia.

—Eres muy tonto, Eduardo. Cualquier hombre en sus cabales daría la mitad de su vida por tenerme de amante. De una amante que no pide nada, además. Y que todavía te ha entregado a su hija virgen. ¡Nadie lo creería...!

Se subió el cierre, volvió a calzarse las chalas, y avanzó hacia Eduardo. El muchacho dio dos pasos atrás, y quedó bajo la luz de la luna.

—¿No me darás siquiera un beso de despedida? —preguntó, apenada.

—¡Adiós! No puedo perder más el tiempo.

—Está bien. Para que veas que no te guardo rencor, voy a enviarte un recuerdo. Y no lo olvides, ¡nunca podrás sacarme de tu mente!

—¡Cualquier cosa que me mandes te la tiraré por encima del muro!

Y se metió rápidamente en su casa. Mañana mismo se preocuparía de hacer bloquear el pasaje. ¿Habría provocado él la crisis de Melissa, cuando la apostrofó dentro de la cabaña? Porque nunca había visto a la muchacha con el chivo. Actuó contra Melissa por reflejo al ver a Lila, y también por el testimonio de Temo. Mujeres cochinas. Otra vez oyó las palabras del diarero. Porque Lila no adoptó ninguna precaución para evitar que Eduardo se enterase de sus bestiales inclinaciones. Seguramente quería obligarlo a que la aceptase con todos sus vicios. La bestia... Recordó a su profesor de religión, cuando ponía especial énfasis para designar al Anticristo con el nombre de la Bestia. Había cometido horribles pecados, los peores, sin duda. Ciertamente, Lila lo había inducido, alentándolo y hasta forzándolo a realizar determinados actos que jamás había soñado siquiera. Pero aun así se sentía culpable, mientras se revolvía inquieto entre las sábanas calientes. Un hondo arrepentimiento, que surgía de sí como una totalidad, le produjo un cierto bienestar. Se puso a rezar hasta que se quedó dormido.

Abrió un ojo, y la superficie de su velador con una lámpara de porcelana, cubierta por una pantalla de seda, se extendió a nivel de su mirada. Pero sobre la madera barnizada había algo más: un angosto estuche forrado en terciopelo negro. Su somnolencia se desvaneció veloz. Dentro de la caja encontró un fino reloj de oro, con pulsera del mismo metal, que marcaba las ocho de la mañana. ¿Sería un regalo de sus padres? Pero faltaban meses para su cumpleaños o su santo, las fechas en que podía esperar algún obsequio. Y entonces descubrió una tarjetita blanca, rectangular, en el fondo del estuche. «Con todo mi amor». Estas palabras, escritas con pluma, solo podían ser de Lila, aunque no conocía su letra. Pero ¿cómo había llegado hasta allí ese reloj? ¿Lo habrían enviado dejar y alguien, la misma empleada, tal vez, tuvo la ocurrencia de ponérselo sobre el velador? A esa hora únicamente ella se encontraba de pie. Rápido se levantó, pero escondió bien el reloj. Cuando Estela le servía el desayuno, le preguntó en un tono descuidado, en vista que ella nada le dijo:

—¿Vino alguien en la mañana?

—Nadie, Eduardito. ¿Esperaba visitas?

—No, no, pero me pareció oír el timbre. Debe haber sido un sueño. ¿El papá y la mamá no se han levantado?

—Usted sabe que aquí nadie se levanta antes de las diez. ¿Qué le dio por madrugar hoy día?

—Dormí muy mal y desperté temprano...

Lila había ido a verlo la noche anterior, y pudo llevar el reloj. Pero ¿cómo se lo dejó dentro de su dormitorio? Desde el patio miró su ventana. Al lado bajaba el caño de las aguas lluvias. Una persona ágil y vigorosa tal vez hubiese podido trepar por allí. Lila se preocupaba de su estado físico, porque muchas veces la sorprendió haciendo ejercicios junto a la pileta. Su cuerpo era duro, de carnes apretadas, aunque sus músculos no se notaban. En una ocasión lo alzó en vilo con facilidad. De solo imaginar que Lila en persona le hubiese dejado el reloj mientras dormía lo alteró profundamente. Y de no ser así tendría que atribuirlo a brujería, a un poder particular que esa mujer extraña poseía. Muy nervioso partió hacia Recoleta, antes que su familia se levantara, y tuvo la suerte de encontrar a un confesor. Echó a correr todas las faltas cometidas durante ese mes de enero, próximo a terminar. El cura aprobó su determinación de no regresar donde sus vecinas, y le recomendó que desde ese día se alejase de su casa durante las tardes para evitar tentaciones. Y que se confesara más seguido, mientras pasaba el peligro. A la hora de almuerzo no se abordaron temas desusados, aparte del temblor.

—Papá: descubrí un hueco en el muro del fondo —dijo entonces Eduardo, con resolución—. Lo pillé por casualidad...

Sus palabras produjeron revuelo. Su papá fue personalmente a inspeccionar el pasaje, que Eduardo puso al descubierto apartando las zarzas con un palo.

—Por ahí puede pasar fácilmente una persona —comentó el papá que, en cuclillas, examinaba los ladrillos—. Parece más o menos reciente. ¿Quién vive al otro

lado?

—Esa señora que dice la mamá —dijo Rafael, adelantándose a Eduardo.

—¡Ah, ya! La rubia buena moza... No le veo el objeto a esto, porque fuera de algunos duraznos y damascos, no hay nada que robar. Y la propiedad del otro lado debe ser mejor. Bueno: en todo caso voy a pedirle al maestro Rojas que traiga ladrillos y cemento...

El albañil demoró menos de una hora en tapar la oquedad, bajo la mirada de Eduardo y sus hermanos. Los ladrillos calzaron perfectamente, y pronto al boquete solo lo delineaba la fresca mezcla de cemento. Además Rojas quitó las zarzas, y el lugar quedó a la vista. Imposible mantener la serenidad cuando alguien bloquea el acceso al paraíso. Eduardo sentía una enorme opresión en su pecho. Pero suspiró aliviado, porque el pasaje habría constituido siempre una tentación no solo para él, sino para la propia Lila, como lo demostrase la pasada noche.

Por un momento Eduardo pensó en tirar el reloj al patio de Lila, calculando que fuese a dar cerca de la casa de herramientas. Pero reflexionó que la máquina, aparte de dañarse con el golpe, podía caer en un lugar inaccesible, o fuese hallada por algún maestro o las empleadas y se quedasen con ella. Como Mercedes iba siempre a la panadería alrededor de las cinco de la tarde, la esperó en la esquina próxima a la casa de las Nazir, y le entregó el paquete con el especial encargo de devolvérselo en sus manos a Lila. En el rostro pálido, largo y huesudo de la mujer, se pintó una cierta confusión, pero no hizo preguntas. Así Lila se convencería del hecho que la ruptura era total.

No obstante Eduardo temía encontrarse casualmente con Lila o Melissa durante alguna de sus salidas. Pero dos días después, una tía lo invitó a pasar el resto de enero a su parcela en San José de Maipo, y en febrero, luego de permanecer algunas horas en su casa —dominó un repentino impulso de acercarse al muro del fondo— siguió viaje a Zapallar, donde completó sus vacaciones. Ya no regresaría a Macul, sino a una casa mejor, aunque con menos sitio, en Pedro de Valdivia. Su padre logró salir de sus principales acreedores, y acuciado por Rosa María, dejó la quinta de Ñuñoa cuando recién cumplían un año en ella. El cambio constituyó una sorpresa para Eduardo, porque su tío Nataniel nada le había adelantado.

Pero como a los seis meses de la mudanza, en pleno invierno, Eduardo no pudo resistir la tentación de volver al barrio, aunque con el propósito de evitar a las Nazir. Necesitaba saber si continuaban allí. Apenas salió del colegio en la tarde gris y muy helada, tomó un bus, y durante el viaje se acordó del turco de la paquetería, don Salomón, a quien no conocía, porque ni siquiera pasaba frente a su negocio durante sus salidas. Encontró solo al viejo comerciante, en su pequeño local, con su helada atmósfera turbia de humo de cigarrillos.

—Ando buscando la casa de la familia Nazir —empezó—. Sé que vive en este barrio, pero no tengo la dirección. ¿La conoce usted?

El anciano lo miró tras sus gruesos lentes, inclinando la cabeza como un loro.

—¿La señora Lila Nazir? Se fueron de aquí hace como dos meses. Volvieron a Argentina... La casa está en arriendo ahora. ¿Usted es de la familia?

—¡No, no! ¿Quién podrá saber su nueva dirección?

—¡No lo sé! Tendría que hablar con el dueño de la casa, pero yo no lo conozco. Vaya para allá. A lo mejor se encuentra con algún maestro, porque sé que le están haciendo algunos arreglos.

Le fue difícil controlar la emoción cuando llegó ante la casa roja y llamó a la puerta. Por un instante temió que don Salomón se hubiese equivocado, y la propia Lila o Melissa salieran a recibirlo. Pero después de aguardar un rato apareció un maestro pintor, con un guardapolvo saturado de manchas multicolores, que lo recibió con escaso humor. Nada sabía sobre los anteriores ocupantes. Le dio el nombre del corredor de la propiedad, y Eduardo lo llamó por teléfono desde su casa.

Aparte del hecho que el hombre le confirmó la partida de las Nazir a Argentina, no supo darle otras informaciones.

VII

Nataniel lo llamó el lunes, cerca del mediodía, ya enterado de la compra de las acciones de Umarve. Ardía de curiosidad por conocer como se había generado el negocio, y Eduardo le contó casi todo mientras almorzaban en el club.

—¡Así que eres rico! —exclamó su tío, alzando la copa de vino—. Me alegro, realmente. Piensan que en la operación estoy metido yo. Lo he negado terminantemente, pero no me creen. En todo caso, no me perjudica en absoluto. Mientras más plata creen que uno tiene, más respeto inspira.

Schilling no se había equivocado.

—¿Cree usted que mi papel de palo blanco puede traerme problemas?

—¿Por qué? Nadie puede obligarte a revelar el nombre de tus representados. Esos secretos son comunes en el mundo de los negocios, y siempre se respetan. A ti te vinculan con la derecha, y conmigo, así que cualquier suspicacia nacería muerta. Y como hay constancia que el dinero vino de afuera, nadie puede alegar nada. Umarve es una compañía solvente, prestigiada, con su balance en orden y capital saneado. Da trabajo a miles de personas, y produce buenos ingresos de divisas al país. Debes mantener fuera de esto al señor Schilling, eso sí, porque tiene mala fama. ¡Acuérdate de Talavera! Se le vincula con la izquierda y los países socialistas. Es un riflero internacional, muy hábil para los negocios. ¡Ha ganado millones...!

—Él no ha figurado para nada. Y Andueza no sospecha de quién está detrás.

—¡A Andueza lo único que le importa es recibir su plata! No voy a conocerlo. Me topé con él esta mañana en la bolsa, y me hizo una reverencia hasta el suelo. No es santo de mi devoción. Es de los que quiere todo para él, solamente. No le gusta compartir con nadie. ¡Imagínate como estará ahora con cincuenta millones de dólares contantes y sonantes! Debe creer que estoy metido con pies y manos en la operación. Y no pienso sacarlo de dudas.

Instalados en una mesa del rincón, en el segundo piso, se mantenían bastante aislados dentro del concurrido comedor.

—Hábleme más de Schilling.

—Sé poco de él. Apenas lo conozco de vista, y le encuentro la cara típica del que es capaz de vender a su madre para hacer un negocio. Es importante que te retires del directorio dentro del plazo que te fijaron. No más de dos años, ¿quedó bien estipulado? Porque los barcos pesqueros podrían ser utilizados para algún tipo de contrabando, ¿entiendes? No sabes quién está detrás de los cincuenta millones de dólares, y como conozco los puntos que calza el tal Schilling podría ocurrir que el verdadero financista sea la misma KGB, para darte un ejemplo, o cualquiera empresa del área socialista. Con barcos que salen hasta el límite de las doscientas millas, es fácil hacer contacto con buques y hasta submarinos extranjeros, y sacar o meter

gente, especialistas en actividades poco recomendables, ¿ves? Y si Umarve llegase a aparecer vinculada con algo de naturaleza subversiva, por ejemplo, correrías riesgos. Debes estar con los ojos muy abiertos, para abandonar el barco antes que empiece a hundirse, porque a veces los salvavidas no alcanzan para todos. Como representante del grupo mayoritario de Umarve, no podrías alegar inocencia. Mi asesoría no te costará nada, así que puedes contarme cualquier paso sospechoso que la empresa intente. Lo importante es que asegures tu comisión.

—Pero hasta ahora no he recibido ni un centavo.

—No creo que te hagan trampas, así que la plata será tuya tarde o temprano.

—¿Usted se habría arriesgado, tío? Dígame la verdad.

—¡Por supuesto que sí! No habría vacilado un segundo. En la vida hay que correr riesgos, porque de lo contrario no vale la pena vivir. Y especialmente cuando hay buenas expectativas. Has procedido muy bien, tan bien o mejor que yo. Demostraste resolución, porque hasta ahora te había faltado una oportunidad.

—Así que usted cree que los barcos podrían ser utilizados para actividades políticas, por así decirlo.

—Es muy raro que en una operación de tal magnitud se acuda a alguien como tú, a quien mucho estimo, pero que nunca ha estado relacionado con las grandes negociaciones. Hay muchas personas en Santiago, de gran prestigio comercial y con las mejores vinculaciones en todo los niveles de la vida nacional, especialmente gubernamentales, que habrían podido servir para el caso, que hubieran dado mayores garantías en cuanto a solvencia comercial, y experiencia en los negocios. Y aunque esto no es decisivo ni determinante, muchas veces pesa en los empresarios, especialmente en los ejecutivos de compañías transnacionales. Y te escogen a ti, un modesto jefe de personal de una empresa discreta, no de las más grandes del país. Pero actuaron bien, porque perteneces a una familia conocida, y con buenos antecedentes políticos. ¡Nadie podría acusarte de izquierdista, por ejemplo! Sería fácil establecer tu irreprochable pasado en ese campo. En otros aspectos, y no te ofendas, por favor, eres la persona que alguien escogería si no pudiese actuar a cara descubierta, porque al elegir entre esos gestores de alto vuelo que te mencioné, habrían tenido que dar una mejor comisión, sólidas garantías, y además muchas explicaciones. ¡Esos tipos huelen los negocios poco claros! No les pasan gato por liebre. Pero como te repito, te escogieron bien. O sea, alguien dio un buen informe sobre ti... ¿Entiendes?

Jessie, pensó Eduardo. Pero a su tío no pensaba contarle por ahora que la mujer del templo y la señora de Messina eran una misma persona.

—¿Cómo conociste a Schilling?

—Por intermedio de un antiguo conocido, que me llamó a la casa. Se llama Vladimir Ojeda, y no está metido en el mundo de las grandes empresas...

—¡Con ese nombre, también...! Veo el color rojo en todo esto. ¡Que ninguna de esas personas aparezca vinculada a esta negociación! Eso es importante. ¿Cómo

conociste al tal Vladimir?

También había preparado una respuesta, porque no quería que su tío lo sorprendiese vacilando.

—Trabajamos juntos hace años en el Banco de Chile, antes que usted me llevara a Impex.

—Los mejores negocios llegan de las personas que menos se espera. De esas que uno no habría dado un peso por conocerlas. ¡Me ha pasado más de una vez!

El cable con la confirmación del depósito de un millón y medio de dólares, a nombre de Eduardo Guzmán, en un banco neoyorquino, llegó el martes directamente a su casa. Antes recibió un llamado de Schilling, anunciándoselo. Salió de su oficina disparado, dejando sorprendidos a los dependientes de su sección. Vuelvo luego, alcanzó a decirle a su secretaria. Creyó que el taxi nunca saldría de Alameda. A las once de la mañana el tránsito disminuye, pero ahora se habían acumulado buses, camiones y automóviles en la ancha avenida. Un bus, con un neumático reventado, casi frente a la mole gris de la Biblioteca Nacional, provocaba el embotellamiento. El brumo formaba una cortina ominosa hacia el lado de Plaza Baquedano, y las emanaciones de los tubos de escape impregnaban la atmósfera con un vaho irritante. Pero ya pasado Santa Rosa el taxi pudo acelerar, y pronto subía por Providencia, tomaba por Costanera y, ¡por fin!, se detenía ante su casa. Leyó y releyó el cable, que lo convertía en millonario. Anotó el número de la cuenta, y el nombre y dirección del banco en Nueva York. Vivía un momento que no volvería a repetirse, porque los grandes placeres tardan poco en desvanecerse, lo sabía muy bien. Lo que ahora llenaba tan plenamente su vida, pronto se convertiría en un recuerdo, cuando debiera afrontar nuevos obstáculos, compromisos y responsabilidades, ya insinuados con una brumosa certidumbre.

Guardó el cable con llave en el cajón de su velador, el único lugar seguro de la casa, y regresó a su oficina, porque Bernarda andaba de compras. Pero desde Impex la llamó, y ese día almorzaron juntos a lo grande, en un buen restaurante. Luego le preguntó a su tío como podría asegurarse de si el contenido del cable reflejaba la verdad.

—Tengo que llamar a mi agente en Nueva York por otro asunto, y le pediré que haga esa averiguación. Por esta vez el servicio no te costará nada. —A través del teléfono la risa de su tío se oyó remota—. ¡A los ricos todo le sale gratis!

Schilling le recordó que al día siguiente tendría su primera reunión con el directorio de Umarve.

—Como usted ve, todo está saliendo bien. Tenemos que celebrarlo. Pasado mañana le doy una comida a unos banqueros suizos que están de paso a Buenos Aires. Lo invito.

Antes de las seis, su tío:

—Todo en orden, Eduardo. El depósito está a nombre tuyo, por la cantidad y en la cuenta anotada en el cable. Puedes ordenar los giros por cable o carta. Van a enviarte

un formulario para que lo llenes, y puedas así operar más expeditamente.

Solo ahora Jessie regresó a sus pensamientos. Como fuese, la mujer reactualizaba el mundo mágico y poblado de incertidumbre y sombrías sospechas de Lila Nazir. Y al pensar así, cuando la euforia de su cambio de fortuna teñía todo de optimismo, se impregnaba al mismo tiempo de una sensación de desamparo, de sentirse el blanco de una extraña y eficaz maquinación. Si el espíritu de Lila habitaba en Jessie, esta no quería repetir los errores de aquella con Eduardo. El demonio no lo sabe todo, y muchas veces se equivoca, le había dicho Tomás Lane. Por grande que sea su poder, es vulnerable para los seres humanos. Y aunque la semejanza física de Jessie y Lila se debiese a una coincidencia, la presencia del chivo negro no podía interpretarse así. El cabro con nombre de demonio constituía el eslabón que unía a las dos mujeres a través del tiempo. Un espíritu del mal junto a la madre y la hija. Una infernal trinidad tanto en el caso de Lila y Melissa como en el de Jessie y Tais, conforme al relato de Gutiérrez. Y no se sentía capaz de romper con ella como hiciera con Lila. Apenas la veía o escuchaba su voz sentía crecer su deseo. Recordó que cuando Lila se metió en su casa estuvo a punto de ceder, y solo pudo resistir porque la mujer no insistió, desconcertada quizá ante su firme actitud. O porque se hallaba en terreno ajeno, o porque los últimos acontecimientos la habían debilitado. Y en esa época Eduardo era más fuerte.

En cambio ahora se sentía vulnerable frente a Jessie.

Volvió temprano a su casa, y ahora con la certidumbre de su fortuna, salió a comer con toda su familia. Aunque sus nuevas actividades no le quitarían mucho tiempo, su tío le aconsejó que se retirara de Impex, porque su imagen como accionista de una gran empresa se debilitaría ocupando un cargo subsidiario. Ese día almorzó con el directorio de Umarve, y supo que podrían entregarle una casa ocupada hasta dos semanas atrás por un experto japonés contratado por la empresa para la capacitación técnica del personal. En la tarde el gerente de relaciones públicas lo llevó a conocer la residencia, emplazada en Los Dominicos, en una amplia ladera con alcornoques, ceibas y encinas. Poseía amplios recibidores, una biblioteca donde Eduardo podría por fin guardar sus pertenencias personales, y dormitorios y baños en cantidad suficiente para alojar con comodidad a toda su familia. Rodeada de un césped bien cuidado, la piscina recibía sol desde la mañana hasta la tarde.

—El auto que hay en el garaje lo ocupaba el señor Murishima, y ahora queda a su disposición. El cuidador de la casa es chofer, y su esposa una buena cocinera. La empresa paga la casa con sus gastos de luz, agua potable, gas y mantenimiento del jardín. También asume el sueldo del chofer, y el costo de la bencina que usted gasta diariamente en su coche. La cocinera y la servidumbre que usted quiera contratar, corren por cuenta suya.

Una hora después volvía con Bernarda, que recorrió la casa convencida que se

trataba de una broma de Eduardo.

—Debemos trasladarnos antes que los de Umarve se arrepientan —exclamó, aún incrédula—. ¿Qué haremos con los muebles, ya que aquí hay de todo?

—Arrendemos también amoblada nuestra casa —propuso Eduardo—. Traigamos solamente las cosas que tienen algún significado especial...

Al día siguiente Eduardo fue a la recepción ofrecida por Werner Schilling en la esperanza de encontrarse con Jessie. Bernarda, consciente que las nuevas actividades necesariamente alterarían las costumbres de su marido, no hacía cuestión por sus reuniones fuera, muchas solo para hombres. Jessie ni su marido se dejaron ver, porque el banquero no pudo eludir un compromiso en la embajada alemana, le explicó Schilling. Javier Leyton, un empresario conocido por sus intervenciones en debates económicos de prensa y televisión, invitó a Eduardo —presentado por Schilling como el accionista mayoritario de Umarve— a un cóctel que ofrecería en su casa, el miércoles subsiguiente, al ministro de economía. ¡Hasta qué punto se hallaba atrapado por Jessie! A menos de una semana de su último encuentro, ya desesperaba por verla.

Ese sábado se trasladaron a la nueva casa, y la dicha de su familia alejó de su mente la perturbadora imagen de la mujer. Eran instantes únicos, lo sabía muy bien, porque a la vuelta de pocas semanas, en algunos días quizá, ya habituados a esa vida, podían surgir los primeros problemas. Se preocupó de instruir a Bernarda de cómo proceder en el caso de alguna fatalidad, y aunque su mujer consideraba agoreras esas precauciones, la insistencia de Eduardo la hizo recapacitar de mala gana. Con más de cincuenta años, y aunque de intachables antecedentes cardíacos familiares, su edad lo hacía vulnerable a los infartos. Simples estadísticas, le dijo a Bernarda en un tono festivo.

El lunes acudió a presentar su renuncia a Impex, a ese trabajo que nunca pensó sería capaz de dejar voluntariamente. Solo a su secretaria le contó que le habían ofrecido algo mucho mejor, y cuando esperaba la carta de renuncia para firmarla, lo llamó Romilia Hernández. A las once de la mañana se efectuaría un acto cultural en la parroquia de San Benito, en Vivaceta, al que asistiría Jessie. ¿Le gustaría ir? Como el chofer había vuelto por Bernarda para llevarla de compras, tomó un taxi. La iglesia dominaba una plazuela invadida por la maleza, con algunos perros vagos apareándose o buscando desperdicios, en medio de un barrio melancólico, aplastado por una pobreza sin atenuantes. Pero el viejo templo, aunque con sus muros desconchados, confería al lugar una cierta dignidad. El párroco, un hombre joven, grueso y cordial, recibía entusiasta a los invitados, la mayoría gente muy modesta, en especial mujeres, que tomaban asiento en las cinco filas de sillas alineadas frente al escenario del salón de actos. Buscando a Jessie se encontró con Romilia, que de pronto se materializó junto a él.

—Jessie se va a atrasar un poco. Pero puede conversar con el padre Tomás. Como soy una de las organizadoras, no puedo quedarme quieta.

Sentado en una silla de la primera fila, al parecer reservada para los invitados especiales, el anciano cura conversaba con una mujer muy flaca, con cara triste y mirada tímida. Lane se incorporó al ver a Eduardo, y la mujer se alejó de allí. Ambos se quedaron solos, en la práctica, dentro del vasto y mal iluminado recinto.

—La otra vez me olvidé de plantearle una duda sobre las Nazir. ¿Se acuerda de la muerte de Temo, ese suplementero que repartía el diario en el barrio, hijo de la señora Leonor, la del quiosco?

—¡Por supuesto que sí! Ese muchachito solía ir a mi parroquia, y ahí hizo su primera comunión. Fue bien terrible y extraña su muerte. Y nunca pudo aclararse.

Nada sabía Lane del rifle de Melissa, ni tampoco que esta había sorprendido a Temo fisgando desde el sitio vecino. Le expuso cómo imaginaba que había ocurrido todo.

—De Melissa apenas me acuerdo —dijo Lane—. Tenía solo doce años, y por ciertas cosas que supe no era ninguna inocente. Pero no creo que haya sido capaz de matar a alguien...

—Era tan decidida como su madre. ¡Se lo aseguro! —Prefirió no explayarse sobre su conocimiento de la muchacha, para no caer en infidencias.

—O sea Melissa tuvo que ver a Temo en medio de la oscuridad, y entre las ramas del manzano —comentó el cura, pensativo.

—¡Es cierto! ¡No se me había ocurrido! —Y agregó, desconcertado ante la lucidez del anciano—: Tal vez Melissa oyó un ruido sospechoso, y disparó a bulto. ¡Sabía que Temo se instalaba en el árbol! La bala le dio en la cabeza por mala suerte, entonces. Pero el mayor enigma es como el cuerpo apareció lejos de la casa de las Nazir.

—Sí, sí. —Lane meditó unos instantes, y luego empezó, con gravedad—. Es evidente que Lila Nazir era una mujer endemoniada. Y los endemoniados tienen ciertas fuerzas ocultas, las que ahora se llaman poderes paranormales. Como la posibilidad de ver en la oscuridad, de estar en dos partes al mismo tiempo o bilocación, de leer el pensamiento, de mover objetos con el solo poder de la mente...

—¿También hay gente que puede ver en la oscuridad?

Y además recordó, estremecido, la simultánea aparición de Jessie en la iglesia y en el bus.

—Los nictálopes ven mejor de noche que de día. Y es una condición natural de ciertos animales. También de algunas personas. Pero en el caso de los endemoniados, es una facultad especial. El disparo pudo hacerlo Lila Nazir. Tal vez vio perfectamente a Temo, y le apuntó para darle en la frente. —Y ante el horror de Eduardo—: Lila poseía algunos de estos poderes, aunque trataba de esconderlos. A mi parroquia solía ir un pobre hombre con su mente perturbada. Era inofensivo, aunque muy majadero. Una vez estábamos conversando con Lila dentro de la iglesia, y Mateo se acercó. Tal vez impresionado con la belleza de Lila intentó tocarla, sin ninguna mala intención, a mi juicio. Lila lo encaró furiosa, y ocurrió algo

inverosímil: Mateo apareció como a tres metros de distancia, sin que nadie lo hubiese tocado. Seguía de pie, muy asustado. Dio media vuelta, y se fue corriendo casi, hasta que salió de la iglesia. «Pero ¿cómo hizo usted eso?», le pregunté. «Son fuerzas secretas que tengo. Pero solo las uso de tarde en tarde», me contestó riendo. Y no quiso hablar más del asunto.

—¿Piensa usted que Lila pudo trasladar el cuerpo de Temo hasta ese sitio con el solo poder de su mente?

—Tanto como eso no, porque era una distancia bastante grande, si mal no recuerdo. Pero pudo trasportarlo hasta su patio, y durante la madrugada, cuando no se ve un alma por las calles, lo llevó hasta el lugar donde lo encontraron.

—Lila me contó que esa noche había llevado a Melissa a la posta, porque sufrió un ataque de nervios. Tal vez metió el cuerpo en el auto. Pero ¿por qué no fue a dejarlo más lejos?

—Porque andar con un muerto en el auto es peligroso. Aprovechó el lugar más cercano de su casa para deshacerse de él. El ataque de Melissa debió ser una invención para justificar su salida en auto.

—Además esa noche la empleada nueva no alojó en la casa —comentó Eduardo. Y agregó—: Pero si los hijos de Lilith son demonios, también Melissa pudo tener facultades extraordinarias.

—Pero Lilith es una leyenda, como le dije. Y yo no la acepto. Por eso creo más en la culpabilidad de Lila que de Melissa. ¡Lila no se detenía ante nada!

Lane no había conocido a Melissa, y de ahí que la considerase una muchachita un poco alocada solamente, pensó Eduardo.

—Otra cosa, padre. ¿Sabía que Lila estaba embarazada cuando se fue de Chile?

Lane tragó saliva y miró varias veces de reojos a Eduardo, indeciso.

—Este..., sí, algo supe. —Y con cierta precipitación—: Pero perdió la guagua antes de partir, según mis informes. ¿Quién se lo contó?

—La cajera de la panadería lo comentó con mi mamá. Pero no le habló nada de la pérdida. —Una interesante novedad, sin duda—. ¿Cómo lo supo usted?

—¡Bueno...! A mí me preocupó mucho... Es decir, ¡siempre me interesé por todo lo de esa familia! ¿Ve? —Eduardo conocía el porqué del azoramiento del cura—. La misma Lila me contó lo del embarazo, en ese tono burlón que tenía a veces. ¡Era muy difícil saber cuándo hablaba en serio!

—¿Y de quién podía ser ese hijo, ya que el marido era inválido?

—No es por hablar, pero Lila tenía muchos amigos. ¡Eso decía ella, por lo menos! Cuando se fueron de Chile, conversé con María de los Ángeles, esa empleada nueva que usted nombró. ¡Yo mismo se la llevé a las Nazir! —Eduardo asintió, porque recordaba perfectamente ese momento. Era notable la memoria del viejo sacerdote, aunque los hechos que ahora rememoraba debieron constituir sin duda algo inolvidable en su vida.

Hallándose en su casa, Lila había sufrido una pérdida, y llamó a una matrona que

conocía. La atendieron en su propio dormitorio y su marido escuchó parte de la conversación entre ambas mujeres. Cuando estuvieron a solas, Gerson David increpó duramente a Lila. Todo esto lo había sabido Lane por María de los Ángeles.

—Porque a Lila no le importaba ventilar sus asuntos íntimos delante de la servidumbre. ¡No conocía el pudor! Puedo asegurárselo. —Eduardo ni siquiera intentó desmentirlo.

Con su acostumbrada habilidad y rapidez para fraguar embustes, Lila convenció a Gerson David respecto a que el problema era de Melissa. Una semana antes, David había recibido una llamada anónima acusando a Melissa de asistir a casas de citas, y se tragó la añagaza de su mujer. La muchacha a su vez no puso objeciones para hacerle el juego a su madre, e incluso fingió andar indispuesta durante un mes para darle veracidad a la farsa. La historia de Lane coincidía con la que supiera Eduardo a través de su madre, en cuanto a Melissa, y se la expuso al cura.

—Esa parte no la sabía. —Se refería al hallazgo del feto—. Echar los restos de un inocente al excusado... ¡Qué Dios la haya perdonado!

—O sea, el único embarazo real habría sido el de Lila, según lo que usted dice.

—Exacto: como María de los Ángeles era muy leal, debió echarle la culpa a Melissa cuando aparecieron esos restos en el inodoro. Pero a mí me dijo la verdad. En cambio Lila me mintió hasta el último momento. ¡Jamás me contó lo de la pérdida! Es la mentirosa más grande que he conocido, lo que es otra cualidad del demonio. ¡Nunca lo olvide! —Clavó sus ojos en Eduardo, como para dar énfasis a sus palabras—: El demonio es el padre de todas las mentiras. Las inventa al vuelo, por eso siempre hay que estar prevenido. Como es clarividente, adivina nuestros pensamientos y temores, y sabe donde más nos duelen o preocupan sus palabras. *Daemoni etiam vera dicenti, non est credendum*, decía Santo Tomás de Aquino. Es decir, «no hay que creer al demonio aunque diga la verdad». El diablo es un gran mentiroso y el rey de los timadores. ¡Por eso hace tanto daño!

El especial fuego que Lane puso en sus palabras sorprendió a Eduardo, y no dejó de intimidarlo, recordando no solo a Lila, sino especialmente a Jessie.

—Es cierto. Siempre me llamó la atención lo mucho que Lila y... —Casi añadió «Jessie». Y agregó con una cierta premura, aunque Lane no se percató de su vacilación—: Lila sabía mucho de religión católica. ¡Y siempre decía que no era cristiana!

—Porque el diablo «es buen mozo, educado y sabio católico». No me acuerdo de quién dijo algo así. Para realizar su obra corruptora, el demonio tiene que conocer muy bien la religión. ¡No puede quedar como un chapucero! Lila era habilísima en esas cosas. Conversando con ella una vez aludí a los adversarios de la iglesia, pero sin mencionar al diablo. Como ella las pescaba al vuelo, me dijo: «¿Así que usted no sigue el consejo del evangelista, que ordena *amar al enemigo*? ¡Cada vez entiendo menos a los cristianos!» Porque Satanás significa «enemigo», «adversario». Es cierto que San Mateo nos insta expresamente: «Amen a vuestros enemigos y rueguen por

los que les persiguen, para que sean hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos...» Pero San Mateo se refiere a las enemistades entre los hombres, porque todos somos hermanos, «hijos de nuestro Padre celestial». Lila, con un sofisma, dio vuelta el sentido del evangelio.

—Con mucho ingenio.

—¡Por supuesto! Hace un tiempo leí en *The New York Times* que en Estados Unidos había aparecido una secta satánica basada precisamente en esta interpretación falaz del evangelio. O sea, el amor al enemigo se hacía extensivo a Satanás. Adoptaron como símbolo una cruz con una serpiente enlazada...

El público había empezado a llenar las sillas, pero la mente de Eduardo se alejó de allí, pensando en las palabras del cura. Seguramente Lila le había dicho a Lane que esperaba un hijo suyo para aterrorizarlo. ¡Un párroco que embaraza a una feligresa casada sonaba a cuento del *Decamerón*! Pero la explicación de Lane le provocaba un íntimo alivio. Además había resuelto el misterio de la aparición del reloj de oro sobre su velador, porque quien puede trasladar un cadáver sobre una alta pared, nada le costaría enviar un objeto pequeño a la distancia valiéndose del mismo expediente. De golpe dilucidaba dos enigmas que durante años lo atormentaron. En cuanto a la muerte de Temo, seguía pensando en la culpabilidad de Melissa, a pesar de los argumentos de Lane. Y tampoco dudaba ahora del hecho que Jessie poseía facultades similares a las de Lila, porque había sido capaz de presentarse en dos partes simultáneamente.

¡No podía desconfiar de su madre!

—¿De qué se trata esto? —preguntó a Lane.

—Van a rendirle homenaje a un dirigente poblacional que, según dicen, está desaparecido.

—O sea, es un acto político.

—¡Desde luego! Todas estas personas son dirigentes políticos, muy activos, pero que operan con mucho disimulo.

Eduardo temió que Jessie no acudiese, porque los dos asientos desocupados vecinos podían ser para Romilia y otro invitado. Quizá Jessie quería comenzar a implicarlo sutilmente en sus secretas actividades. La sola expectativa que pudiesen vincularlo con actos políticos encubiertos le producía un rechazo visceral. No volvería a dejarse arrastrar por Jessie a ese tipo de situaciones. Una muchacha agraciada, con desplante y buena voz, anunció el inicio del evento. Luego Romilia Hernández hizo una reseña biográfica del homenajeado con gran moderación.

—Romilia parece que leyó la oración de Marco Antonio —le susurró Lane al oído.

Una dirigente poblacional magra, pálida, pero de una pasmosa vitalidad, desgranó una diatriba tras otra contra las autoridades y el gobierno. Aplausos, vítores y

rechiflas remataban cada una de sus parrafadas. Eduardo notó que el párroco descollaba por su entusiasmo en batir palmas, con una perenne sonrisa en su rostro ancho, bonachón. El espectáculo artístico empezó con un grupo andino juvenil. Cuando los charangos y quenás atacaron *Tatati*, de Víctor Jara, Eduardo desvió la mirada justo para presenciar el arribo de Jessie, vestida con sencillez y sin joyas, acompañada de una jovencita con blue-jeans ajustado y polera sin mangas. Solo sus figuras y finos perfumes revelaban su estrato social. Presentó a la muchacha como su hija Tais, y al mirarla Eduardo con detenimiento, algo en la joven le recordó a Melissa. Los ojos verdes de Tais brillaban risueños, y una expresión incitante surgió en su cara juvenil, sin cosméticos. Allí estaba la Tais que, según Gutiérrez, había escandalizado a la sociedad de El Cairo con su conducta ligera, y a quien se le atribuía el atropello del jardinero indiscreto. Eduardo miró a Tomás Lane, para sorprender alguna reacción especial, pero el viejo párroco solo extremó su amabilidad con Jessie, limitándose a saludar a la joven con una paternal cortesía. Un cantante reemplazó al grupo andino en el escenario, y la voz de barítono del maduro intérprete dio a conocer sus últimas composiciones cargadas de protestas sociales y denuestos contra el régimen. Por último dos muchachas cantaron tonadas y cuecas, y la propia Romilia cerró el acto.

—¿Cuándo llegó tu hija? —preguntó a Jessie, mientras el público empezaba a retirarse.

—Ayer, solamente. Es hermosa, ¿no? ¿Cómo la encuentras?

—¡Sí, dígame como me encuentra, porque me miró en una forma muy especial! —exclamó Tais, sin quitarle los ojos.

—Me recuerda a una niña que conocí hace años —replicó Eduardo, un tanto cortado.

—Una de las Nazir, seguramente —comentó Jessie, con cierta ironía.

—Yo también lo encuentro parecido a alguien. Y alguien que me gustaba mucho. Seremos amigos, ¿verdad? —Y lo miró con una desafiante sonrisa—. Es mi tipo de hombre, Jessie.

Eduardo se volvió a Lane, buscando un apoyo a sus interrogantes, pero el cura conversaba en medio de un grupo de mujeres, un tanto separado de ellos.

—Como ves, mi hija y yo tenemos gustos parecidos —dijo Jessie, risueña—. Nos entendemos muy bien.

Entonces acudió Romilia, y tomando a Jessie por un brazo, se alejaron en medio del salón que empezaba a quedarse vacío, conversando en voz baja. Algo serio, sin duda, en vista del énfasis que Romilia ponía en sus palabras. Pero alguien le tomó una mano, y entrecruzó fuertemente sus dedos con él. Tais, pegada a Eduardo, exhalando un aroma enervante de animal nuevo, lo excitó secretamente. Las imágenes de las Nazir atiborraban su mente, angustiándolo. ¿Iba a caer en la misma situación? Pero el contacto con la joven lo debilitaba, lo hacía ignorar sus represiones.

—No me había gustado mucho este país, porque hay mucha pobreza —le decía Tais con un tono embelequero—. Pero haberlo conocido a usted ha sido bueno. ¡Es distinto a los demás...!

Sentía el cuerpo turgente a través de su ropa. A lo lejos divisó a Lane saliendo del local, acompañado de las mismas mujeres. Cuando Jessie regresaba, Tais le soltó la mano, siempre riendo, pero no se separó de Eduardo.

—A Romilia se le ha presentado un problema. —Jessie lo miró a los ojos—. Tiene que ir a la casa de sus padres, en Peñaflor, y me ha pedido que la lleve. ¿Podrías acompañarnos? Te servirá de paseo.

—Sí, por favor, vaya —rogó Tais, oprimiéndole un brazo—. ¡Lo va a pasar muy bien!

Un viaje fuera de Santiago con Jessie parecía prometedor. A la salida del salón de actos, Lane vino a despedirse, y tampoco reparó especialmente en Tais. Quizá el parecido entre Melissa y Tais no fuese tan evidente, pero su imaginación lo agrandaba, con las reminiscencias de su niñez. Además Lane había conocido superficialmente a la hija de Lila, siendo apenas una mocosa, y lo más probable es que su imagen se confundiese en la galería de rostros acumulada en sus recuerdos al cabo de tantos años de vivir.

Jessie conducía un Mercedes Benz deportivo, de cuatro asientos, un tanto estrecho. Tais se instaló atrás con Eduardo, arguyendo que así su madre y Romilia podían conversar mejor. Quedaron con sus flancos unidos, y Tais, tomándole una mano, entrelazó con él sus finos dedos. Adelante Romilia hablaba con Jessie en susurros, sin que sus palabras llegasen a oídos de Eduardo. A lo lejos sorprendía a Jessie mirándolo por el espejo retrovisor. Pensó que entre Tais y Melissa había otra semejanza: ambas se vinculaban sospechosamente con sendos asesinatos. Ninguno había sido probado, ya que en la muerte del jardinero de El Cairo la directa participación de Tais no fue establecida, aunque parecía evidente. Y aun con el antecedente aportado por Lane, la culpabilidad de Melissa en el crimen de Temo era incluso menos clara que la de Tais en la del jardinero. ¿Para qué seguir con eso? Ambos casos pertenecían al pasado, y con seguridad nunca se dilucidarían. Y él, aunque tuvo la oportunidad de hacer algo en lo de Temo, se había callado. Tais se pegó más a él, pero resuelto a desentenderse de las maniobras de la joven intervino en la conversación de Jessie y Romilia.

—¿Usted vive en Peñaflor, Romilia?

—No, vivo en Santiago, en la Villa Portales. Pero a mis padres les compré hace años una parcelita en Peñaflor. Están viejos ya, y siempre les ha gustado el campo. Se criaron en Graneros, en un fundo, y partieron a Santiago a buscar mejores horizontes. Pero terminaron en una población callampa^[15].

—Romilia es una hija ejemplar. Aprende, Tais —exclamó Jessie.

—¡He tomado debida nota! —comentó Tais, muy seria.

El aire acondicionado mantenía dentro del coche una atmósfera fragante con el

perfume de las mujeres. Corrían a buena velocidad por el camino a la costa, con cercos, industrias, potreros y tierras labradas por ambas orillas. Algún muro coronado de tejas, que circundaba un parque con su casa patronal, no siempre visible esta desde el camino. Todo parecía calculado para incorporarlo a un mundo que siempre intentó eludir. La reunión en la parroquia, con sus ataques al gobierno, sus canciones de protesta, y ahora este repentino viaje a Peñaflor a instancias de Romilia, ya definida frente a Eduardo como una agitadora política de izquierda...

—¿En qué piensa usted? —La voz marrullera de Tais lo devolvió al momento actual.

—¡En muchas cosas! Entre paréntesis, ¿dónde aprendiste tan bien el castellano?

—¡Aquí! Tais vivió parte de sus primeros años en Santiago. —Fue Jessie la que contestó, antes que Tais lo hiciera—. Traje a Tais a la casa de una familia amiga, que vivió mucho tiempo en Chile, pero después volvió a Europa. Tais llegó aquí a los siete años, y se quedó hasta los once con esa gente, los Radescu. Yo pasaba por un momento muy complicado, tenía que viajar mucho. ¡No podía establecerme en ningún sitio fijo! —prosiguió Jessie, mientras Romilia la escuchaba con una especie de devoción—. La vine a buscar para llevarla a Madrid, a un colegio de señoritas. Ahí se quedó interna, la pobre.

—No lo pasé tan mal, después de todo —refunfuñó Tais, con una expresión de enfado en su rostro infantil. ¡Cómo le recordaba a Melissa hasta en sus gestos!

—¿Y qué fue de los Radescu? —preguntó Romilia.

—Viven en Rumania. Durante la guerra emigraron a Atenas, donde los conocí y los ayudé bastante, porque mi segundo marido, el padre de Tais, tenía negocios en todas partes. Así se recuperaron, y una gran firma alemana les dio la representación para Sudamérica, con sede aquí en Santiago. Cuando perdí a mi marido, y como me sabía perseguida, decidí asegurar a Tais, y le escribí a los Radescu. Ellos me devolvieron la mano.

—Eran muy a la antigua, y me tenían demasiado controlada —comentó Tais, haciéndole un rápido guiño a Eduardo. Cada vez que la muchacha comenzaba a inspirarle una secreta ternura, sus actitudes la convertían en un oculto deseo que comenzaba a llenarlo de una íntima preocupación.

—Es que Tais es como yo: no soporta los controles de ninguna clase —dijo Jessie, convencida.

—Hija de tigre, entonces —exclamó Romilia—. No sabía esa parte de tu vida. Pensaba que habías conocido Santiago cuando llegaste con don Daniel. ¿Te quedaste mucho tiempo aquí?

—Un par de días cada vez. Solo estuve de entrada y salida. Esa parte de la historia la conocen muy pocas personas —dijo Jessie, mirando a Eduardo por el espejo retrovisor, con una cierta ironía—. Es preferible que a una la conozcan de a poco. ¡No conviene mostrar desde el principio todas las cartas...!

Volvió a sentir un extraño desamparo. Tais lo tomó de un brazo, y se apretó contra

él, como para devolverle la seguridad con la simple presión de su cuerpo. Y en parte ocurrió así, aunque paralelamente exacerbó los confusos deseos que la muchacha le despertaba. Entraron al pueblo de Peñaflores, doblaron por una calle de tierra, y Jessie, bajo las indicaciones de Romilia, se estacionó ante una cerca de zarzamoras.

Detrás se divisaba una casita con muros encalados. Por ambos lados de la vía se sucedían las parcelas, la mayoría con viviendas bastante modestas, en lo que se alcanzaba a ver.

—Puedes dejar el auto aquí, porque tenemos que salir de inmediato —dijo Romilia.

Pisaron el suelo de tierra, bajo un sol vigoroso. Romilia abrió un portón de madera rústica, y todos le siguieron al interior de la propiedad. Una acequia corría pegada al muro de la casa, separando la parcela de la calle. Un puente formado por un solo tablón permitía cruzar la corriente vercosa.

La casa era un simple cañón de piezas que daba a un corredor abierto, rematado en su extremo por una puerta. La primera habitación servía de cocina, y colindaba con una pieza larga, con muebles de mimbre y barro, y una mesa, todo artesanal, que hacía de estar y comedor. Las habitaciones se comunicaban interiormente, y también con la galería. A la calle solo se abrían ventanucos estrechos, protegidos por barrotes de madera. La pintura blanca, y las puertas y ventanas de un azul intenso, alegraban la vivienda. En la salita aguardaba un hombre de unos treinta años, delgado, de mirada decidida, y pelo que le caía sobre los hombros como una melena, y una anciana encogida, aunque de apariencia ágil para sus años.

—Mi madre y don Iván Muñoz —los presentó Romilia.

La rápida mirada de Jessie le hizo recordar al hombre cuyo apartamento, cerca de Pila del Ganso, visitaran una semana antes. Se sobresaltó con la idea de encontrarse ante un fugitivo.

—Mi papá está enfermo —explicó Romilia, cuando desde la siguiente habitación llegó una voz cansada, llamándola por su nombre—. Se pescó un lumbago, y tiene que estar en completo reposo. Pero salgan a la galería, porque aquí adentro hace calor. Mamá, sírvales un refresco a las visitas...

La misma Romilia ayudó a sacar sillas al corredor enladrillado, que enfrentaba un sitio virtualmente repleto de matas de maíz, tomates, grandes repollos y otras verduras. En los deslindes de zarzamoras crecían álamos y un sauce llorón. Las mariposas cabrilleaban bajo el caliente sol, y el clamor de las cigarras inundaba el ambiente.

Muñoz emergió por la puerta del fondo de la galería, y Eduardo alcanzó a ver una cortina verde de plástico, y un lavatorio blanco. También se oía el ruido del inodoro.

—¿Estamos listos, entonces? —preguntó Romilia—. Mientras más pronto nos vayamos, mejor.

—Tú te quedas aquí, con Eduardo —conminó Jessie a Tais, que seguía callada, mirando todo con una expresión indefinida, pero dejando entrever un secreto desprecio. Y a Eduardo—: Antes de dos horas volveremos por ustedes. Te ruego que excuses este cambio en tus planes, pero se ha presentado algo urgente, delicado.

—Mi mamá les dará de almorzar —prosiguió Romilia, risueña—. Tiene muy buena mano...

La noticia aplastó a Eduardo. ¡Quedarse allí, en esa choza, junto a dos viejos que no conocía...! Ni siquiera la presencia de Tais le pareció suficiente. Lo invadió una sorda ira contra Jessie. ¿Cómo se atrevía a disponer así de su persona? Aparte que insistía en implicarlo en su juego, envolviéndolo más y más en sus sospechosas maniobras. Seguramente su malestar se hizo demasiado notorio, porque Jessie le puso una mano en el hombro:

—Se te pasará volando el tiempo. El lugar es precioso, y la madre de Romilia es lo más simpática que hay. Además Tais es muy entretenida, ¿no es así?

—¡Lo vamos a pasar regio! —rio la muchacha.

Rojo, acometido de una brusca sofocación, prefirió no decir nada.

—Desgraciadamente, el auto es demasiado estrecho —prosiguió la cálida voz de Jessie, dirigiéndose a la salida—. No cabríamos todos. Y es preferible que vayamos solas con Romilia. Después te explico...

Y desapareció tras la esquina de la casa, seguida por Romilia e Iván Muñoz, que llevaba un saco de viaje bastante ajado. El hombre echó una despectiva mirada a Eduardo, y sus ojos penetrantes escudriñaron a Tais de arriba abajo. Oyó las puertas del Mercedes al cerrarse, y el suave roncar del motor que aceleraba. La voz de la anciana interrumpió su ira.

—Aquí le traigo un vinito helado. ¡Están en su casa! Ligerito les voy a servir el almuerzo. —La pobre vieja hacía lo posible por agradar.

—¿Estuvo mucho tiempo el señor Muñoz con ustedes?

—Como una semana. Tiene problemas, así que la Romilia lo trajo para acá una noche.

—¿Y dónde lo llevan ahora?

Tais miraba atenta el vuelo centelleante de las libélulas y avispas.

—No lo sé. Pero la Romi piensa que podrían venir a buscarlo aquí. Por eso se lo llevó. Discúlpenme un rato, porque voy a ver la cocina. —Y la anciana desapareció dentro de la casa.

—¡Qué calor! —exclamó Tais.

Y al mirarla vio cómo se sacaba la polera, liberando su bien desarrollado busto, con el rosado remate de los senos perfectamente erectos. Su piel blanca brillaba suave. Con un cierto aire de hastío, partió hacia el baño del fondo. Sus caderas se movían cadenciosas, presionada por la tela del blue-jeans, mientras caminaba sin apurarse, fascinada por la vital movilidad que hervía sobre el huerto. A través de la puerta abierta del baño Eduardo, aún petrificado, la vio bajarse los pantalones con

cierta dificultad, y su desnudez se prolongó hasta los tobillos. Tais le sonrió desde la distancia. La vieja podía volver, aunque desde el interior llegaba el rumor de sus ajetreos culinarios. La muchacha lo llamó con un gesto de la mano, y Eduardo, trémulo, se dirigió hacia ella. Ya completamente desnuda Tais abrió la ducha y entró al piso circundado por un reborde de cemento, y con un desagüe en su parte central. El potente chorro de agua le arrancó una exclamación, y corrió la cortina para evitar que Eduardo se salpicase. El hombre a su vez, estremecido, cerró la puerta del rústico baño, sobre cuyo excusado Tais había amontonado su ropa. La muchacha resoplaba como una potra gozosa, proyectando a veces su cuerpo contra la cortina verde, donde la lluvia arremetía estrepitosamente.

—¡El agua está como hielo, pero rica! Quítese la ropa, porque si no lo voy a mojar entero.

Rápidamente empezó a desvestirse, pero solo alcanzó a quitarse la corbata y la camisa cuando Tais cortó el agua, y jadeando corrió la cortina.

—¡Alcánceme la toalla! —pidió, acezando. Y al verlo semidesnudo echó a reír. Se envolvió en el diminuto paño, y se frotó rápidamente—. ¡Ayúdeme, que no voy a terminar nunca!

Hizo un trabajo acucioso, frotando el perfecto cuerpo, cuya piel húmeda y fría pronto comenzó a entibiarse.

—Si se sienta ahora sobre el silencioso, encima de mi ropa para que esté cómodo, todo saldrá bien...

Al principio la notable estrechez de Tais le pareció infranqueable. Pero la muchacha con rostro de niña y cuerpo adulto, como Melissa, superó el problema con un hábil movimiento de su pelvis y un quejido. Eduardo debió ahogar un alarido ante la total penetración.

—¡Dúchese usted ahora, mientras voy a tranquilizar a la viejita! No creo que se haya dado cuenta de nada...

La ducha helada le provocó una inmediata reacción, que le hizo recuperar toda su vitalidad y vigor. Pronto regresaba a la galería con su corrección de siempre. Tais no se veía, pero entonces llegó la anciana madre de Romilia.

—¿Se bañó? Porque hace un ratito escuché el agua de la ducha... Sale muy fría, ¿no?

—Pero con este calor hace muy bien.

—¿Dónde se habrá metido la señorita? A lo mejor se fue a dar una vuelta por el pueblo.

—Es lo más probable. —Evidentemente, la anciana no se había percatado de nada.

Eduardo la ayudó a sacar la mesa al corredor, y en ese momento reapareció Tais, que venía de la calle.

—¡Penan las ánimas ahí fuera! —comentó—. ¡No podría vivir aquí...!

—Es que a estas horas la gente almuerza, o anda trabajando —dijo la vieja,

poniendo un mantel de hule sobre la mesa—. ¡Claro que aquí siempre es tranquilo, no como en Santiago...!

—¿Estás viviendo en Lo Curro con tu mamá? —preguntó Eduardo, cuando se quedaron solos de nuevo.

—¡Nunca viviría con mi padrastro! No nos tragamos.

—¿Y dónde vas a vivir?

—Mi mamá me tomó un apartamento en Vitacura. Anota la dirección y el teléfono. Puedes visitarme cuando quieras, porque voy a vivir sola.

Romilia y Jessie regresaron a las tres y media, cuando Eduardo y Tais acababan de terminar un trozo de sandía como postre, después de la abundante cazuela con ensalada de tomates que les sirviera la anciana.

Romilia informó que Iván Muñoz se hallaba de nuevo seguro, aunque nadie se lo preguntó.

—¿Te aburriste? —indagó Jessie, mirando rápido a Tais.

—En absoluto. El tiempo pasa volando con Tais. —Aunque no lo dijo con una segunda intención, así lo pareció. Jessie sonrió alegremente.

Cuando regresaban a Santiago, Jessie no dejó de conversar en voz baja con Romilia. La mujer se quedó en Villa Portales, y Eduardo se bajó cerca de su casa, porque Jessie, al parecer, tenía otros planes para esa tarde. Madre e hija lo besaron en la boca al despedirse, y se habría sentido plenamente realizado de no haber sido por la imagen del chivo negro que hizo una fugaz irrupción. Y también por la idea que Jessie lo estaba conduciendo por los recovecos oscuros y peligrosos de su mundo secreto. ¿Cuál sería su relación con Iván Muñoz? ¿Por qué se preocupaba tanto de ocultarlo?

Todo esto le impedía considerarse un hombre ciento por ciento afortunado, dueño de un millón y medio de dólares, y con dos mujeres dispuestas a complacerlo.

Al día siguiente tomó posesión oficial del apartamento de Tais. Ocupaba la planta baja de un edificio de cuatro pisos, que disponía de estacionamientos a un costado. Podía visitarla en medio de una completa privacidad. La muchacha incluso le dio llave, aunque le rogó que la llamara antes de acudir para que no perdiese el viaje. Esa noche tenía invitados, porque con la nueva casa sus actividades sociales adquirieron una mayor frecuencia. Durante esas primeras reuniones el tema obligado era su repentino cambio de fortuna, que Eduardo relataba interpolando los indispensables cambios para mantener fuera de la historia a Jessie. Porque su relación con la mujer de Messina jamás podría contársela a ninguno de sus parientes ni amistades, aunque la revistiese de la más total inocencia.

Algunos dudaban de su versión de los hechos, pero no les quedaba otra alternativa que aceptarla. Eduardo ganó fama de misterioso, de ocultar o alterar los verdaderos entretelones de su enriquecimiento. Había dejado de ser el Eduardo

indeciso y timorato que todos conocían, y estos cambios inexplicables siempre provocan suspicacias, a las cuales se agregan las inevitables envidias. Y como tampoco aparecía relacionado con hombres de negocios o empresarios conocidos, que hubiesen proporcionado alguna pista, el desconcierto y la frustración eran aún mayores. Porque nadie creía que Nataniel estuviese detrás de una operación de tanta envergadura. A su tío lo conocían bastante bien en su mundo. Pero Eduardo estaba resuelto a mantener el hermetismo, aún a riesgo de quedarse solo con su familia.

El miércoles llamó dos veces a Tais, cerca del mediodía la primera, y después de almuerzo. Nadie contestó el teléfono. Ciertamente, una joven tan inquieta no podía permanecer encerrada 24 horas seguidas en su apartamento. Pero ¿qué hacía Tais para llenar ese tiempo? El jueves Eduardo tuvo la explicación: aprovechando que Daniel Messina se ausentaba de su casa desde la mañana hasta la noche, se iba a visitar a su madre y disfrutaba de la piscina.

El viernes Tais le contó que ese fin de semana se iría donde unos amigos de Jessie en Viña del Mar. Lo royeron unos ocultos celos, no tanto por Tais como por Jessie, porque había visitado todos los días a la chica en la esperanza de encontrarse con la madre. Aunque Tais lo satisfacía plenamente con su precoz pericia, su dislocada conversación pronto lo aburría. Conflicto generacional, sin duda: habría podido ser el abuelo de Tais. No dejaba de horrorizarse al pensar en cómo había cambiado su monótona existencia desde la aparición de Jessie, y más aún con el arribo de su hija. Aunque evitaba pensar en que estaba haciendo una doble vida *non sancta*, los remordimientos le hacían socarronas muecas al menor descuido. Ninguno de sus parientes ni amigos llevaba esa existencia de fauno. Sabía que algunos eran asiduos de casas de masajes^[16], pero de allí no pasaban. Porque los líos pasionales fuera del matrimonio estaban proscritos de su estrecho mundo.

Ya ese primer sábado por la tarde acudieron dos primas de Bernarda con sus hijos a bañarse en la pileta.

—Es el problema de las piscinas —comentaba su mujer—. Salen caras por todos lados.

Pero ahora los gastos no importaban: el dinero alcanzaba de más. Obtuvo un anticipo a cuenta de sus honorarios como director de Umarve, porque de su comisión no quería tocar un centavo. Además de su madre, esa noche fueron a comer a casa el tío Nataniel con la tía Lidia. Aunque a ella no le gustaba salir, la tentación de conocer la prosperidad de su sobrino fue mayor. Menuda, con cara de fina muñeca, y una voz casi inaudible, no se notaba en las reuniones, porque apenas se limitaba a contestar las preguntas directas. Raramente tomaba la iniciativa de empezar un diálogo. Quería a Eduardo, y en los momentos difíciles llegaba seguido por su casa cargada de porotos, verduras, quesos y pollos del fundo de Nataniel. Nunca se había olvidado de ellos.

—Tú deberías comprarte un campito —le dijo Nataniel—. La tierra es hoy una buena inversión. Y en caso de apuro puedes irte al campo con tu familia, y tienes la

comida segura.

—Yo se lo he dicho a Eduardo. ¡La encuentro una muy buena idea! —exclamó Bernarda.

—Déjenme ver con calma mi situación primero. Claro que me gustaría comprarme un terreno, especialmente las casas de «Las Mariposas». Me han dicho que ya se caen. Me gustaría refaccionarlas, y dejarlas como estaban cuando vivía mi abuelo...

—Quizá puedas hacerlo —dijo Nataniel—. Es cuestión que hables con Aurelio Labbé. Oí decir que quería vender. Le ha ido muy mal, porque se endeudó en dólares. Por eso tiene botado el campo. Son casi veinte hectáreas al lado de Santiago. Quería hacer lo que tú decías: arreglar las casas. Son tan bonitas y llenas de recuerdos. Y el parque tiene por lo menos doscientos años. Pero nunca ha tenido plata para hacerlo. Y ahora menos.

Cuando el lunes llamó a Tais desde su oficina en Umarve, la muchacha aún no se levantaba. Tomó el Fiat —porque a Bernarda le dejaba el auto con chofer—, desde el estacionamiento subterráneo de las oficinas de Umarve en el centro de Santiago, y llegó al apartamento de Tais cuando la muchacha acababa de ducharse. Conversaban sobre los imprevistos temas abordados por Tais, que se saltaba de uno al otro con la celeridad propia de sus años, cuando Jessie entró de improviso al dormitorio. Se quedó mirándolos desde los pies del lecho con una expresión dubitativa, muy seria.

—Así que apenas me descuido me engañas —exclamó la mujer, con un fingido aire de dignidad herida—. ¡Es el colmo!

Eduardo, rojo hasta el cuello, se tapó como pudo con las sábanas, mientras Tais, con los brazos cruzados sobre las rodillas, los miraba a ambos atacada de la risa. De pronto saltó del lecho, diciéndole a su madre:

—¡Sigán cobrándose sentimientos, si quieren! Lo que es yo me voy a duchar. —Y entró al baño.

Jessie, suspirando como una madre siempre dispuesta a ser comprensiva con su hija, tiró la cartera, y ante los ojos despavoridos de Eduardo, empezó a desvestirse calmamente.

—Espero que mi señor se digne recibir a su sierva —dijo, con humildad.

Y ante la tibieza del nuevo cuerpo, un renovado vigor invadió su organismo. Pero ahora tuvo la certeza que aquello no podía durar indefinidamente. El placer se paga, había dicho alguien. Todo cuanto le estaba ocurriendo parecía absolutamente inverosímil, digno solo de una imaginación pervertida, y no de la palpable realidad presente. Compenetrado de la sensación de estar cometiendo los peores pecados, la caricias de Jessie no tardaron en alejar sus remordimientos. Tais salió del baño, y al verlos desahogando su pasión en su propia cama, lanzó riendo la bata sobre una silla, y se metió entre las sábanas junto a ellos.

Cuando a la una volvió a su oficina, su secretaria le avisó que de la oficina de Javier Leyton —el empresario que conociera donde Schilling— consultaban si

asistiría a la reunión del miércoles. De repente la fortuna, hasta entonces tan esquiva, había resuelto ofrecerle un sitio de honor en la mesa del banquete. Merecía algo así, porque los años vividos desde su juventud podía considerarlos como una verdadera prueba. Pero no todos son recompensados en este mundo, como le constaba. Muchas personas dignas de una mejor suerte jamás conocieron el lado positivo de la vida. También su actual situación ofrecía aspectos poco claros. No sentía todos los hilos en sus manos, ni por asomo.

A solas en su oficina de Umarve, esperando el llamado para el almuerzo en el comedor del directorio, todas aquellas ideas que vagaban desordenadas por su mente algo intentaban decirle. ¿Con que facilidad las olvidaba! Iván Muñoz... Nunca se había detenido a pensar en el personaje. Era un hombre joven, resuelto, con todo el vigor de la madurez en sus inicios. Un subversivo, quizá un terrorista, y sin embargo Jessie se arriesgaba para ponerlo a salvo. ¿Estaría Jessie apoyando a la izquierda, no solamente con su gran fortuna, sino también mediante una acción personal, que la ponía en peligro de quedar en la mira de los servicios de seguridad? ¿Había algo más entre Jessie y Muñoz? Lo acometieron unos irritantes celos. Quizá estaba siendo manipulado por la mujer. La ocurrencia se le planteó de pronto como algo coherente, y no como una mera corazonada al pasar.

Porque Jessie podía estar detrás de la operación de compra de Umarve, aunque Schilling lo negara. Y en tal caso el asunto se aclaraba bastante. Y simultáneamente comprendió donde Lila y Jessie coincidían respecto a él: ambas perseguían la misma finalidad de corromperlo, de conducirlo a su perdición, cada una a su manera. Lila mediante su degradación moral, y Jessie intentando arrastrarlo a ciertas acciones tenebrosas, y al margen de la ley. ¿Estaría a tiempo para echar pie atrás? ¿Cómo enfrentar ahora a su familia, que vivía la euforia de una nueva existencia? Aunque a la larga se resignasen, se produciría una fisura demasiado honda. Presentada su renuncia a Impex, y con la comisión por la compra de las acciones de Umarve abonada, era tarde para arrepentirse.

Se vio desnudo en medio de un círculo de rostros sardónicos, burlándose de su ingenuidad. Porque aún no le habían pasado la cuenta del placer. Nada es gratis en este mundo, exclamaba su padre, en medio de sus altibajos económicos. Porque también con las Nazir pagó su precio: la conciencia de haber actuado mal y el haberse callado ante el asesinato de Temo. Ciertamente que las circunstancias no eran claras, pero si se lo hubiese contado todo a su padre, quizá algo habría podido hacerse. Solo ahora, después de las explicaciones de Lane, comprendía su cobardía e irresponsabilidad de entonces. Permitted que los culpables de un crimen quedasen impunes, sin sufrir siquiera la molestia de una investigación. No actuó como correspondía, porque ya estaba atrapado por la corrupción. ¿Y ahora? Inició su relación con Jessie cometiendo un sacrilegio. Se dejó atrapar por la sensualidad de la mujer y su hija, y nada hacía para zafarse. Ese sábado había ido a buscar a su madre para llevarla a misa, pero no comulgó. Debería confesarse de nuevo, como lo hiciera en aquella memorable

ocasión, y luego vería como salir de todo eso. La clave parecía hallarse en Iván Muñoz. El diablo disimula, pero siempre deja huellas, le había dicho Tomás Lane. Tenía que empezar resolviendo el verdadero alcance de las relaciones entre Muñoz y Jessie. Sus presunciones de hallarse atrapado en los hilos de una trama diabólica desde la niñez solo podía utilizarlas ante sí mismo, pero no frente a los demás. Quizá su madre, y hasta Bernarda creyesen sus explicaciones, pero lo calificarían de loco o cínico si algo semejante lo planteaba en público.

Durante el almuerzo solo intervino con monosílabos o simples movimientos de cabeza en la conversación general. Seguramente su actitud la interpretaban como desconfianza o quizá timidez, todo muy comprensible en vista de la representatividad del nuevo director.

Resuelto a poner en práctica un plan, partió después de la reunión a montarle guardia a Jessie. Se instaló en un ensanchamiento del camino, un poco más arriba de la casa de Messina. Llegó allí a las tres de la tarde y se hizo el ánimo de esperar hasta las cinco. Como a las cuatro, cuando empezaba a cabecear bajo el calor, el deportivo de Jessie surgió lentamente, y partió cuesta abajo a bastante velocidad. Pronto tomaba por Vitacura. Ante un semáforo, Eduardo quedó casi pegado al Mercedes, y por la ventanilla posterior, tras las persianas entreabiertas, divisó la fantasmagórica efigie de Baruch. Jessie llevaba al chivo de paseo. Pero pronto el auto se metía al estacionamiento del edificio donde vivía Tais. Lo acometió un estremecimiento malsano al recordar esa mañana. Volvió a esperar. La idea de Jessie llevándole el macho cabrío a su hija le produjo una mezcla de pavor y repugnancia. Pasados quince minutos, el Mercedes abandonó el edificio y siguió hacia abajo. Al pasar junto a su coche Eduardo se cubrió el rostro, pero de reojos notó que el cabro no seguía con Jessie. Era perder el tiempo meterse al apartamento de la muchacha para pillarla *in fraganti*. El Mercedes giró en torno a la rotonda Pérez Zujovic, y subió por Kennedy hasta el Parque Arauco. Allí se estacionó, y Eduardo hizo otro tanto. Jessie no se bajó del auto. Esperaba algo. Transcurrieron unos veinte minutos. Un gran Mercedes azul marino cruzó a la vuelta de la rueda ante Eduardo. Werner Schilling iba al volante, pero nadie junto a él ni en el asiento trasero. Metros más allá el coche se paró, y una mujer, hasta entonces invisible, bajó por la puerta de atrás. Deshizo el camino del Mercedes, y pasó muy cerca del Fiat de Eduardo. A pesar de su larga cabellera, sus anteojos oscuros y tacos altos, reconoció a Iván Muñoz, que caminaba con poca gracia, y sin mucho apuro, hacia el automóvil de Jessie. No miró a Eduardo, aunque hubiera sido difícil que lo descubriera detrás del parabrisa. Entonces el deportivo de Jessie surgió justo delante de Muñoz, se detuvo un segundo para recogerlo, y aceleró hacia Kennedy. Solo entonces Eduardo buscó el coche de Schilling, pero no lo encontró. Al tenerlo de nuevo a su alcance, descubrió que Jessie iba sola. Muñoz tenía que ir sumergido entre los asientos, para no ser visto desde fuera, tal como lo

hiciera en el auto de Schilling.

Ahora el Mercedes corría hacia la cordillera, a una velocidad moderada para no llamar la atención. Atravesó El Arrayán, y pronto entraba a un conjunto habitacional bastante nuevo, emplazado entre las laderas cordilleranas, no lejos de un estero boscoso. Jessie se metió por una entrada de autos, y al pasar por el frente Eduardo vio el Mercedes estacionado junto a la casa. Esperó. Pronto el deportivo salía retrocediendo, y emprendía el camino de regreso. Eduardo resolvió completar su misión. Jessie volvió donde Tais, a recuperar el «juguete» que le trajese a su hijita, pensó Eduardo, repentinamente agobiado. Pero al pensar en ambas mujeres, lo invadía una irrefrenable excitación. La gira de Jessie había demorado cerca de una hora. Parecía evidente la existencia de un acuerdo previo con Schilling para que Jessie se hiciese cargo de Iván Muñoz. Todo conformaba ahora algo inteligible: tanto Schilling como Jessie compartían las mismas ideas, y no vacilaban en correr peligros serios. Cuando volvían de Peñaflores, y Tais no cesaba en su cháchara, escuchó retazos del diálogo entre Romilia y Jessie. Algo se enteró de la cautela con que procedían, y de la necesidad de no arriesgarse en exceso. Las útiles intervenciones de Jessie debían distanciarse, e incluso detenerse por un tiempo largo, sugería Romilia con vehemencia. Y Eduardo recordó a Jessie vestida modestamente, a bordo de un bus, entrando en un barrio popular. Ahora Umarve pasaba a integrar un vasto plan cuya finalidad parecía clara. ¿Sería el próximo paso embarcar a Iván Muñoz en alguna de las goletas pesqueras para sacarlo del país por vía marítima? Como fuese, Muñoz debía ser una pieza importante, al que ya los organismos de seguridad tenían localizado. Y de ahí que para rescatarlo se hubiesen arriesgado personas como Schilling y Jessie, cuyas misiones como integrantes de las fuerzas de choque carecían de toda congruencia. Sin duda algo había salido mal. Y entonces recordó a Juárez, el portador de un mensaje que obligó a Jessie a partir para los bajos fondos en busca de Muñoz. Pero Muñoz ya había huido, demostrando que se hallaba bien informado.

Súbitamente se sintió envuelto en una conspiración que podía liquidarlo a breve plazo. Tuvo que aspirar largas bocanadas del aire cálido de la tarde para recuperar la serenidad, mientras acechaba a Jessie. Ciertamente, no corría ningún riesgo por el momento. Pero de ahora en adelante debería andar siempre en estado de alerta, como le dijera su tío. Detrás de la compra de Umarve se perfilaba Jessie aportando quizá su propio capital, o al menos una parte. Recordó como la mujer había entrado en su vida. De donde viniese, necesitaba establecer una íntima relación con Eduardo, pero quedaba en las tinieblas el origen del misterio. Como para pensar que su vida entera había estado regida por entidades muy conscientes de sus propósitos. ¿Y todo solamente para meterlo en un complot político? Parecía desproporcionado. Dentro de las técnicas del espionaje hay escuelas que preparan a los agentes desde la niñez para acostumbrarlos a vivir en un país enemigo, y sean capaces así de integrarse al nuevo medio desde el principio, sin despertar sospechas. Lo sabía. Pero no podía ser ese su caso, porque faltaba una mínima continuidad. Debía admitir que sobre él actuaban

ciertos poderes, los cuales lo habían dejado libre durante treinta y siete años, porque todo lo hacían a favor del tiempo, sin apuro. Y cuando Eduardo se disponía a envejecer junto a su familia, esas potencias regresaban con nuevos bríos.

El Mercedes salió lentamente del estacionamiento y, a pesar de la distancia, le pareció columbrar junto a Jessie la inconfundible figura de Baruch. Aunque la meta de Jessie tenía que ser su casa en Lo Curro, resolvió seguirla hasta el final.

Encerrado en su escritorio retomó el hilo de sus reflexiones. ¿Le habría llegado su hora? A los cincuenta y dos años podía considerarse joven, y con expectativas de vivir otros veinte o treinta años. Pero tal vez «los Dominadores de este mundo tenebroso», de la carta a los Efesios, habían resuelto llevárselo antes. No temió sin embargo en esos instantes, cuando el crepúsculo oscurecía el jardín de su casa, porque confiaba en que Dios no lo abandonaría. Pero debía hacer algo y pronto.

Sabía dónde se ocultaba Iván Muñoz. Pero no veía ninguna utilidad en delatarlo, aparte que abominaba del papel de delator. Tampoco alentaba odio contra el fugitivo, pero sí suspicacias. Durante la tarde no pudo elaborar un plan. Pero estaba consciente del hecho que el tiempo se le agotaba.

El martes prosiguió interiorizándose de la marcha administrativa de la empresa. Ahora sabía que las plantas elaboradoras y las flotas pesqueras operaban en San Antonio, Coquimbo, Antofagasta e Iquique. La mañana se fue veloz. Almorzó con los directores y ejecutivos, y luego entraron a un agotador comité de trabajo y planificación. Nada sospechoso o que hubiese podido despertar dudas. Para la próxima semana se había fijado la gran reunión de directorio, en la cual se cambiaría la mitad de los actuales miembros. Además se elegiría presidente, cargo que debería recaer sobre Eduardo. Comenzaba a sentirse nervioso.

Concluida la jornada, llamó a Schilling para plantearle sus inquietudes. ¿Cómo habría reaccionado el alemán si le hubiese dicho que la tarde anterior, casualmente, lo había visto en el Parque Arauco? Pero el instinto le ordenaba extremar sus precauciones en ese terreno. Schilling sería el encargado de pasarle la lista con los nuevos candidatos a directores. Desde el anonimato seguía controlando el negocio. ¿Bajo las órdenes de Jessie? He aquí otra fuente de irritación.

—No se preocupe. Hemos pensado en otro nombre para presidente, una persona con experiencia comercial. Pero usted irá de todos modos como vicepresidente, que es muy importante.

Aunque el cargo de presidente le parecía ostentoso, porque lo expondría a los irónicos comentarios de sus amigos y parientes, que lo conocían como un modesto jefe de departamento de Impex, la decisión de Schilling le produjo un profundo malestar. Y lo de «hemos pensado» aún más. ¿Y si exigía la presidencia, amenazando con su renuncia en el caso de una negativa? He ahí la alternativa para dejar esa mafia. La irritante respuesta de Schilling daba una salida a su problema. Pero dejaría su

planteamiento para el día de la elección. Optimista, pensó que su estrategia podía resultar.

No volvería donde Tais, se prometió al dirigirse a su casa. La sola idea de imaginar a la muchacha apareándose con el chivo le producía una enorme repulsa, aunque no tan violenta como la primera vez, cuando Temo le habló de las Nazir. Ahora pensaba menos drásticamente. ¿Qué más podía pedirle a Jessie y su hija, nacidas y criadas en ambientes donde las costumbres y creencias configuraban otro mundo? No eran cristianas, y así se lo había manifestado Jessie. Aún más: consideraba anacrónica la religión y fuente de monstruosos prejuicios, de todos los males de la humanidad en la práctica.

Esa noche durmió bien, y a las ocho tomaba su desayuno en la terraza. Bajo el cielo anubarrado reinaba un calor enervante, anuncio quizá de un cambio de tiempo. Se iba el verano, y pronto los días cubiertos abundarían. Al tomar el diario, el título alteró su bienestar matutino: «Huye herido buscado activista. Iván Muñoz, buscado por los servicios de seguridad, se defendió a balazos. Un funcionario resultó herido en el abdomen, pero el subversivo fue alcanzado en un brazo. Sin embargo logró huir». Iván Muñoz se ocultaba en una casa de seguridad de Bilbao, cerca de Tobalaba. Al llegar los agentes, tres hombres, entre ellos Muñoz, saltaron una tapia lateral, y corrieron hacia un taxi con su motor en marcha. Se les instó a rendirse. Muñoz abrió fuego, y aunque herido, sus compañeros alcanzaron a meterlo en el auto. El cronista consideraba a Muñoz uno de los «hombres claves» del terrorismo. Durante el pasado año había viajado no menos de cinco veces al extranjero. Se le vio en México, La Habana, Moscú y Berlín Oriental. Servía de correo y portador de fondos y, al parecer, conocía a los más destacados miembros de la subversión, dentro y fuera del país. Había sido localizado un mes antes, al cabo de un intenso trabajo de rastreo.

¿Cómo adecuar su propia información sobre el paradero de Muñoz con el reportaje? Eduardo lo suponía en una casa de El Arrayán, y al día siguiente huía desde Bilbao, a gran distancia de su anterior escondite. Probablemente Jessie lo llevó hasta un lugar donde lo recogieron pocas horas más tarde, quizá esa misma noche. Dada la jerarquía del personaje y el cúmulo de información que poseía, se justificaba la acción de Jessie y Schilling para ocultarlo y ayudarlo a huir, porque su captura podía implicar el colapso de la mujer y sus amigos. Esa tarde iría al cóctel de Javier Leyton sin Bernarda, porque la invitación era personal. Seguramente, también asistiría Daniel Messina, y quizá aquí se rompiera el esquema y acudiese con su mujer. La posibilidad lo llenó de un gran desasosiego, que inútilmente intentaba calmar.

Algo más se interiorizó de los vericuetos administrativos de Umarve durante esa tarde, aunque quizá la próxima semana resolviese dejar el cargo.

En una gran parcela plantada con árboles frutales, Javier Leyton había edificado una casa de estilo colonial, con patios interiores y un parque en formación. Unas

cincuenta personas, hombres en su mayoría, y algunas mujeres representantes de organismos de gobierno, se aglomeraban en los recibidores vecinos al acceso, y en torno a la fuente de bronce del primer patio. Eduardo, cumplida la formalidad de saludar al dueño de casa y a su esposa, una mujer maciza, de ceño duro y escasa elegancia, hizo un rápido recorrido por la residencia, donde los muebles coloniales se alternaban con esculturas modernas y cuadros de pintores chilenos, dispuestos aquí y allá sin un orden previamente establecido. Ciertas pinturas se perdían en lugares mal elegidos, o escasamente iluminados.

Desde el patio Schilling lo llamó. Con tres empresarios comentaba la reciente quiebra de un conocido hombre de negocios. Escuchando a medias las razones técnicas del desastre financiero, Eduardo buscaba entre el público a Daniel Messina, pero sin encontrarlo. Un revuelo en la concurrencia reveló el arribo del ministro de economía, y se inició un movimiento envolvente en torno al invitado, coyuntura aprovechada por Eduardo para zafarse del grupo. Y se encontró frente a Jessie, que también acababa de llegar, vestida con un sobrio traje oscuro y un collar de perlas sobre el discreto escote. Su cierta espontánea alegría alejó su adventicio pesimismo.

—¿Te viniste con el ministro?

—Venía detrás, casi pegada a su comitiva.

—¿Y tu marido?

Mientras los demás hacían turno para acercarse al personaje central de la velada, ambos se arrimaron a una esquina, donde no entorpecían la circulación.

—Me envió en su lugar. Está esperando un llamado de Nueva York, y se quedó en su oficina. Nunca había venido para estos lados. Hay grandes parques con casas antiguas junto al camino. Algunas parecen reliquias del pasado.

—Aquí hubo grandes haciendas —explicó Eduardo—. Pero con la reforma agraria las propiedades se subdividieron, y en algunos casos solo quedó la casa patronal con su parque, y algunas hectáreas de reserva.

—¡Me encantaría tener una de esas casas! —exclamó Jessie—. Voy a ver si Daniel se entusiasma. ¡Me dislocan las construcciones viejas...!

—Deberías conocer las casas del fundo de mi abuelo. Tienen más de doscientos años. Están cerca de aquí, a la salida de Puente Alto hacia Santiago. Y rodeadas de un parque con árboles procedentes de la colonia. —Suspiró—. Ahí pasé los primeros años de mi niñez, durante los veranos...

—¿Y sigue en poder de tu familia?

De una bandeja que traía un mozo tomaron sendos vasos de whisky.

—Desgraciadamente, no. Mi abuelo la vendió cuando yo había cumplido diez años recién. ¡Esa casa sí que te gustaría...!

Vaciló, recordando que Lilith vivía entre las ruinas, como dijese Lane. Pero la mujer, con sus profundos ojos mirándolo interesada, y la calidez fragante de su cuerpo envolviéndolo, alejó el sombrío recuerdo.

—¿Y quién la tiene ahora?

—Por lo que sé, está abandonada, con un cuidador y su mujer, que parecen fantasmas, según me contó mi tío. Sus actuales propietarios se arruinaron, pero no quieren venderla.

—¿Es muy grande la propiedad?

Empezaba a juntarse gente a su alrededor, casi todos hombres, que miraban a Jessie sin disimulo. Uno la saludó con zalamería, y ella respondió con una venia seca. Eduardo la invitó a salir a una terraza lateral, donde una docena de personas conformaban grupos parlanchines en medio de un atardecer oscuro. Ya habían sido encendidas las luces del jardín.

—Del fundo queda poco. Sus dos propietarios sucesivos se encargaron de lotearlo, y solo se conservan unas veinte hectáreas, con las casas y el parque. Y todo a veinte minutos del centro... ¡Espero poder comprarlas, para reivindicar el honor familiar!

Miró el cielo y vio cómo el vientre tenebroso de una nube se daba vueltas voluptuosamente a impulsos del viento. Pero en rededor la atmósfera permanecía quieta.

—¿Podríamos visitar ahora esa propiedad, digamos, cuando nos vayamos de aquí? Porque no creo que esto sea muy entretenido.

—¡Por supuesto! Estamos a menos de diez minutos.

La espigada figura del anfitrión con su cara afilada, agresiva y sonriente, recorría los distintos grupos, y al ver a Jessie acudió a saludarla. Tomando a la mujer del brazo, le dijo a Eduardo:

—¡Voy a presentársela al ministro! ¿Vamos? Porque no pretenderá acaparársela toda la noche...

Vio desvanecerse su risueña expectativa de marcharse solo con Jessie, y llevarla a conocer la ruinosa casa de su abuelo. ¡Maldito Leyton! Lo siguió, pero prefirió no incorporarse al grupo del ministro. Permaneció en las cercanías, teniendo a la vista la rubia cabellera de Jessie, que sobresalía entre las cabezas de los hombres. Tratando de pasar inadvertido y sintiendo que el alcohol le restituía la confianza, aguardaba que la mujer lo descubriese, porque le bastaba desviar un poco la mirada. Y así ocurrió. Jessie miró su reloj, y dijo en un tono que alcanzó a captar Eduardo:

—¡Perdóneme, pero tengo que hacer un llamado telefónico...!

El propio Leyton la acompañó hasta el vestíbulo, y la dejó en el rincón del teléfono diciéndole:

—¡El ministro está embelesado con usted...! Vuelva apenas se desocupe...

Leyton se retiró, y Eduardo se acercó cuando Jessie colgaba el fono.

—Espérame un minuto para despedirme del ministro y Javier, y nos vamos.

Regresó la euforia. A través de un vano descubrió a Schilling y de inmediato se escondió. Pronto volvía Jessie, siempre acompañada por Javier Leyton, circunstancia que aprovechó Eduardo para despedirse a su turno.

—Nada alcanzamos a conversar de Umarve. ¿Se van juntos? —indagó el hombre,

sin dejar de sonreír.

—¡Oh, no! Es una simple coincidencia —se apresuró a explicar Eduardo, convencido del hecho que Leyton no le creería.

Alcanzó a Jessie en el bien iluminado camino de grava, bordeado de geranios.

—Es como estar en Santiago, en cualquier barrio residencial —comentó ella—. ¡No vale la pena venirse tan lejos para vivir como allá!

—¿Andas en tu auto?

—No. Me vino a dejar el chofer de Daniel. Si estás a pie puedo llamar para que vengan a buscarme.

—Ando en mi Fiat. —Y añadió, bajando la voz, aunque nadie habría podido escucharlo allí—: Tu amigo Muñoz escapó jабonado...

—Por eso preferí no venir en mi auto —replicó ella, con un particular brillo en los ojos, cuando llegaban al amplio sector de estacionamientos—. No creo que nadie lo haya visto, pero por las dudas...

—¿Por qué te arriesgas tanto? —preguntó en un tono de reproche que se le antojó ramplón.

—¡Por la libertad! —rio Jessie, mientras caminaban delante de la fila de autos estacionados contra el muro divisorio.

El viento sopló sobre sus caras.

—No te veo viviendo dentro de un estado socialista.

—¡Podría vivir sin problemas! Por lo demás no se trata de socialismo, sino de lo establecido. ¡Contra eso hay que luchar! No tolero esos grupos que se eternizan en el poder por el solo hecho de haberlo obtenido...

—Y por eso favoreces el caos.

Abrió la portezuela del Fiat para que Jessie entrara.

—El caos siempre antecede al orden. En el principio era el caos, dice el Génesis.

—Eso fue demasiado al principio, cuando aún no aparecía el hombre. Entre los hombres el caos precede a la muerte, a la destrucción, o es su resultado. ¡Nada más!

—Para ti y para la mayoría de la gente. Pero no para mí. Y no estoy sola. Nuestro orden es tu caos, ¿comprendes? Y para imponerlo no nos detendremos ante nada. —Puso especial énfasis en su voz, pero no lo miró.

—¿Y no les importa que mueran inocentes? ¿No sienten remordimientos?

—Hace mucho tiempo que el hombre aprendió a vivir con sus culpas. Desde el comienzo. El sentimiento de culpa es inherente a la condición humana. Al hombre lo crearon así además para manipularlo mejor. Pero algún día se desprenderá de esas taras inhibitorias, cuando nuestro orden se imponga. Se vivirá más naturalmente, sin vacilaciones ni arrepentimientos. ¡La meta está próxima!

—¿Sí? ¡No la veo tan cerca, excepto para algunos locos sueltos...! —Insertó la llave, pero no puso en marcha el motor.

—Porque todo lo miras con tu concepto limitado del tiempo. Esta lucha es muy antigua. Empezó con una rebelión en tiempos inmemoriales. Una rebelión que desgraciadamente fracasó. Y los vencidos fueron condenados a enfrentar el terror más abyecto. ¡A vivir en medio de enloquecedoras tinieblas espirituales!

—¿Qué rebelión fue esa? —Asomó una cierta ironía en la pregunta—. ¿La de los ángeles...?

Al mirarlo, los ojos de Jessie se cargaron de un extraño fuego en la penumbra del auto.

—¡También tienes sentido del humor, a veces! —Rio con un tono profundo, inquietante. Suspiró hondamente, y desvió la vista hacia el parabrisas, hacia el muro de ladrillos apenas visible en la oscuridad—. Pero esto es muy serio. Llámala la rebelión de los hijos contra el padre, ya que te interesa bautizarla. Los sicoanalistas usan esta expresión, pero no es eso. Fue algo mucho más trascendente y decisivo.

El rostro envejecido de Lane se reflejó fugaz en el parabrisas. Eduardo sintió frío.

—Porque los vencidos debieron encarar el odio, el desprecio y el descrédito, que sus implacables vencedores nunca se han cansado de pregonar. No hubo piedad para ellos. Y sigue sin haberla. Pero a pesar de todo, a lo largo de los milenios, esa fuerza ha ido ganando terreno. Y sigue progresando. Pronto serán millones y millones.

—¿Y para esa lucha necesitan el terrorismo?

—El terrorismo es un instrumento eficaz. Sus efectos son tanto psicológicos como materiales. Por una parte puede crear un clima de incertidumbre, angustia y miedo, parecido al que esa fuerza debió afrontar durante siglos y siglos, pero infinitamente menor. Además es fácil de usar como sistema de advertencia, castigo o escarmiento.

—¡No veo como puede surgir algo positivo de todo eso! —Accionó el encendido.

—Estás demasiado pesimista y eso no es bueno. Recuerda esto: es maravilloso como el hombre adora hoy lo que ayer quemó. Es cosa que mires a tu alrededor. El terrorismo, sin ir más lejos. Muchos países lo consideran hoy un legítimo medio de lucha política. La misma iglesia lo mira con benevolencia. ¡Hace algunos siglos habría enviado a sus miembros a la hoguera! Si los teólogos e inquisidores de la Edad Media llegasen a esta época, creerían hallarse en lo que ellos llamaban el infierno. —Rio con sorprendente frescura—. Pero hablemos de lo que nos une, y no de lo que nos separa... ¡Por ahora!

—Sí, es mejor. —¿Bromeaba o hablaba en serio? Como fuese, no valía la pena discutir con ella.

Hizo retroceder lentamente el auto, y enderezó hacia la salida. Pronto los faros alumbraron el camino pavimentado, ya fuera de la parcela de Leyton.

—Ese ministro me violó con la mirada —rio Jessie—. ¡Y varias veces...!

—¿Y eso te gusta?

—Aunque no lo creas, es halagador para una mujer despertar el deseo en los hombres. ¡Y dejarlos así es mejor...!

Eduardo guardó silencio, concentrado en la conducción. A la salida del puente

sobre el Maipo, un camión no bajó las luces y lo encandiló. Disminuyó la velocidad, lanzando invectivas contra el conductor.

—Como ves, soy sensible al halago, como todas las mujeres.

—Pero es muy difícil saber con qué propósitos haces las cosas...

Cruzaron Puente Alto a bastante velocidad, porque la calle gozaba de una preferencia absoluta.

—Respecto a ti mis propósitos han sido muy claros: darte toda la felicidad que he podido, sin pedirte nada en cambio, ¿no es así?

—Es cierto —reconoció él—. Pero no quiero mezclarme en tus actividades políticas. No pienso como tú, ¿ves? Me gusta lo establecido, porque no tengo espíritu de reformador ni de guerrillero. Y aunque me gustaría que pensaras de otra manera, sé que no tengo la elocuencia ni los conocimientos necesarios para convencerte. Pero no quiero verme envuelto en tus líos políticos. Te lo digo con todo cariño.

Ella se limitó a mirarlo con una tenue sonrisa, y luego desvió los ojos hacia la carretera. Delante las luces rojas de un automóvil se achicaban progresivamente.

—Uno siempre termina metiéndose en el mundo de las personas con las que se relaciona sentimentalmente. Es inevitable. Para que así no ocurriera tendríamos que juntarnos solo para meternos en la cama. Y eso no tiene ningún brillo. Hay muchos hombres disponibles para eso. Y supongo que a ti tampoco te faltarían las mujeres. El que quiere nacer tiene que destruir un mundo, dijo alguien, un escritor creo. Solo destruyendo ese mundo que tanto quieres, podrás hallarte a ti mismo. De lo contrario seguirás siendo un buen padre y marido ejemplar, tal vez. Pero deberás renunciar a todo lo realmente bueno que ofrece la vida...

Sí: él tenía su mundo muy trastocado desde que conociera a Jessie. Y seguía a ciegas, sin encontrar una salida. Pero presentía que el momento de la verdad de aproximaba. Y una cierta angustia lo embargó. Tomaron la desviación que conducía a «Las Mariposas», por un camino de tierra bordeado de álamos a un costado y de zarzales al otro. Un conejo corrió despavorido delante del auto, pero logró meterse en la cerca lateral antes de perecer bajo las ruedas. Una gran excitación asomó fugaz al rostro de Jessie, y se dio vuelta para mirar el oscuro camino.

—¡Bonito lugar! Nos hallamos en pleno campo.

—Así es, y al lado de Santiago.

Al cabo de un kilómetro empezaba un bajo muro de adobes en estado ruinoso. Más allá de las tejas, rotas y corridas cuando las había, los añosos árboles de un parque afrontaban las fuertes ráfagas del viento. Eduardo tocó varias veces la bocina. Se asomó a las rendijas de la puerta que se sostenía por mohosas bisagras de hierro al marco de adobes, y cuando empezaba a empujar las pesadas hojas, una vieja voz de hombre surgió del otro lado:

—¿A quién busca?

—Al cuidador —replicó Eduardo—. ¿Es usted? Soy Eduardo Guzmán, nieto de don Gregorio Guzmán, el antiguo dueño de «Las Mariposas».

—¡Conocí mucho a don Gregorio! Yo soy el cuidador. Nací en este fundo, y siempre he vuelto aquí.

—Aunque es un poco tarde, quise pasar para echarle un vistazo a las casas y el parque. ¡Hace más de cuarenta años que no vengo!

—Al tiro le abro, señor. Siempre me acuerdo que don Gregorio traía a sus nietos.

Lentamente el viejo portón se abrió, en medio de un prolongado gemido de los goznes.

Eduardo trepó al auto, y enfiló lentamente por un camino invadido de malezas, bajo las densas ramas que el viento hacía crujir estrepitosas. Jessie transfigurada, trataba de penetrar las tinieblas exteriores, o miraba la huella iluminada por los faros. Tras una curva, apareció la ruinoso residencia, con su techumbre rota, donde se presentían los envigados expuestos al aire. Eduardo sacó la linterna, y abrazando a Jessie por la cintura, se dirigió a la casa, formada por dos alas laterales unidas al medio por la sección que correspondía a los recibidores, según recordaba.

—Es una hache —explicó con voz temblorosa, al sentir bajo su mano la carne firme de Jessie—. Los cuerpos de los lados se prolongan hacia atrás. Las habitaciones forman cañones, comunicadas entre ellas, pero casi todas con salidas a esos corredores... Los pilares eran el orgullo de mi abuelo, porque sus fustes están artísticamente tallados. —Y los alumbró con la linterna.

El viejo llegó renqueando, agotado sin duda por su apresurada caminata. Eduardo pensó que pudo haberle ofrecido traerlo en su coche. La cuenta de la luz llevaba más de un año sin pagarse, explicó el cuidador, y solo disponía de un paquete de velas para su uso particular.

—¿Vive solo aquí? —preguntó Jessie.

—Con mi señora, solamente, que ya está durmiendo. Yo hacía mi última ronda antes de acostarme, y por eso los sentí. Estaba cerca de la puerta.

—¿Duerme en esta casa?

—¡Qué voy a dormir ahí! Las piezas son muy grandes y altas, y casi todas tienen el techo roto. Se ven las estrellas, como a pleno campo. En el verano podrían ocuparse algunas, pero en el invierno son muy refrías. Es para congelarse. Yo tengo una casita chica, al fondo del parque, que es más abrigada, y me preocupo de tenerla en buen estado.

—¿Y no teme que lo asalten? —preguntó Jessie, cuando caminaban por el corredor de la izquierda a la luz de la linterna.

Del techo se desprendieron varios murciélagos, que desaparecieron chillando en la noche.

—¿Quién me va asaltar? ¿Para robarme las pocas lechugas y tomates que tengo en mi huerto? No. Aquí no llega nadie.

—Debería tener un arma, de todas maneras —insinuó Jessie.

Y entonces Eduardo pensó que la mujer hacía todas esas preguntas con algún propósito. Y se inquietó vagamente. Pero al rememorar sus años de niño, cuando

perseguía por ese corredor embaldosado a sus hermanos y primos, olvidó sus inquietudes. Hermosos tiempos esos, pero ¡tan remotos! Como si nunca hubiese existido esa época. Ahora iba un paso delante de Jessie, presa de una gran emoción, y al cruzar frente a un vano cuya puerta había desaparecido, se metió en la casa.

—Tenía una escopeta, pero se me echó a perder. Ahora no tengo ni una honda, siquiera —rio el viejo, en medio de la oscuridad.

Pero al quedar fugazmente bajo la luz de la linterna, Eduardo alcanzó a ver su boca desdentada, sus labios recogidos, y las chupadas mejillas, como una réplica humana de la estropeada residencia. Más murciélagos huyeron a través del envigado abierto hacia el cielo tenebroso. En la habitación contigua, con la techumbre en mejores condiciones, pero también pródiga en peligrosas roturas en su piso entablado, cualquiera habría podido albergarse en alguno de los rincones, donde se acumulaban restos de madera y revoques. La sección transversal, en un estado de conservación superior, y hasta con algunos muebles dañados, parecía la más apta para utilizarse en un caso de emergencia. Notó que Jessie miraba todo con particular interés. Eduardo entró en un baño, con los artefactos en sus puestos, aunque rotos y desfasados. Pero carecía de agua, como pudo verificarlo, abriendo un enmohecido grifo.

—Habría que cambiar la cañería matriz. Está quebrada, dijeron los del agua potable la última vez que estuvieron aquí —comentó el viejo.

—Pero es un lugar fascinante —exclamó Jessie, arrobada—. Nada tan evocador como las ruinas, ¿no lo crees así? —Se afirmó en un hombro de Eduardo y se pegó a él—. Siento la presencia de todos los ocupantes de esta casa...

—Empezando por mí —susurró Eduardo, y buscó los labios de Jessie hasta que sus lenguas se unieron, mientras su mano recorría la admirable redondez de las firmes nalgas de la mujer.

Apagó la linterna y una total oscuridad los rodeó. Jessie se arrodilló en las tinieblas, mientras los pasos arrastrados del viejo se oían en las proximidades. Eduardo ahogó un gemido, y se afirmó en un muro desconchado para no caer. Transcurrieron unos instantes de total silencio, que Jessie interrumpió, de nuevo de pie junto a Eduardo:

—Vámonos, se está haciendo tarde. Pero volveremos, ¿no es cierto, Eduardo?

—Tenemos que venir de día, para que conozcas mejor este lugar.

—Ya lo conozco bien —dijo ella, en voz baja, mientras salía al corredor donde los esperaba el viejo.

—Yo lo llevo hasta la puerta, para que no camine de más —ofreció Eduardo.

—No vale la pena que se moleste. Me hace bien estirar las piernas antes de dormir. Y me conozco esto como la palma de mi mano, así que no tengo ningún problema. Aunque estoy viejo, veo de noche como los gatos.

Y su risa semejó un bronco graznido.

Ahora los árboles reposaban, sin que el viento los alterase. Pero el cielo no se despejaba. Recorrieron en silencio el camino de tierra.

—¿Podrías llevarme a Macul? Si no me equivoco, de aquí podemos pasar sin problema.

—Sí, desde luego, pero ¿qué vas a hacer en Macul?

—Traeré a Iván Muñoz a esa casa. Es cuestión de pagarle unos pesos al viejo.

—¡No voy a usar mi auto para acarrear a ese tipo! —replicó Eduardo, resuelto.

—¡Por supuesto que no! Me dejas allá, solamente, y sigues para tu casa.

Le demostraría a Jessie que podía prescindir de ella, aunque el deseo volvía a devorarlo. Jessie lo miró bajo la débil luz del tablero, mientras por el camino pavimentado el Fiat corría hacia Santiago, visible como un blanquecino resplandor. Le envolvió el cuello y lo besó en la comisura con vehemencia.

—¿Estás enojado porque contrarío tus planes? No seas egoísta: también mi causa es importante. Muñoz es muy precioso para nosotros, y no podemos arriesgarnos a que caiga en manos de la policía. ¡Vivo, por supuesto!

Imposible evitar una sonrisa ante su desenfado.

—¿Pensabas en Muñoz desde que llegaste a la recepción de Leyton?

—¡No ocupa mis pensamientos las veinticuatro horas del día! Pero cuando me hablaste de las casas de tu abuelo, pensé en la posibilidad de usarlas como escondite. Porque ya no sabemos dónde llevarlo, y lo están siguiendo de cerca. Está herido en un brazo, y es fácil que lo reconozcan.

—¿Y cómo piensan sacarlo?

—A bordo de un barco. En alta mar hay pesqueros cubanos y rusos. Muñoz será llevado dentro de una caja, hasta un lugar de la costa donde se embarcará.

—¿Tú estás detrás de la compra de Umarve?

Ella lo miró, calculadora.

—No tengo para qué mentirte. Ya estás enterado de todo. Sí: puse parte de la plata para comprar esas acciones. Y te recomendé a ti, porque quería sacarte de tu mediocridad económica. Te conozco de siempre. Tú mismo lo dices, cuando recuerdas a las Nazir. Porque nosotros creamos nuestras verdades. Y yo soy lo que crees que soy.

Cualquier cosa que ahora le enrostrase a Jessie carecía de sentido. Se hallaba en sus manos porque así lo quiso. Se sintió aplastado por su propia debilidad.

—¿De qué te preocupas? Lo tienes todo: dinero, poder, familia, amantes. Y todo eso cuando la vida de los hombres comienza a declinar.

—Pero al precio de mi salvación. Es algo que a ti no te importa, pero a mí sí. Siento que he vendido mi alma.

Jessie rio de buena gana.

—¡Eres viejo para creer en el diablo! Dedícate a vivir tu vida aprovechando todo

lo bueno que te ofrece, en lugar de llenarte la cabeza con temores infantiles.

—Pero metiéndome en tus líos políticos, mi porvenir lo veo corto.

El Fiat giró en torno a la rotonda para enfilarse por Macul.

—Si así piensas, eres un mal agradecido. Porque hasta ahora te ha ido muy bien. ¡Imposible mejor! Tienes que aceptarme como soy. He hecho una gran inversión en ti, no solamente económica, que es lo menos significativo, sino en lo personal: soy tu amante. Y si me ves como la sucesora de Lila Nazir, y de esa italiana, Atalia Santi, querría decir que mi inversión es aún mayor. —Rio—. Acepta tu destino, Eduardo. Porque tu destino junto a mí te permitirá conseguir lo que quieras en este mundo.

—Me importa mucho el otro mundo.

—Pero aún no estás enfrentado a ese dilema. —Suspiró—. No te preocupes del mañana, porque el mañana tiene sus propios problemas. Eso lo dicen los evangelios de tu religión. Vive hoy, y si mañana mueres, podrás volver a este mundo. Y te adueñarás de cualquier cuerpo, de hombre o animal. —Y al decir esto, su voz se revistió de un tono enigmático, premonitorio, mientras sus ojos permanecían fijos más allá del parabrisas.

—¡Qué horror! ¡Es lo más espantoso que podría pasarme! —exclamó Eduardo, recordando a Azazel y Baruch—. Yo, encarnado en una bestia...

—¡No lo tomes al pie de la letra! Es una de las tantas posibilidades que tendrás, solamente...

—¡Tú eres Lila Nazir! —dijo él, con voz acusadora—. Ahora no me cabe duda.

—Si es así, significa que no puedo estar mucho tiempo lejos de ti. Necesito regresar a tu lado.

—¡Aborrezco los misterios! Y tú no haces otra cosa que planteármelos.

Jessie afirmó la cabeza en su hombro, y de inmediato lo envolvió una extraña sensación de paz.

—Porque la vida es un gran misterio. La gente trata de olvidarlo. Hace solamente lo que no la complica, para evitar asomarse al misterio de la vida. Y las relaciones humanas también son misteriosas, extrañas. No eres el primer hombre que conoce casualmente a una mujer, y se siente atraído por ella. ¡Y sobre la cual nada sabía! En cambio yo, por lo menos, me parezco a Lila Nazir. Es decir, no resulté tan desconocida. Pero aunque no te hubiese recordado a nadie, todo pudo suceder de la misma forma...

Aunque correcto el raciocinio, Jessie omitía intencionalmente el detalle del chivo negro, que llevara a la iglesia. O sea, su encuentro con Eduardo había sido conscientemente preparado. No un azar.

—¡Aquí es! Dobla en la próxima bocacalle a la izquierda —dijo de pronto Jessie, que miraba afuera, tratando de orientarse en medio de la oscura avenida, iluminada a trechos por focos débiles.

La escasa luz tornaba difícil distinguir el nombre de las calles y la numeración. Entonces Eduardo reconoció el lugar: allí quedaba precisamente la quinta que

arrendara su padre a raíz de su colapso financiero. Había pasado dos o tres veces por ahí desde esa lejana época, y siempre se sorprendió de los escasos cambios del barrio. Pero ya llevaba más de diez años sin venir.

—La próxima a la izquierda.

A pesar de la oscuridad reconoció la casa, cuyos fondos colindaban con la propiedad de las Nazir. Al parecer nadie se había preocupado de pintarla durante mucho tiempo. Y al doblar en la esquina siguiente, divisó a lo lejos la propiedad donde Temo encontrase la muerte. Como si el tiempo permaneciese estancado allí.

—¡Párate aquí! —lo conminó ella, con cierta tensión, cuando llegaban al comienzo del bajo muro, ya cerca de la esquina—. Puedes dejarme aquí y seguir tu camino...

Vaciló un segundo.

—¿Puedo acompañarte? Viví en este barrio, y si no te importa...

—¡Como quieras! Pero apúrate, porque estamos contra el tiempo. —Y se alejó por la vereda a buen paso—. Pero deja el auto aquí.

Como se hallaba a escasos metros de la esquina, hizo retroceder el Fiat hasta la mitad de la cuadra, cerró con llave, y corrió tras Jessie que ya había desaparecido por la otra calle. La alcanzó cuando tocaba el timbre en la antigua casa de las Nazir, ahora pintada de blanco. Azorado, invadido por una creciente angustia, leyó «Jardín infantil Los Ositos» en un letrero colocado junto a la puerta. Las ventanas permanecían oscuras. Una mujer con delantal azul se asomó en la penumbra del pasadizo de ingreso. Al reconocer a Jessie abrió más la hoja para permitirle entrar. Eduardo miró en torno. Nadie se divisaba en la mal iluminada calle, porque faltaban las ampolletas en dos postes cercanos. La mujer cerró la puerta con llave, mientras Jessie y Eduardo esperaban en el corredor en tinieblas.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jessie, en un susurro.

—Ninguna, todo está tranquilo —informó la mujer.

Y se lanzó a través del patio de tierra, iluminando el camino con una diminuta linterna. Había estado pocas veces allí, para evitar encontrarse con el marido de Lila, porque siempre utilizaba el cómodo pasaje del fondo. Como estar adentrándose en una pesadilla. Jessie no podía ignorar que aquella casa había sido de las Nazir. Y esta secreta convicción le impedía hacer preguntas. Subsistían casi todos los grandes árboles de antaño, y la piscina, invisible en la oscuridad, se hallaba vacía. La mujer le advirtió la presencia del foso, pero no a Jessie, que evidentemente conocía el lugar. Empezó a sentir un miedo sordo, mientras se dirigían a la casita de las herramientas. Una luz surgía por la ventanilla de su puerta única. Eduardo columbró el rincón donde Lila abriese el agujero en el muro para permitirle el acceso a su propiedad. Pero ya Jessie había entrado al recinto donde Lila lo iniciara en el amor, y en el que a su vez desflorara a Melissa bajo las solícitas instrucciones de su madre. El recuerdo de esos gratos hechos se mezclaban con un miedo irrefrenable, a punto de convertirse en terror. Un olor a desinfectante flotaba en el interior iluminado por una lámpara que

pendía sobre una camilla. En los muros, armarios y botiquines blancos, y sobre una repisa, una hilera de frascos. En el ángulo, una mesa de cirugía. Una clínica clandestina, con todo lo indispensable. Y en la habitación donde transcurrieran gran parte de sus entretiempos amorosos con Lila y Melissa, se destacaba una cama en la cual Iván Muñoz permanecía de espaldas, perfectamente inmóvil. El hombre abrió los ojos a la llegada de las visitas, y saludó a Jessie, pero ignoró a Eduardo.

—¿Cómo has estado? —preguntó Jessie, mientras la enfermera aguardaba a los pies del lecho. Por su parte Eduardo se quedó atrás.

—¡Muy bien! El doctor dice que la herida no es seria.

—Tienes que levantarte ahora, porque nos iremos de aquí. ¿Podrás hacerlo? —El hombre asintió sin vacilar—. Tengo un nuevo refugio para ti, no tan cómodo, pero más seguro. Y quiero llevarte ahora mismo. —Y dirigiéndose a la enfermera—. ¿Qué es de Simón?

—Fue a hacer una diligencia, pero debe estar por volver.

—O sea, estamos sin movilización. ¡Sabe que no debe moverse de noche! —La contrariedad asomó a la voz de Jessie—. Es de esperar que regrese luego.

—¿No hay nadie más aquí? —preguntó Eduardo con voz débil, por decir algo.

—Solamente el cuidador y Simón —replicó Jessie, porque la enfermera guardó prudente silencio—. Mientras menos gente, mejor. Y de noche, especialmente. Porque de día el jardín infantil cumple muy bien sus propósitos. Cerrando la puerta del patio, esto queda aislado. ¡Qué bueno que me hayas acompañado! Porque tengo que pedirte un último favor: necesito tu auto para llevar a Iván. ¡No podemos seguir esperando!

Indignado, Eduardo no alcanzó a contestar. La puerta se abrió violentamente, y un hombre bajo, moreno, con un revólver en la mano, barbotó:

—¡Están echando abajo la puerta! Debe ser la CNI^[17]. ¡Rápido! Hay que arrancar por la casa del lado... ¡Tengo una escala! Pasaremos de un sitio a otro hasta llegar a la calle... ¡Así los despistaremos!

—¡No alcanzas a vestirte, Iván! ¿Puedes caminar?

La enfermera salió tras el cuidador. Iván bajó del lecho con rapidez y sacó de bajo de la almohada una pistola. Jessie lo tomó de un brazo, mientras Eduardo se quedaba petrificado.

—¡Deprisa! —le gritó Jessie—. ¿Piensas esperar aquí? ¡De esa no te librarías!

—¡Suéltame Jessie! Puedo caminar solo —dijo Iván, dirigiéndose a la salida.

Eduardo los siguió a trastabillones.

Desde la casa principal llegó el estrépito de una puerta desquiciada. La voz del cuidador los instaba a apurarse, desde el rincón contiguo al pasaje secreto. El hombre ya estaba en la cima del muro de panderete, visible como un bulto informe, y ayudaba a la enfermera a descolgarse hacia la casa del lado poniente. Ahora subía Jessie por la

angosta escala. Su silueta desapareció tras la muralla. Voces de varios hombres aproximándose. Atravesaban el primer patio. Aterrado, Eduardo empezó a trepar casi pegado a Iván. Un violento puntapié en el pecho lo tiró de espaldas al suelo. Se golpeó la nuca en la tierra cubierta de pasto. Quedó atontado. Trataban de derribar ahora el portón que comunicaba con el sitio posterior. Se incorporó penosamente, tambaleante. Buscó a tientas la escala y no la encontró. Iván la había retirado. La puerta empezó a ceder en medio de un coro de denuestos. Se recuperó instantáneamente. Y entonces recordó el pasaje detrás de la cabaña. Aún mareado, se abrió paso entre agresivos matorrales. Apoyando la espalda en el tabique de ladrillos, y los pies en la casa, ganó rápidamente la cima. El portón cedió y un blanco halo perforó las sombras. Los pasos se acercaron corriendo apretujados. Eduardo alcanzó a oír como irrumpían violentamente en la clínica clandestina. Aprovechó la batahola para dejarse caer al patio vecino. Aterrizó sobre un arbusto, que cedió bajo su peso y amortiguó el golpe. El diálogo excitado, a medias inteligible, de los hombres registrando las habitaciones vacías. Otros se movían por el fondo de la quinta, apartando ramas.

—¡Un vendaje! —exclamó una voz gutural—. Pasaron a la casa del lado. ¡Avisa a la patrulla!

Pero ya Eduardo volaba entre una arboleda frutal. Las ramas le golpeaban el rostro. En la casa se veía luz. Se subió las solapas de su chaqueta, y empujó a un hombre y a una mujer gritando:

—¡Policía...! ¿Dónde está la salida?

Él mismo la descubrió junto a una escalera, porque la pareja no atinó a moverse. Un niño gritaba en el segundo piso. Corrió desalado hacia su auto. Por fortuna había dejado el Fiat en la calle opuesta a la que los fugitivos pretendían llegar. Se encomendó a Dios, temiendo encontrarse con un pelotón armado montando guardia junto a su coche. La esquina. Tropezó y corrió un trecho trastabillando por la vereda solitaria. Sofocado, sin poder sacar la respiración, llegó al auto. Gritos lejanos, una voz despavorida de mujer, y tres ráfagas de metralleta. Algunos tiros aislados. Un instinto especial le hizo apuntar de inmediato el encendido. No podía salir hacia adelante, porque frente a la antigua casa de las Nazir debía estar la patrulla. Retrocedió de un tirón hasta la calle de su antigua casa, y al doblar por allí se subió a la vereda con un feo sonido de metales. Pero sin perder el control viró a la derecha, aún con los faros apagados, y aceleró a fondo. Corrió cruzando las esquinas sin parar. Casi chocó con un automóvil que venía llegando a un cruce. Cerca de Irrázaval desaceleró. Temblaba, como si lo acometiesen tercianas, cubierto el cuerpo de una untuosa transpiración. Trataba de calmarse. Bajó por Irrázaval, y pronto corría por Pedro de Valdivia. De Pocuro pasó a Lyon, y allí estacionó frente a una quieta residencia. Solo entonces se percató del hecho que venía sin luces. Se apoyó en el volante, y se quedó acezando, tratando de recuperar el control de sí mismo.

Las ráfagas de metralleta... ¿Habría muertos o heridos? ¿Qué sería de Jessie? Un

hondo rencor desplazó sus temores al recordar a Iván Muñoz. Le dio un puntapié a mansalva, para impedirle huir. ¿Habría actuado por cuenta propia? De nada podía estar seguro en ese momento. Cuando Jessie le pidió que la llevase a Macul, sabía que Eduardo reconocería la casa de las Nazir. ¡Imposible atribuirlo a una coincidencia! Como fuese, por culpa de la mujer había estado a punto de ser capturado y quizá muerto. Si logró escapar con vida se debió exclusivamente a que recordó el angosto pasaje. De haber caído preso, difícilmente habría podido explicar su presencia allí. ¿Qué habría ocurrido con los demás? Porque la voz de la metralleta tuvo que hablarle a ellos.

Sus fuerzas y ánimos regresaban. Existía el peligro de ser delatado por los dueños de la casa por donde huyera. Y así se sabría que faltaba un fugitivo. Pero también la pareja podía callar, para evitarse líos. En todo caso, era imposible que lo identificaran. Jessie... ¡Cómo había complicado su vida! Pero ahora se liberaría definitivamente de ella. Se lo juró una y otra vez. ¡Hasta aquí, no más! Llegó a su casa cerca de la medianoche. Bernarda dormía profundamente, y se desvistió sin hacer ruido.

Despertó a las siete de la mañana, después de un sueño pesado. Bernarda aún dormía. El baño lo dejó como nuevo, pero los terrores vividos la pasada noche no tardaron en regresar. ¿Lo habrían delatado? Todos los demás, incluyendo Jessie, podían estar presos. Nerviosísimo, revisó el diario. «Terrorista muerto. Iván Muñoz murió anoche en un enfrentamiento con efectivos de seguridad». La crónica anunciaba que había dos prisioneros, un hombre y una mujer de profesión enfermera. Un disparo alcanzó al hombre en una pierna. Otra mujer rubia, alta, logró huir. Jessie se había librado. No lamentó la muerte de Muñoz: se la merecía. Ninguna alusión a otro fugitivo. Lanzó un profundo suspiro de alivio. El puntapié de Muñoz lo había salvado, después de todo. Seguramente los de la CNI encontraron la escala utilizada por los fugitivos, y nadie pensó que alguien hubiese escapado por otra vía. Pero el cuidador y la enfermera podían hablar y describirlo. Con gran prudencia, Jessie había evitado llamarlo por su nombre. Lo recordaba perfectamente. La idea que se hiciese un retrato hablado de su persona lo aterrorizó. Pero la escasa luz imperante en la casa de las Nazir dificultaría la descripción de sus rasgos fisonómicos. Y el único que habría sido capaz de identificarlo, Iván Muñoz, ya no podía hacerlo. Estas conclusiones lo tranquilizaron un tanto. Además de alguna manera se las arreglaría para justificar su presencia en el lugar de los hechos, en el caso que llegasen hasta él.

Partió a Umarve apenas desayunó, antes que Bernarda despertara, porque solamente desde su oficina podría llamar tranquilo. Debía hacer grandes esfuerzos para dominar el pavor que de pronto intentaba dominarlo. Lo más importante es que no lo habían atrapado en el allanamiento.

Nada podía intentar en la casa de Jessie, porque seguramente Messina aún no partía al banco. Pero se comunicó con la oficina de Schilling.

—Don Werner tuvo que partir a Buenos Aires, por un negocio urgente. No

sabemos cuándo regresará.

El repentino viaje lo llenó de premoniciones agoreras. ¡Tais! Pero nadie respondió el teléfono. Raramente la muchacha salía temprano de su apartamento. Tratando de controlar su sordo temor, marcó resueltamente el número de Jessie. La señora había salido muy temprano, le informó la empleada, y don Daniel ya estaba en su oficina. Desconocía los teléfonos de Romilia y Vladimir. ¿Dónde estaría Jessie? El nombre de «Las Mariposas» llegó como un luminoso mensaje telepático. Y comprendió que necesitaba aclarar ciertas cosas con Jessie antes de terminar con ella.

A las diez avistaba el derruido muro del parque. Metió la mano por las amplias rendijas, y sacó el burdo pasador que aseguraba las hojas. Pero dejó cerrado el portón apenas entró. Ya cerca de las casas, surgió detrás de una esquina el cuidador, con su vejez acentuada bajo el sol de la mañana. Demoró en reconocer a Eduardo, pero nada alcanzó a preguntarle, porque los balidos le hicieron mirar la casa: Jessie, acompañada por un corpulento chivo negro, lo saludaba desde el ruinoso corredor.

—¿Desde qué hora está aquí?

—¡Psch! Llegó pasadita la medianoche. Me despertaron los balidos de ese tremendo cabro.

—¿Y en qué llegó?

—En un auto rebonito, que guardó en el garaje.

Al acercarse a la mujer creyó estar viendo a Lila Nazir con Azazel. Esa fugaz vuelta al pasado hizo renacer sus miedos ocultos. Por primera vez la presencia de la mujer no lo excitó, porque solo ahora, con el macho cabrío al lado, descubrió también un mundo distinto al suyo, que solo le permitía un acceso limitado. Nunca antes captó esa idea con tanta nitidez, con tan desoladora evidencia. El vejete se alejaba hacia la salida, renqueando ostensiblemente. Bajó del Fiat, y el chivo se engrifó, amenazador.

—¡Quieto, Baruch! Es un amigo...

Avanzó por el terreno breñoso, sobre las hierbas secas, bordeando matorrales que se espesaban junto a la casa, donde las viejas hiedras se adherían a los agrietados revoques.

—¿Por qué Muñoz se ocultaba en la antigua casa de las Nazir? —le preguntó, a manera de saludo—. ¿También es una coincidencia?

—Los escondites los busca el movimiento. ¡No pensarás que lo hago yo!

La serena respuesta lo desarmó, y de nuevo una gran confusión alteró su mente. Hizo un esfuerzo para recuperar la calma.

—¿Cómo pudiste escapar?

El rostro y la voz de Jessie reflejaban una gran curiosidad.

Bastante tenso le contó su odisea, empezando con el puntapié de Iván Muñoz.

—Iván tenía celos de ti —dijo ella, mirando al chivo que se había echado a sus pies—. Nunca creí que fuese capaz de algo así. Me di cuenta que no estabas cuando

habíamos terminado de pasar a la calle... Iba a preguntar por ti, pero vi que venían los de la CNI.

—Pero huiste...

—Porque corrí pegada al muro hasta llegar a la esquina. En cambio Iván trató de atravesar la calle, y ahí lo alcanzaron las ráfagas de metrallera. Corrí hasta Macul, y me encontré justo con un taxi. Como venía oyendo tangos a todo volumen, el chofer no escuchó los balazos. Transbordé en Providencia, saqué mi auto, y algunas cosas en una maleta, y partí para acá con Baruch.

—Y tu marido, ¿qué dijo?

—No lo desperté. Temía que ya me anduviesen buscando. Porque Elsa no es capaz de aguantar un interrogatorio. Y seguramente la atrincaron de inmediato, para preguntarle sobre mí.

—En la mañana llamé a Schilling y a Tais...

—Schilling le recomendó Elsa a Romilia, porque le había puesto unas inyecciones durante el invierno. Así que anoche mismo lo llamé. Y también a Tais, para evitarle problemas. Los dos deben estar ya en Argentina. Le pedí a Werner que se llevara a Tais, porque él se fue en su auto.

—¿Y Romilia y Vladimir?

—Llamé a Vladimir para que le fuese a avisar. Viven más o menos cerca. Yo no me atreví a ir, porque lo más seguro es que vayan primero al apartamento de Romilia.

—¿Y qué piensas hacer? Porque no te quedarás a vivir aquí.

—¡Claro que no! Esta misma noche me voy. Vladimir me llevará a un lugar aislado de la costa. Se hará conmigo lo que pensaban hacer con Iván.

—Y..., ¿piensas llevarte a Baruch?

—¿Para qué? Se lo dejaré al cuidador, porque el espíritu que lo habita siempre me seguirá. —Y Jessie miró al chivo con una particular ternura.

Preciso el diagnóstico de Lane, pensó Eduardo, y se estremeció, mientras Baruch lo miraba desafiante.

—¿Por qué llegaron los de seguridad? —preguntó, para cambiar de tema.

—Porque seguían de cerca a Iván. Parece que tomaron a Simón, el chofer. Tenían el número de la camioneta. Ese tonto salió a comprarle cigarrillos a Iván, y debió pillarlo una patrulla.

—¿Estarán buscándome a mí?

—Podría ser. —Y clavándole la mirada—: Para mayor seguridad, ¡déjalo todo y sígueme!

Vaciló un larguísimo segundo, bajo el sol amarillento del otoño.

—No, me quedaré aquí —contestó con firmeza. Jessie se sorprendió—. Fui feliz contigo, pero también desgraciado. No, Jessie. Este es el momento de terminar. Tendría que deshacer mi hogar para seguirte. Y estoy viejo para esas locuras. ¡No quiero volver a vivir lo de anoche...!

—Lo de anoche fue simple mala suerte.

—¡Como sea! Me quedaré y afrontaré lo que venga. ¡Ah! Por supuesto, renunciaré a Umarve. ¿Con quién tengo que entendérmelas ahora? Las acciones siguen siendo tuyas, y de otras personas cuyas ideas no comparto. —Jessie se limitó a mirarlo, y algo en sus ojos lo inquietó—. ¡No quiero convertirme en el instrumento de nadie! No seré otro Talavera...

—¿Sí? Desde que naciste eres el instrumento de entidades que desconoces. —La voz de Jessie adquirió un tono premonitorio—. Entidades que por lo demás te han dado mucho, y en dos épocas de tu vida. ¡Y no te librarás así no más de ellas! —Baruch se agitó a sus pies. También miraba a Eduardo.

—¡Son cosas que supiste por mí!

—¿No crees ahora que haya alguna relación entre Lila Nazir y yo?

—¡No, ahora no! —replicó, sin ninguna convicción, y repentinamente intimidado—. ¿Por qué esas entidades, como las llamas, iban a dejar pasar tanto tiempo para manifestarse? Estuviste aquí hace pocos años, cuando te enredaste con Talavera. Si ya me conocías, ¿por qué no te presentaste entonces, o cuando viniste a dejar a tu hija?

—Todo tiene su tiempo —sentenció ella, sombría—. ¿No has leído el Eclesiastés, tú que eres tan católico? No había llegado tu tiempo entonces. Talavera fue apenas un instrumento para algo específico. ¡No tuvo ninguna importancia! En cambio tú la tienes. Tu pasado te une a mí indisolublemente.

—Haré penitencia para que Dios perdone mis pecados. —Trató de conservar la entereza, poseído de un repentino pavor—. Como dijiste, la vida es un gran misterio. Y me siento incapaz de enfrentarlo. Todo lo que se sale de lo común termina por desquiciarme, por dejarme convertido en un estropajo. Ahora que te vas, aprovecharé para vivir como un hombre común, dedicado a su mujer y a su familia.

—¿Y para qué viniste entonces? ¿Para decirme todas esas estupideces? —Jessie sonrió, con una cierta crueldad—. ¡No, Eduardo! Viniste porque te llamé. Porque necesitabas conocer la verdad. ¡Y yo voy a revelarte esa verdad!

El rostro de Jessie se deformó con una expresión animal: su respiración surgió entrecortada, azezante. A Eduardo se le secó la boca.

—Soy tu hija, Eduardo. Hija de ti y Lila Nazir. Ella me dio a luz en Esmirna, donde se fue a vivir cuando murió su marido. ¿Entiendes bien? Has tenido de amantes a tu hija y a tu nieta. ¡Esa es toda la verdad!

—¡No, no...! ¡Eso no es cierto! —tartamudeó, horrorizado—. ¡Estás mintiendo, Jessie! Tendrías cerca de cuarenta años, y no representas ni treinta... ¡No es verdad!

—Tengo treinta y siete años, que cumplí en octubre. ¡Por supuesto que represento menos! A esta edad las mujeres nos conservamos muy bien. ¡No todas, por supuesto! Pero además existe la cirugía estética...

—¡Estás mintiendo! —Y entonces recordó a Lane—. Lila esperaba un hijo de Tomás Lane, no mío. Y según supe, lo perdió...

—¡No seas ridículo! Mi madre quería tener un hijo tuyo, no de Lane.

—¡Pero a Lane se lo dijo!

—Para asustarlo, seguramente. ¡No hallaba como librarse de él! Mi madre me lo contó todo, Eduardo. Y si hubiese tenido una pérdida, yo no estaría aquí. La pérdida fue de Melissa, mi hermana, a la que dejaste embarazada también. Tuvo que hacerse un aborto, y casi se murió.

El feto que bloqueaba el inodoro. ¿Cómo sabía todo eso?

—¡No es verdad! Eso lo corrió Lila para disimular su pérdida, porque no podía aparecer esperando guagua con un marido inválido... En cambio Melissa era soltera, y no le importó prestarse para esa farsa.

—¡No sé quién te metió esas ideas en la cabeza! Melissa se hizo un raspaje cuando estaba de tres meses, ¿entiendes? Fue en marzo de ese año, muy poco antes que mi madre partiera de Chile. Melissa quedó esperando a mediados de enero... ¿No fue entonces cuando se metió contigo?

Nada podía argüir contra eso, porque solo se apoyaba en la palabra de Lane. Sentía la cabeza a punto de reventar.

—¡No te creo nada de lo que dices! ¡Todas son mentiras! Eres el diablo en persona... —Y señalando al chivo—. ¡Y ese es tu marido...!

Baruch se incorporó resoplando. Eduardo retrocedió, asustado. Una furia homicida vomitaban los ojos del chivo.

—¡Tranquilo, Baruch! —Jessie acarició la fiera cabeza del macho cabrío, mientras miraba despectiva a Eduardo. El animal volvió a echarse a sus pies, pero no separó sus ojos fulgurantes del hombre—. Ten cuidado con lo que dices. Baruch es muy sensible. ¡Y nada ganas con alterarte!

—¿Por qué me buscaste, entonces? —preguntó, trémulo—. ¿Para decirme todo esto al final?

—Porque abandonaste a mi madre y a mi hermana, ya te lo dije. ¡No quisiste saber más de ellas! Como hoy querías hacerlo conmigo. Pero no podrás escapar a tu destino. ¡Ya es tarde, Eduardo! Mi madre vino a buscarte para enseñarte el camino del amor. ¡Hasta te asistió en tu nacimiento! Te buscó desde tiempos inmemoriales, pero eso nunca podrás comprenderlo. ¡Todos somos responsables de nuestro pasado, por remoto que sea!

—¡No entiendo nada! ¡Dios Santo! ¿Por qué debo responder de cosas que no conozco? ¡Eso no! Haré penitencia. Si Dios cree que soy culpable, que me castigue. ¡Me arrepentiré! ¡Confesaré todas mis culpas...!

Jessie se burló, le remedó su tono de niño gimoteante, mientras Baruch empezaba a balar. Eduardo corrió hacia su auto, y abrió la portezuela. Baruch balaba, Jessie lo remedaba y se reía.

—¡No sacas nada con huir! Esta noche estarás conmigo, ¡pero no en el reino de los cielos! —gritó Jessie, en medio de una carcajada, en tanto su frondosa cabellera parecía adquirir vida propia.

Y dando media vuelta, se dirigió hacia las ruinas de la antigua casa patronal,

seguida de Baruch.

Iba a trepar a su coche, cuando un presentimiento le hizo levantar la cabeza. El sol se aproximaba al cenit, y tres tórtolas llegaron a posarse en las ramas de un venerable ciprés. En medio de su ofuscación, no le dio mayor importancia a los pájaros, aunque algo despertó en lo hondo de su conciencia. Describió un círculo con su auto en la amplia explanada que precedía a la residencia, y aceleró hacia la salida. Ardía su cerebro, y todo lo veía confuso.

Volvió la cabeza. De Jessie solo se divisaba su larga cabellera rubia alejándose pausadamente, como la tarde en que se retiraba de la iglesia de Providencia.

Epílogo

—¡Dios! Los ángeles... ¡Solo persiguen a Lilith!

Casi raspó el costado de su auto al salir por el portón. Tuvo que aferrar el volante para volver a la pista. En medio de remolinos de polvo continuó su carrera.

—El demonio es el padre de todas las mentiras, dijo Lane... ¡Jessie me mintió! No es mi hija. ¡Ella es Lilith! ¡Por eso sabe todo de mí! De otro modo no estarían ahí las tórtolas... ¡Embustera!

Pero lo ahogaba una emoción desconocida, como si algo se hubiese roto en su interior, y la herida le provocase un gran escozor, una angustia lacerante, que lentamente lo iba corroyendo. Eran mentiras de Jessie, solo un ardid. Ella no podía ser su hija. ¡Imposible que tuviese treinta y siete años! Para Lilith en cambio no importaba la edad. El auto zigzagueaba por el camino de tierra, pero a una velocidad sostenida.

Sí: Jessie lo había llamado esa mañana porque quería llevárselo al extranjero, y dejarlo definitivamente bajo su hechizo. Y cuando comprendió su fracaso, lanzó su última mentira. Pero la duda volvía a roerlo. ¡A nadie le constaba lo de Melissa! El feto que encontró el plomero debía ser del hijo de Lane y Lila. Aunque sin reconocerlo expresamente, así lo creía el propio cura. Todo lo demás se reducía a los pelambrillos de María de los Ángeles con la cajera de la panadería.

El camino de tierra quedó atrás. Aceleró por la pista de asfalto, libre de vehículos a esa hora. El Fiat volaba bajo el sol de marzo. Mantenía a fondo el acelerador, como si alguien viniese dándole alcance. A través del parabrisas vio tres avecillas revoloteando sobre la copa de un eucalipto, unos doscientos metros adelante. A pesar de la distancia las reconoció. Soltó automáticamente el acelerador. ¡Las tres tórtolas! ¿Qué hacían ahí? La intuición le hizo apretar el freno, sin separar la vista de los pájaros. Terminaron posándose en las ramas más altas, y allí se quedaron, balanceándose suavemente. Un bus avanzaba a su encuentro. Detrás asomó un camión, que intentaba pasarlo. Ambos vehículos bloquearon el camino. La mujer y el chivo surgieron frente al eucalipto. Vio la furiosa expresión de Jessie, y los ojos malévolos de Baruch, fulgurando enrojecidos. Los dos se estrellaron contra el parabrisas como un silencioso pestañeo. La micro y el camión se precipitaron sobre él. Una bocina atronó el espacio. Pero su baja velocidad le permitió desviar el auto a la berma. Allí se cuneteó en una zanja cubierta de galegas. Ambos vehículos pasaron por su lado, el camión tratando de detenerse, de volver a su posición tras el bus.

Bajó del auto. Estremecido, temblándole las piernas, miró atrás. Ni señas de Jessie y Baruch. El camión había acelerado de nuevo, y se alejaba veloz. Sobre la copa del eucalipto las tres tórtolas dieron una vuelta completa, y partieron en dirección a «Las mariposas».

Empezó a sollozar convulsivamente. Se apoyó en el techo del Fiat. Las tórtolas habían sido sus ángeles de la guarda. Se dejó caer de rodillas al suelo, y se puso a

orar en voz alta, golpeándose el pecho.

Desde un automóvil que pasaba, una pareja lo miró sorprendida. El hombre se llevó al índice a la sien, e hizo el gesto de atornillar...

F I N



HUGO CORREA MÁRQUEZ (Curepto, región del Maule, 24 de mayo de 1926-Santiago, 23 de marzo de 2008) fue un periodista y escritor chileno de ciencia ficción. El reconocimiento de Ray Bradbury le permitió ver sus obras traducidas al inglés, francés, alemán, portugués y sueco; así como publicar en dos revistas clásicas: *Fantasy and Science Fiction* y *Nueva Dimensión*. En Chile fue columnista del diario *El Mercurio*, *La Tercera* y revista *Ercilla*. Además fue presidente de los comités culturales del Instituto Chileno Norteamericano. Sin embargo, en su país de origen su reconocimiento desde la cultura oficial nunca llegó. Sus obras se anticiparon en lo temático a clásicos reconocidos como *Mundo Anillo* de Larry Niven o *Solaris* de Stanislaw Lem. Entre sus obras más destacadas están *El que merodea la lluvia* (1962), *Los títeres* (1969), *Cuando Pilato se opuso* (1971), *Los ojos del diablo* (1972), *Donde acecha la serpiente* (1988) y *La corriente sumergida* (1993). Su obra más conocida es la novela *Los Altísimos* de 1959.

Notas

[1] guagua: bebé. (*N. de Arácnido*). <<

[2] gásfiter: fontanero, plomero. (*N. de Arácnido*). <<

[3] San Ignacio A. O.: importante y prestigioso colegio jesuita capitalino. Es uno de los seis recintos educacionales desde donde salen prácticamente todas las figuras públicas del país (*N. de Arácnido*). <<

[4] pichula: miembro viril, proviene del vocablo Mapuche *pishu*, que tiene el mismo significado. (*N. de Arácnido*). <<

[5] canillita: nombre que se da en Perú, Uruguay y Argentina al muchacho vendedor de periódicos. (*N. de Arácnido*). <<

[6] micro: microbús, ómnibus. (*N. de Arácnido*). <<

[7] hacer chinas: nombre que se da, en una piscina, cuando alguien se da impulso sobre los hombros de otro, hundiendo a este último. (*N. de Arácnido*). <<

[8] chalas: calzado informal veraniego femenino. (*N. de Arácnido*). <<

[9] toque: se refiere al toque de queda implantado durante gran parte de la última dictadura. (*N. de Arácnido*). <<

[10] pelambrillo: chismorreo. (*N. de Arácnido*). <<

[11] palo blanco: individuo que actúa como cara visible en lugar de otro. (*N. de Arácnido*). <<

[12] al tiro: de inmediato. (*N. de Arácnido*). <<

[13] paco: término coloquial para referirse a un carabinero o policía uniformado. (*N. de Arácnido*). <<

[14] chuncho: búho, lechuza. (*N. de Arácnido*). <<

[15] población callampa: población marginal. (*N. de Arácnido*). <<

[16] casas de masaje: término empleado para referirse a los prostíbulos, destinados a la clase media, desde los años ochenta en adelante. (*N. de Arácnido*). <<

[17] CNI: policía secreta, organismo represor de la dictadura (1973-1990) tristemente célebre por sus excesos. (*N. de Arácnido*). <<